

SAN JUAN DE LA PEÑA

Su historia.—Sus tradiciones.—Las leyendas.—Sus recuerdos.—Excursión al monasterio.

I

Entre los recuerdos que de mis excursiones por Aragón conservo, es, seguramente, el más permanente y vivo el de un viaje que hice al monasterio de San Juan de la Peña al pro-
mediar este siglo, allá entre los años de 1847 á 1850.

Me acompañaba en aquella excursión Gregorio Amado Larrosa, amigo querido, compañero de mi juventud, aragonés, hijo de Jaca, poeta excelente y excelente prosista, autor de varias obras literarias, entre ellas, si no recuerdo mal, un drama en verso titulado *Odio á muerte*, que se representó en Barcelona con gran éxito, y redactor que fué luego, con Mañé y Flaquer, del *Diario de Barcelona*. Murió Larrosa hace algunos años y ya nadie se acuerda de él, sin embargo de haber prestado eminentes servicios á las letras patrias.

Pláceme aprovechar esta ocasión para tributarle este recuerdo, que consagro á su buena y querida memoria con todos los cariños y todos los homenajes del alma.

Tenía yo idea de haber escrito algo relacionado con aquel viaje que hice con Larrosa desde Jaca á San Juan de la Peña, algo así como recuerdos, apuntes, impresiones ó memorandum, y, en efecto, hube de encontrarlo hace poco entre borradores y cuadernos de aquella época lejana, amontonados hoy en los archivos de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú.

Publico estas impresiones tales como fueron pensadas y escritas, que no quiero borrarles su color de época, en forma de leyenda romántica, con todos los sellos, arreos, menesteres y atributos de lugar y tiempo. Me limito sólo á corregir algún error de fondo y á enmendar descuidos de forma.

Acaso estas páginas parezcan fuera de uso; que no se escribía en aquellas épocas como ahora. Se dejaba entonces campeare libre la fantasía, que hoy se reprime; se perseguían y se tenían ideales que hoy ni se persiguen ni se sienten, y se procuraba dar amenidad al escrito, lo cual hoy no se juzga muy necesario. Pudo estar equivocada, no digo que no, la juventud de aquella época, pero también creo que puede estarlo la presente.

Y dicho sea esto con todos los respetos debidos, porque soy muy inglés, ó muy catalán de raza; que los catalanes antiguos tenían esta cualidad, generalmente atribuída hoy á los ingleses. Soy muy amante de mi fuero, pero muy respetuoso para el de los demás. Quiero ser respetado, y respeto.

Y ya, con haberme metido en tales trotes, á fuer de andorrero, me interesa decir algo que creo pertinente al ocuparme de tradiciones y recuerdos de San Juan de la Peña.

Traté un día de investigar, mejor dicho, de ahondar en los orígenes y verdad de la historia del reino de Aragón, que es magna historia.

Estudié, investigué con ardor, con entusiasmo y, sobre todo, con fe, y adquirí—como hombre honrado lo digo—la convicción de que hay en los aparatos primiciales de aquellas historias algo que podrá ser y será leyenda de seguro, pero hay también en aquellas leyendas mucho, muchísimo, que es historia.

Se confunden y se compenetran la historia y la leyenda

de tal modo que es muy difícil, cuando no imposible, penetrar en el campo de aquélla sin cruzar por los terrenos de ésta.

Y porque tengo esta convicción, acerca de la cual me extenderé con más espacio algún día, es también por lo que, al trasuntar hoy aquí mis apuntes de entonces, quiero dejarlos en toda su integridad, con todo su amor y todos sus colores, no sin antes aprovechar esta ocasión, que considero oportuna para decir algo tocante á lo que, según mi opinión, debe entenderse por leyenda.

Al decir de nuestra Real Academia Española, leyenda es «relación de sucesos que tienen más de tradicionales ó maravillosos que de históricos y verdaderos».

Así será, y así es, no lo dudo y lo respeto; pero debe consignarse, sin embargo, que la leyenda es siempre hija de una tradición, y parte ó dimana de un hecho, es decir, de un suceso que lo mismo se puede agrandar dándole proporciones, colores y luces, que reducir y empequeñecer con juicios y supuestos.

Verdadero, pues, en parte ó en todo, el suceso existe, y por lo mismo, la leyenda parte de un hecho que siempre tendrá algo de *símbolo*, es decir, de una cosa que por representación, figura ó semejanza da á conocer ó nos explica otra.

En este sentido es como admito y acepto la leyenda en historia.

II

Caído el imperio godo á orillas del Guadalete, fueron los moros internándose y avanzando hasta apoderarse casi de todas las regiones españolas.

Como tantas otras plazas y ciudades, Cesaraugusta, la que más tarde debía ser nuestra insigne Zaragoza, hubo de caer en manos de los invasores.

Aquellos de sus hijos que pudieron escapar á la matanza y cuantos se negaron á someterse ó aceptar la ley del ven-

cedor, fueron á buscar un asilo en los Pirineos. Allí se refugiaron, y allí, desparcidos por sus fragosidades y sus bosques, se procuraban un asilo en las cuevas de los montes ó se amparaban de miserables chozas junto á enriscadas peñas. Así vivían fugitivos y proscriptos.

Llegó un día en que, agrupando sus familias y despertando su ánimo, decidieron reunirse en un sito común y levantar un pueblo que servirles pudiera de hogar, asilo y fortaleza.

Escogido el sitio, ancianos, mancebos, mujeres y niños congregaron todos sus esfuerzos, y en la explanada de un monte comenzaron á labrar una fortaleza á que dieron el nombre de Pano, tomándolo del monte.

Ya estaba algo avanzada, próximas á terminar sus primeras torres, de pie algunos lienzos de muralla, ahondándose los fosos, cuando cierta tarde, al encontrarse dos gallardos mancebos, que iban y venían ocupados en sus faenas, díjole uno al otro:

—Félix, ¿viste á nuestro padre?

—No ha vuelto aún—contestó Félix.—¿Por qué lo dices, Oto?

—Porque me inquieta su tardanza y quiero salir á su encuentro.

Diciendo esto, soltó el azadón que llevaba al hombro, ciñóse sobre la enmallada cota el cinturón de cuero de que pendía su *scrama*, puñal muy agudo de los godos, cubrió su frente con el morrión ó capacete, que había soltado á fin de estar más libre para el trabajo, y dispúsose á salir de la zanja.

—Espérame, Oto. Yo te acompaño—dijo Félix.

En aquel momento sonó una voz á oídos de los jóvenes. Era la de uno de sus compañeros que trabajaba en lo alto de la zanja.

—¡Ah! Ya está aquí el viejo de los cabellos blancos.

Ambos jóvenes se detuvieron. El anciano de los cabellos blancos era su padre, de aquel modo llamado por los proscriptos cristianos que se dedicaban á levantar la ciudad de Pano.

En efecto, un anciano de venerable figura se adelantaba lentamente, apoyado en su báculo y seguido de varios hombres, con quienes había salido por la mañana á cortar pinos y robles del vecino monte.

Acudieron solícitos sus dos hijos ofreciéndole sus brazos, que el anciano aceptó, sonriendo con gratitud, pero con tristeza.

—Padre—le dijo Oto mientras le acompañaba á un vasto cobertizo cubierto por groseras telas colgadas de los árboles, que servía de refugio y casa á las mujeres, ancianos y niños, ínterin los hombres trabajaban en levantar la fortaleza.—Padre, tu rostro está más sombrío que de costumbre.

—¡Estás triste, padre!

—¡Triste! ¿Fáltame acaso motivo? Nos arrojaron de nuestra ciudad como un tropel de siervos y, para borrar todo recuerdo, hasta han cambiado su nombre llamándola Saracusta. Hijos míos, tiempos bien infelices hemos alcanzado. En era bien desgraciada vinimos. Esta misma Pano que hoy levantamos en las entrañas del bosque, oculta entre las peñas y malezas como una guarida de lobos, esta Pano, nuestro último refugio, nuestra única esperanza, ¡quién sabe si existirá mañana! ¡quién sabe si esta misma noche caerá sobre ella un torrente de moros, y cuando amanezca el sol habrá ya quedado solitario y olvidado el sitio en que unos pobres proscriptos quisieron con loca temeridad elevar un alcázar!

El anciano, al decir esto, enjugó una lágrima y se volvió hacia Pano, que mostraba sus dos primeras torres bañadas por los postreros rayos de un sol purpúreo que parecía enviarle en aquel beso de la tarde su triste despedida.

—¡Pano, Pano!—murmuraba el anciano.—¿Estás quizá condenada á morir antes de nacer? Ese sol que tiñe de color de sangre tus nacientes torreones ¿es acaso el último que te alumbrará? ¿Será también tu suelo inhospitalario para los hijos de Cesaraugusta? Las torres que sus manos elevaron ¿han de caer sobre sus cadáveres insepultos?... Pano, Pano, tu existencia está marcada por el dedo del Eterno. ¡Dios quiera que en lugar de refugio de fugitivos no seas asilo de muertos!

—¿No te decía yo, padre?—exclamó con voz melancólicamente dulce el joven Oto.—Tus palabras brotan hoy tristes de tus labios. El dolor vive en tu alma.

—Dejadme sentar aquí, hijos míos—dijo el anciano señalando una piedra al pie de uno de los pinos que sostenían la tienda;—desde aquí puedo ver entera á nuestro Pano, y quiero contemplarla, quiero acariciarla con mi mirada, como la acaricia ahora el sol que parte.

El anciano se sentó en la piedra. Sus hijos permanecieron de pie á su lado. Hubo un largo rato de silencio. En el ínterin el sol fué perezosamente recogiendo sus rayos, y el crepúsculo, con su incierta luz, derramó un tinte pálido sobre la naciente fortaleza, como si la envolviera con un sudario.

—Escucha, Oto—dijo de pronto el anciano con voz trémula;—escucha tú también, Félix. Acercaos á mí para que el rumor de mis palabras no llegue á más oídos que los vuestros.

Oto y Félix se arrodillaron cada uno al lado de su viejo padre, que puso sus manos sobre sus cabezas y las acercó á su pecho con un tierno abrazo.

—Oíd—les dijo en voz baja.—Esta tarde, al retirarnos del monte, terminada que fué nuestra tarea, y al cruzar por delante del pico del Mediodía, esa cumbre de los Pirineos que parece querer agujerear las nubes, un gemido lúgubre, un grito inexplicable de agonía sonó tristemente en mis oídos. Detuve mi paso y escuché. El grito se volvió á repetir, semejante al quejido que lanzaría una mujer llorosa, y en seguida sonó una especie de melodía fúnebre que se ha prolongado por largo espacio.

Oto se estremeció. El anciano, que sintió aquel estremecimiento, adivinó sin duda el motivo que le causaba, porque se volvió hacia su hijo mayor y le dijo como si contestara á una pregunta que no se le había hecho, pero que había adivinado:

—Sí, Oto, sí, hijo mío, era la Maladeta, la peña en la cual suena prodigiosamente una lúgubre armonía cuando va á ocurrir alguna gran desgracia. Es una reunión de voces cla-

morosas, como el rumor que pudiera dejar oír á lo lejos todo un pueblo llorando. Mi corazón se ha entristecido y, cuando el prodigio cesó, volví á continuar mi camino con los ojos bañados en lágrimas. Un triste presentimiento me asaltó. Pero esto no era nada todavía...

Y aquí el anciano estrechó aún más á sus hijos contra su corazón y su voz tomó un tinte sombrío.

—Nada todavía. Juzgad mi sorpresa cuando al doblar la senda vi la cumbre del Cúculo, cumbre fatal, coronada de nieblas más negras que la noche, enroscándose á su picacho como un turbante. Entonces ya no cabía duda. El prodigio era evidente, comprensible, claro, y mi corazón se rasgó de pena. Hé ahí por qué estoy triste, ¡hijos míos! Hé ahí por qué tiemblo por vosotros, por nosotros todos, por Pano. Vosotros lo sabéis; es tradición que jamás se ha desmentido. Cuando la Maladeta lanza su fúnebre armonía y el Cúculo se corona de nieblas negras como la noche, una gran desgracia sucede en el monte ó en el valle.

Así dijo el anciano, y dejándose caer de hinojos entre Oto y Félix, añadió:

—De rodillas, hijos míos. Oremos y ¡que el Señor nos halle pronto si acaso!...

Los tres balbucearon entonces una plegaria que debió subir al cielo envuelta en las últimas luces del crepúsculo de la tarde.

Cuando se levantaron, ya las sombras inundaban el valle y Pano había desaparecido, como tragada por las tinieblas.

—¡Obscura es la noche!—dijo Félix ayudando á entrar á su padre en la tienda.

—Pero no tardará en asomar la luna—contestó el viejo.

Entraron en el vasto cobertizo, donde se habían ya recogido todos los futuros habitantes de Pano. Allí estaban, tendidos en el duro suelo, descansando la cabeza sobre el acorado morrión, que les servía de almohada, todos aquellos hombres valerosos, sin más refugio ni asilo que la enriscada sierra y la soledad de los bosques. Las mujeres, abrazadas á sus hijos, que temblaban estremecidos por el cierzo frío de la noche, velaban el sueño de sus esposos, derraman-

do en silencio amargas lágrimas, inspiradas por el recuerdo de la patria. Algunas hogueras colocadas de trecho en trecho alumbraban con siniestros resplandores aquellos rostros macilentos, postrados por las angustias de la desesperación, del dolor y del hambre.

Era ya bien entrada la noche cuando, como un pabellón izado repentinamente en el aire, asomó en el espacio la pálida luna.

El anciano de los cabellos blancos, que estaba tendido en el suelo, se incorporó y tocó con su báculo á Oto, que descansaba, pero sin dormir, á pocos pasos de distancia.

Éste se puso en pie y ofreció el brazo á su padre, que se levantó penosamente y salió de la tienda guiado por su hijo.

—Oto, hijo mío, extrañas ideas me asaltan, lúgubres presentimientos ruedan por mi mente prensándome el corazón.

El joven bajó la cabeza sin contestar.

—Oto, hijo mío, subamos á la torre. La luna te permitirá llevar tu mirada á lo más profundo del valle.

Oto, sin replicar una sola palabra, subió con su padre hasta la plataforma del torreón. Trepó el mancebo hasta alcanzar el parapeto, y desde allí tendió una mirada sobre el valle que se extendía á sus pies, y por el cual cruzaba, serpenteando como una cinta de plata, el río Aragón.

—¿Qué es lo que ves, Oto?—gritó el anciano.

—Padre, veo un cuervo, negro como una maldición, batir sus alas sobre el pinar que está á espaldas de la tienda.

—¿Y qué más ves, hijo mío?

—Aguardad; veo allá, en el fondo del valle, una línea blanca junto al río. Parece como que el río se hubiese dividido en dos brazos.

—Observa bien.

—Es extraño, padre. De enmedio de esa línea brotan chispas, como si la luna arrancara rayos de unas láminas de plata.

—Observa mejor.

—¡Padre! ¡padre! Esa línea blanca es una hueste de moros.

—¡Misericordia de Dios!—gritó el anciano cayendo de rodillas.

—Sus blancos turbantes lucen á los rayos de la luna como el brazo de un río, y las chispas que brotan son las que despiden sus armas. ¡Dios mío, es un ejército numeroso! Va introduciéndose en la garganta de la sierra, como si tratara de encaminarse hacia aquí.

—Hacia aquí se encamina, hijo mío. El corazón me lo dice. ¡Baja!

Oto descendió de la almena. El anciano le recibió en sus brazos.

—Padre—dijo el arrojado mancebo,—voy á dar el grito de alarma. Si vienen á buscarnos hasta nuestro último refugio, el combate será sangriento; nos defenderemos como leones.

El anciano de los cabellos blancos puso una mano, trémula, sobre la cabeza del gallardo mancebo.

—Oto—le dijo,—el momento es solemne. Dentro de pocas horas ya no existiremos y nuestras almas habrán volado al seno del Dios de las misericordias, mientras que ni uno de nosotros quedará, tal vez, para derramar un puñado de tierra y una lágrima de dolor sobre nuestros cadáveres insepultos. Oto, hijo mío, tú eres valiente y joven y acaso por milagro de Dios puedas salvarte. Si lo consigues, no olvides entonces mis últimos consejos. Desprecia el lujo y la afeminación, que ha perdido á la corte de Rodrigo y que á todos nos envolvió en su pérdida. Arroja lejos de ti la copa de oro realzada con piedras en que bebían los cortesanos, y no perfumes ni acicales tu cabello ante la plancha de acero á que se asoman las mujeres; vive para Dios y para San Juan Bautista, nuestro particular abogado, y si algún día te sientes con fuerza en el corazón, con fuego en la sangre, con vida en el alma, abandona el hueco de la peña en que te hayas refugiado y uno á uno habla á todos los hermanos que encuentres, uno á uno recógeles, uno á uno llévalos contigo, y morid entonces como hoy moriremos nosotros, peleando por la religión y la patria.

Dijo el anciano, y el joven Oto besó su mano, regándola al propio tiempo con sus lágrimas.

—Da ahora el grito de alarma, hijo mío.

Toda aquella población, que dormía pacífica, despertó sobresaltada. Oto les enteró en breves palabras del accidente que ocurría. Un momento bastó para que se juntasen sus caudillos, poniéndose de acuerdo.

Las mujeres y ancianos quedaron como en depósito en el torreón de Pano, que era donde mejor podían abrigarse de las flechas de los moros, y los pocos hombres con quienes se podía contar fueron distribuídos por las murallas comenzadas y tras las almenas, que empezaban sólo á mostrar sus dientes.

Colocados ya todos en sus puestos, esperaron.

No fué por mucho tiempo.

Aparecieron de repente los moros, lanzando alaridos salvajes.

Lucharon los cristianos como buenos, pero como buenos sucumbieron.

En aquel último altar de la religión y la patria, en aquel postrer baluarte de los godos, cayeron una tras otra las víctimas, haciéndose matar al pie de la torre que guardaba á sus hijos y mujeres, tratando, ya que más no podían, de cerrar la puerta con sus cadáveres.

En lo más confuso de la pelea, el viejo de los cabellos blancos fué separado de sus hijos, uno de los cuales había ya recibido una herida defendiéndole. El anciano hizo cuanto pudo: peleó mientras tuvo fuerzas, pero sucumbió.

Hubo un momento en que cesó la resistencia; desde entonces todo fué carnicería sólo. Algunos moros fueron recorriendo el campo de batalla para acabar con los heridos, mientras que otros, en el interior del torreón, pasaban á cuchillo á niños y á mujeres. Sólo les faltó á los moros beber sangre.

En seguida, para hacer riza en todo, para no dejar ni huella de los godos, estacadas, murallas, foso, almenas, torreones, todo fué derribado con los mismos instrumentos que habían servido para elevarlo.

Y así acabó, antes destruída que edificada, la nonata Pano.

El crepúsculo matutino asomaba perezoso cuando los moros se retiraron, dejando montones de ruinas y de cadáveres.

Una hora hacía poco más ó menos que partido habían, cuando uno de los cuerpos tendidos en el foso empezó á moverse y agitarse. El aire fresco y puro de la mañana había hallado un germen de vida en aquel hombre, reputado cadáver por los árabes. No tardó en incorporarse. Un alfanje sarraceno había hendido su morrión y abierto un surco sobre su frente. El golpe más bien que la herida le hiciera caer, y de lo alto de la muralla los enemigos le habían arrojado al foso, donde fué la brisa matutina á encontrarle vivo.

Era Oto.

Levantóse bamboleando y lleno de contusiones; miró á su alrededor y vió sólo cadáveres y ruinas.

Arrastróse por entre aquellas calles de muertos queridos, tropezando con los cuerpos y resbalando en la sangre. Iba buscando al anciano de los cabellos blancos, y fué para esto pasando revista á todos los cadáveres, uno á uno.

Hallóle por fin. Postróse ante él y oró.

Terminada su plegaria, puso su diestra sobre el cuerpo y pareció prestar un juramento.

En seguida cargó el cadáver sobre sus hombros, dirigióse á la tienda, y en el mismo sitio donde la víspera estuvo sentado el anciano despidiéndose de Pano, fué donde abrió una huesa y le enterró.

Cumplido este penoso deber, fué en busca de su hermano Félix, á quien, con gran sorpresa y fortuna, halló con vida todavía.

Entonces vendó con precaución sus heridas, fué á buscar agua con su casco en un manantial no muy lejano, rocióle con ella el rostro y lleno de alegría y júbilo vióle por fin abrir los ojos.

—¡Félix, Félix! ¡Hermano mío!

—¡Oto!—murmuró Félix.

—Tu hermano, sí, pero no Oto. He olvidado este nombre. Ya no me llamo Oto. Hice un voto, y desde hoy en adelante me llamaré *Voto*.

III

Un año había transcurrido.

Los dos hermanos labraronse una vivienda en el monte, en sitio apartado, y allí vivían tranquilos esperando á que luciera el sol de la libertad para su opresa patria.

Voto, para distraer su fiebre de actividad y de impaciencia, se entregaba á correrías por la montaña y endurecía su corazón con el ejercicio de la caza.

Cierto día...

Y aquí sí que entramos de lleno en el campo de la leyenda. ¡Qué hermosa, qué peregrina y qué santa leyenda la que recurre al milagro y al prodigio para que así hubiese de ser maravilloso el descubrimiento de la cueva destinada á ser cuna de la nación aragonesa! ¡Una leyenda, un milagro, un santo! ¡Dios, la religión, la patria! Todo esto, y más, era conveniente para consagrar el sitio donde debía alzarse el templo de las glorias y libertades de Aragón.

Cierto día, iba Voto en persecución de un ciervo que, veloz como una saeta, atravesaba valles y montes. Siguióle Voto con trabajo por la fragosidad del terreno hasta llegar á una llanura donde el mancebo pudo dar rienda y espuela á su corcel, que salió disparado tras del ciervo. Hallábase ya cerca de su presa é iba á lanzarle el venablo, cuando de pronto, y como por encanto, el ciervo desapareció precipitándose en un abismo. Reparó Voto en ello, vió el peligro, quiso refrenar el caballo, pero ya no era tiempo.

La leyenda dice que entonces Voto, inspirado en su devoción á San Juan Bautista, se encomendó á su santo patrón y en el acto el corcel quedó inmóvil en los aires, sobre el abismo, tranquilo y sosegado como en tierra firme.

Asombrado Voto ante el portentoso, hizo retroceder su caballo, echó pie á tierra y, por secreto impulso, quiso registrar el precipicio, donde algo creyó que podía existir para ser causa de aquel prodigio.

Comenzó, pues, á descender unas veces, y otras á subir, por entre zarzas, árboles y mátorrales, y así llegó hasta el umbral de una cueva, en la que penetró con religioso temor.

Hubo de aumentar su pasmo al encontrar en ella un tosco altar abierto en la peña, con una efigie de San Juan Bautista, á que daban luz los resplandores de una lámpara moribunda, y tendido en el duro suelo el cadáver de un venerable cenobita, respetado por las fieras que iban á matar su sed en un arroyo que corría por aquel misterioso y retirado sitio.

La cabeza del eremita descansaba sobre una piedra triangular, en la que se veían escritas unas palabras latinas, según las cuales el muerto era Juan, del vecino pueblo de Atarés, primer ermitaño de aquel lugar, retirado del siglo por el amor de Dios.

Juan era quien había fabricado aquella iglesia en honra de San Juan Bautista, y pedía que se diera sepelio á sus restos en aquel mismo sitio, donde tanto había orado y pedido por la libertad y restauración de la patria esclava.

Postróse Voto ante la imagen del santo é hizo formal promesa de seguir la obra y la misión emprendidas por el difunto anacoreta, yendo luego en busca de su hermano para comunicarle su propósito. Félix no quiso abandonar á Voto, comprometiéndose á aceptar la misma penitencia, y entrambos partieron al sitio donde se abría la cueva, sepultaron al muerto anacoreta colocando como lápida de su huesa la piedra epigráfica y, vistiendo sayales de humildes eremitas, allí se quedaron á orar en pro de la patria, tan cruelmente flagelada por las huestes del falso profeta.

Un año transcurrió, y luego otro, y otro hasta quince.

Un día, al amanecer, los dos hermanos oyeron lamentos y gemidos cerca de su cueva. Inmediatamente se dirigieron al sitio de donde partían, que era de entre unas matas, y hallaron desangrándose á un mancebo de gentil continente. Había sido herido por los moros, que fueron persiguiéndole hasta perder sus huellas.

Transportaron ambos hermanos al malparado joven á la cueva, donde solícitos le cuidaron y atendieron.

Por él tuvieron noticia de que en las montañas de Asturias un varón ilustre, llamado Pelayo por los cristianos y Belaij por los árabes, había tremolado el pendón de la independencia y de la cruz, y al frente de un puñado de resueltos astures montañeses había caído sobre numerosa hueste de moros, derrotándola al pie de Covadonga. Esta victoria había dado gran fama á Pelayo, y los reconocidos astures le proclamaron su rey.

Voto sintió arder su sangre al relato de la hazaña de Pelayo y creyó llegado el instante de no aguardar más, decidiéndose á salir de su cueva para cumplir el juramento prestado un día sobre el cadáver de su padre, de morir ó triunfar por la libertad de la patria.

—Oye—díjole una tarde al huésped, ya restablecido completamente de sus heridas,—¿conoces tú el camino que guía á las guaridas donde se han retirado los más nobles caballeros?

—Sí—le costestó el huésped.

—Pues entonces, mañana al rayar el día partiremos.

En efecto, al día siguiente, Voto, dejando encomendada la ermita á su hermano Félix, partía lleno de entusiasmo y esperanza, é iba, como más tarde debía hacerlo Pedro el ermitaño, á buscar uno á uno á los guerreros que, agrupados bajo el pendón de la cruz, dieron comienzo á esa raza de héroes que hubo de asombrar al mundo con sus empresas.

Ésta fué la del obscuro ermitaño de la cueva de Pano.

Voto vió á todos los guerreros que habían sobrevivido, reanimó el ardor apagado de los unos, atizó el entusiasmo de los otros, alentó á los débiles, conquistó á los fuertes, y á todos dió igual cita para día determinado en su cueva, en la gruta habitada tantos años por el piadoso Juan de Atarés.

Todos prometieron asistir.

Concluída su peregrinación, reunidos ya los elementos que debían formar aquella santa cruzada, Voto se dejó caer de rodillas y, cruzadas las manos, de lo íntimo de su alma partió un cántico de gracias para el Señor.

IV

Llegados el día y la hora de la cita, trescientos fueron poco más ó menos los que se juntaron en la cueva de Pano, que desde aquel momento pasó á ser, como la de Covadonga, monumento de honor y gloria en los anales de España.

Sólo que la suerte no ha favorecido por igual á entrambas.

Mientras que la cueva de Covadonga, con justicia notoria, sigue realzada y protegida, la de Pano, con injusticia flagrante, se halla en abandono y ruina, por todos y de todos olvidada.

Iba diciendo que trescientos fueron, y más aún, los congregados en la cueva.

Algunas teas alumbraban la soterránea estancia, reflejando su luz misteriosa en aquellos rostros de perfiles severos y marcado carácter. Casi todos eran hombres jóvenes y robustos, vistiendo trajes formados de pieles los unos, y ostentando los otros la sencilla túnica goda ó la cota enmallada que había comenzado á figurar en el reinado del infeliz Rodrigo. Todos iban también armados: quién con la gruesa maza de hierro que debía ser más tarde el arma característica de la caballería; quien con la espada de dos cortes llamada *spathus*; aquél con la pica heredada de los romanos; éste con el *scrama* de aguda punta, y la mayor parte con el arco y las flechas de puntas de acero ó de betún inflamado, mientras que algunos llevaban enroscada á su brazo la tradicional honda, aquella terrible y poderosa honda que á tan gran distancia llevaba la certera y mortífera piedra.

Mientras se iban reuniendo los citados, los dos eremitas, Voto y Félix, de rodillas ante el altar, elevaban al cielo sus plegarias.

Cuando creyó llegado el momento, levantóse Voto y dirigió la palabra á los que habían acudido á su llamamiento.

Les participó el objeto para que fueron llamados, les habló de Dios, de la religión, de la patria oprimida y esclava, y

les dijo cómo era ya llegada la hora de su redención y libertad.

Y así, en aquella cueva del milagro patrióticamente hadada por la leyenda, en el silencio de la noche y del desamparo, envuelto en el misterio de las sombras y aguzado por el dolor de la patria, de pie sobre las gradas de aquel altar labrado en las entrañas del monte, inspirado como antigua pitonisa desde su trípode, pisando la sepultura del eremita santo á quien las fieras respetaran, influyendo en los unos con el ejemplo del milagro y la maravillosidad de la leyenda, excitando á los otros con el encargo y misión que Dios le confiaba, moviendo á todos con el lastimoso cuadro de los duelos y desolación de la patria, así fué como encontró Voto palabras de fuego con que transmitir á los demás el que ardía en su alma.

Las palabras de Voto despertaron el sentimiento y produjeron explosiones de entusiasmo en aquellos corazones, que parecían muertos, indiferentes, duros y fríos para todo espíritu patrio. Así brota el fuego del pedernal cuando éste se siente herido.

—Un caudillo que nos conduzca al combate y todos le seguiremos—gritó una voz, y todas en seguida con ella.

—Elegid vosotros mismos el caudillo, y en el acto le rendiremos obediencia y homenaje—dijo Voto.

Entonces fué cuando se fijaron las miradas de todos, como movidas por secreto impulso, en un varón de arrogante presencia que, apoyado en su formidable espada, permanecía junto á Voto. Era Garci Ximénez, señor de Almezera y Arbazusa, según antiguas crónicas.

—Que sea nuestro rey y nuestro caudillo Garci Ximénez—gritaron varios á un tiempo.

Y todos asintieron con verdadero frenesí de entusiasmo.

—Sea, en afecto—dijo entonces Voto adelantándose,—sea Garci Ximénez nuestro rey, cabeza y caudillo de la empresa; pero que él y cuantos le sucedan no olviden jamás que, como monarcas, han de estar sujetos á las leyes, para cumplirlas y para hacerlas cumplir.

Y pronunciadas estas palabras, antes de proceder á la

elección, se asentaron en aquella cueva, perdida en el fondo de los montes, las leyes fundamentales de la monarquía, conocidas con el nombre de fuero de Sobrarbe, códigos admirables destinados á ser, como fueron, ejemplo y modelo para futuras edades.

Voto empuñó una espada y, poniendo su punta sobre el altar, exclamó solemnemente dirigiéndose á Garci Ximénez:

—Todos los trescientos caballeros aquí presentes os rendirán obediencia como súbditos, Garci Ximénez, y pues que de libre consentimiento os eligen rey y os ceden el dominio de los países que conquistar pudiereis, debéis jurar, ante todo, que *mantendréis sus derechos y libertades, que las tierras que se ganen las partiréis entre los ricos-homes, infanzones y caballeros, que ni vos ni los vuestros sucesores tendréis corte, juzgaréis ni haréis guerra á otro príncipe sin acuerdo de doce de los más ancianos ó sabios de la tierra, quedando en libertad de elegir otro rey, cristiano ó pagano, si vos, Garci Ximénez, faltáis á alguno de los pactos hechos.*

—Lo juro—dijo Garci Ximénez poniendo su mano sobre el altar.

—Entonces—dijo Voto,—entonces, Garci Ximénez, *cada uno de nos, que somos tanto como vos, y juntos más que vos, os hacemos rey, con tal que hagáis observar bien las leyes, y si non, non.*

Éstas fueron las palabras sacramentales.

Pudieron aquellas palabras pronunciarse allí en el acto de alzar por rey á Garci Ximénez, según opinión de unos, ó más tarde, cuando fué proclamado y jurado Íñigo Arista, en opinión de otros; pero esto es cuestión de poca monta.

Podrán también aquellas palabras no ser exactas de toda exactitud en su letra y forma, como asientan unos pocos apelando á distingos y sofismas; pero ¿en su espíritu? ¿en su fondo? ¿en lo más esencial de su forma?... ¡Ah! Esto no admite duda de ninguna clase. Ahí están para demostrarlo, por un lado la historia toda de Aragón, de sus leyes y sus reyes, y por otro el texto del *privilegio de la Unión*, firmado por Alfonso III, llamado *el Liberal* ó *el Franco*.

Pronunciadas, pues, aquellas palabras sacramentales por

el eremita Voto, adelantóse éste y ciñó la frente del nuevo rey con un tosco yelmo, que hizo veces de corona, puso en sus manos una lanza que era el cetro para regir á aquel pueblo belicoso, y alzado fué por tres veces sobre un pavés el nuevo monarca, según usanza goda, al grito, también tres veces repetido, de *¡Viva el Rey Garci-Ximénez!*

Tal fué el origen de las libertades aragonesas consignadas en los célebres privilegios de la Unión.

Varios escritores refieren—y entre ellos el monje Gauberto, el cual no vacila en atribuirlo á santa inspiración de los ermitaños Voto y Félix—que el mismo día y en la misma cueva fué creada, como garantía de libertad, la singular institución del *Justicia Mayor*, poder intermedio entre el monarca y los súbditos, guardador de las leyes, columna de hierro en que se estrellaban los caprichos del soberano, y rey del rey, porque era el arca de la ley.

Entonces fué cuando comenzó esa venerada serie de sacerdotes de las leyes, superiores en cierto modo á los monarcas mismos, y que debía terminar cuando la cabeza sangrienta de Juan de Lanuza, el último Justicia, rodó por las gradas del cadalso mandado elevar por Felipe II. Entonces fué cuando empezó esa otra no menos venerada serie de reyes, héroes y campeones de Aragón, dignos y justicieros monarcas, señores de hombres libres, pues que, según expresión del monje Gauberto Fabricio, era cada aragonés un rey y su soberano un rey de reyes é imagen de Dios, cuya principal grandeza es mandar libremente á los que crió libres.

Terminada la ceremonia, Garci Ximénez cayó de rodillas, y con él todos sus nuevos súbditos alzaron sus preces al cielo. Sonreía el alba cuando el rey ungido aquella noche, ansioso de merecer ese título, se lanzó fuera de la cueva dando el grito de *¡Dios y libertad!*

Todos le siguieron blandiendo sus armas.

El cielo fué propicio á sus deseos.

Ainsa fué la primera ciudad en caer. Garci Ximénez y los suyos arrojaron de ella á los sarracenos, después de sangrienta lucha, en que los cristianos pendones llevaron la primera y señalada victoria.

El ilustre campeón quiso solemnizar esta hazaña con la gratitud, y, al efecto, mandó restaurar la ermita de los hermanos Voto y Félix, y recordando que en aquella cueva había estado su trono, quiso también que en ella estuviera su tumba, señalándola para su morada y sepulcro.

Garci Ximénez continuó sus victorias ensanchando los límites de sus estados, hasta llegar un día en que se vió cercado de tal multitud de moros, que se creyó irremisiblemente perdido. En tal apuro, levantó García los ojos al cielo demandándole socorro, y vió, sobre un encina, una cruz roja. Semejante prodigio (dicen las leyendas ó dicen las historias, según el gusto ó el estudio) fué la señal de la victoria que alcanzó en aquel momento, y para perpetuar el hecho, puso la cruz en su pavés y dió á su reino el nombre de *Sobrarbe*, derivado de *sobre arbe* ó *sobre el árbol*.

Zurita dice que no se llamó Sobrarbe aquel país por lo de *la cruz sobre el árbol*, sino por estar *sobre la sierra de Arbe*.

Ínterin sucedíanse los hechos de armas que con caracteres indelebles habían de marcar en el libro de la eternidad el nombre del primer monarca de aquellos países, los dos buenos ermitaños Voto y Félix bajaban al sepulcro, siendo sepultados por los fieles en la primitiva capilla al lado de San Juan de Atarés, y afirman las cristianas leyendas que una luz milagrosa señaló el lugar donde yacían.

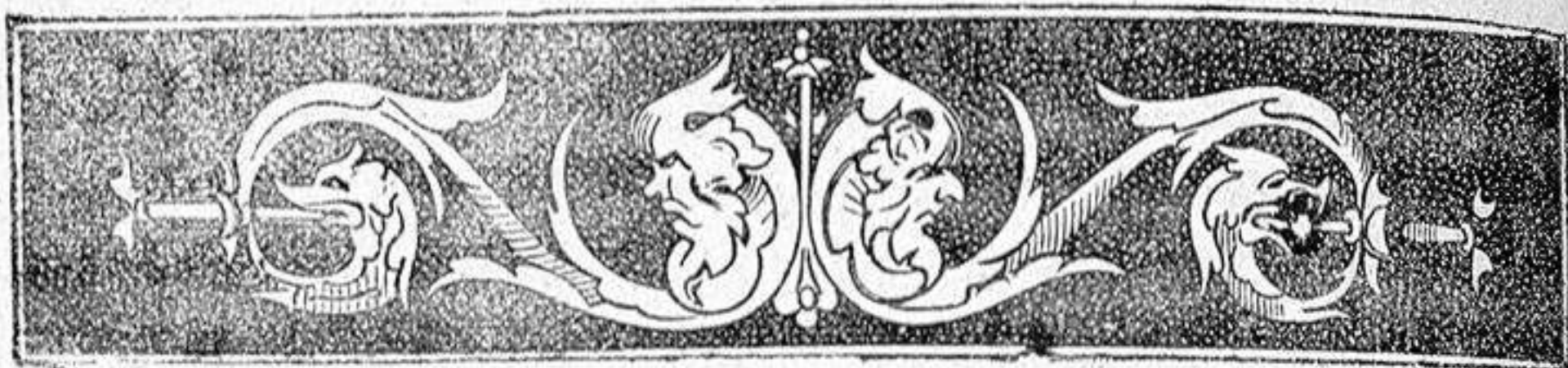
Dos hombres no menos piadosos, Benedicto y Marcelo, fueron á ocupar el lugar que dejó vacante la muerte de Voto y Félix y á constituirse en imitadores de los dos hermanos, al propio tiempo que se hacían guardas de su sepulcro venerado.

De todos puntos empezaron entonces á partir caravanas de romeros y peregrinos que iban piadosamente á visitar las tumbas de Voto y Félix, los dos hermanos que tuvieron para aquel pueblo naciente el triple carácter de guerreros, sacerdotes y legisladores.

Así es como dió principio la fama y el esplendor que en tiempos posteriores debía envolver á San Juan de la Peña, cuna de las inmortales libertades de Aragón.

VÍCTOR BALAGUER.

(*Concluid.*)



DE LA MORAL

Relación entre el conocimiento y la conducta.—Diversidad de sentimientos y de hábitos morales.—De la universalidad de los preceptos morales.—De su carácter social.—La moralidad, verdadera ley de la vida.—Influencia de los sentimientos morales.—El interés personal y la conducta.—Franklin y Renan.—La moralidad, condición de ventura en la vida.—La moralidad en los pueblos modernos.—Unidad en la conducta moral, diversidad en las ideas.—Inglaterra, España.—Interés supremo que alcanza en nuestros días cuanto se refiere á la moral.—Las creencias religiosas y la moralidad.—El pesimismo contemporáneo.—Cómo se realiza el progreso moral.—Beccaria y el tormento jurídico.—El egoísmo, ley de la vida interior.—Fecundidad del bien, superior por naturaleza á la del mal.—Ideal de vida de las clases acomodadas en nuestro tiempo.—Reacción provechosa.—Sociedades para la cultura moral.—El deber moral.

Si grande es la importancia que reviste la obra de la ciencia para el mejoramiento de la vida social, no es ciertamente menor la que debemos atribuir á esa norma superior de nuestros actos que constituye la moralidad.

Realmente, si la recta apreciación de las cosas en nuestro entendimiento no fuera el antecedente natural de la buena conducta, la ciencia perdería su principal y más subido valor. Pero todos los tiempos, todas las escuelas han visto bien el estrecho enlace que media entre el conocer y el obrar, entre las ideas que dirigen nuestra inteligencia y los hábitos que forman nuestro temperamento moral.

Y es que la expresión verdaderamente fundamental de la

personalidad, lo que constituye el objeto mismo de la vida, es la conducta. Ser activo por naturaleza, el hombre necesita traducir en actos sus ideas. La piedra de toque de las doctrinas y de las creencias es el género de actividad que determinan. En la especulación científica que parece más distante de nuestra vida real, es fácil siempre señalar la índole de actividad que, mediante un conocimiento más comprensivo y exacto, se desarrolla y perfecciona.

Las costumbres de cada pueblo reflejan, en términos generales, su estado mental, resultado, á su vez, de las condiciones de raza, de medio, de género de vida (nómade, sedentario, pacífico, guerrero, etc.), en que se encuentra. De aquí lo vario de las reglas de conducta, según los tiempos y países. El homicidio, el robo, la prostitución, el incesto, el adulterio, han sido en las épocas primitivas norma de actividad que tenía su razón de ser en la falta de verdadera organización social y de progreso científico. Hoy mismo, según los climas, según las religiones, según los tipos de civilización, varían las costumbres, las ideas acerca de lo bueno y de lo malo, y, como consecuencia, las reglas del obrar.

Siendo en el fondo la moral la dirección de la conducta en armonía con las necesidades sociales, es natural que sean tanto más universalmente aceptados sus preceptos cuanto más precisos son para la existencia de un estado social, por elemental que sea. El valor, la fe jurada y la obediencia fueron y son hoy mismo condiciones primarias de la vida social. Las hallamos entre los salvajes, entre los malhechores, en toda sociedad humana. Sobre esto, el acuerdo de los hombres es antiquísimo. El respeto á la propiedad individual constituída por la mujer, la morada y el esclavo ha sido asimismo reconocidos desde la antigüedad remota. Este respeto, aunque sólo sea limitado á un pequeño grupo, es también condición de todo orden social.

Que este carácter social es esencialísimo en la ética, lo demuestra cumplidamente la evolución de la moralidad bajo todos sus aspectos. Pero á mayor abundamiento pudieran citarse dos hechos concluyentes. El amor griego, tan contrario á la dignidad humana y tan opuesto á la naturaleza,

¿dónde llegó á ser una institución pública, sino en el reducido territorio de Creta, en que la fecundidad constituyó pronto un verdadero peligro? ¿Dónde fué, no sólo tolerado, sino aplaudido por los filósofos y cantado por los poetas, sino en las pequeñas repúblicas griegas, constantemente preocupadas con la idea de mantener una cifra invariable de ciudadanos sobre el territorio de la ciudad?

La institución del duelo nació asimismo en épocas de disgregación, cuando no había una autoridad capaz de reprimir los desmanes de las individualidades enérgicas é invasoras. Hoy florece precisamente en los pueblos en que domina el espíritu militar y en que se cree obra provechosa la de vigorizar los sentimientos belicosos: en Alemania y Francia, con su cohorte de satélites é imitadores. Es raro en Inglaterra, país industrial y consagrado principalmente al comercio, á la industria y á las ciencias experimentales, y es desconocido en la Confederación norteamericana, pueblo nada belicoso, y que no puede temer extrañas agresiones.

Pero este carácter relativo de la moral que pudiéramos llamar histórica no obsta para que la razón humana comprenda y afirme reglas fundadas, no sólo en la experiencia de los siglos, sino también en el conocimiento cada vez más exacto de la naturaleza de la sociedad y del fin de nuestra vida. Estas reglas constituyen la moral ideal, que responde siempre á un estado social superior al en que se formula y que aspiran á realizar sobre la tierra las almas escogidas.

La moralidad es la verdadera ley de la vida social, sin la que toda colectividad humana es imposible. Una sociedad en donde el estado habitual de relaciones fuera el engaño, el despojo, la agresión y el libertinaje, no podría existir. La ley moral es la que da cohesión á los distintos elementos sociales, la que funda las relaciones de armonía, sin las cuales son imposibles la salud del organismo colectivo y el cumplimiento de los fines humanos. Un hombre disoluto es realmente un elemento de disolución; si su conducta se imitara, la sociedad desaparecería.

Por otra parte, la moralidad ejerce una influencia decisiva

va sobre todos los demás aspectos de nuestra actividad. Como consiste precisamente en el cumplimiento del orden requerido para la vida y el progreso de los pueblos, la conducta moral influye por modo decisivo y saludable en los diversos géneros de conducta. Por sí sola alcanza á suplir deficiencias de riqueza y de cultura intelectual. En nuestras provincias vascas hay poblaciones no favorecidas por la naturaleza ni por la industria, y que, sin embargo, viven en la alegría y en la serenidad. No son ricas, ni instruídas, pero son honradas; su conducta se adapta admirablemente á las condiciones de su vida. En su pobreza hay toda la dignidad que el trabajo, el mutuo auxilio, la resignación serena en el sufrimiento y la pureza de costumbres producen en las almas.

La conducta moral, que no disipa estérilmente el fruto de trabajo, que presta auxilio al indigente, que encamina al extraviado, que no descansa en corruptora ociosidad, que se alimenta de perseverancia, que domina la pereza, que no se hace esclava de la molicie, ni vive consagrada á groseros deleites, es agente de bienestar y de dicha. Ella impone la sobriedad, la noble sencillez y la modestia; ella, por la continencia y la templanza, mantiene el vigor del cuerpo y la elevación del espíritu; ella nos aleja de la mortífera excitación alcohólica y de la degradación de los sentidos; ella nos hace, en una palabra, sanos, fuertes, aptos para vencer noblemente en el palenque de la vida.

Mucho se ha escrito sobre la oposición posible entre la conducta moral y el interés personal, ó sea entre el bien y la felicidad sobre la tierra. Entre la opinión de Franklin, para quien la honradez era el verdadero camino de la dicha humana, y el escepticismo de Renan cuando afirma que la virtud es en el orden finito una mala colocación del capital de la vida, la ciencia, en mi sentir, no puede menos de inclinarse al criterio del inmortal físico y moralista americano. Si las cualidades morales reflejan ante todo necesidades de la vida social, el hombre virtuoso será el hombre verdaderamente apreciado y enaltecido por sus conciudadanos. La virtud aumentará considerablemente el valor de sus cualida-

des nativas. Puede suceder que un hombre de moralidad superior sufra reveses de la fortuna ó carezca de otras condiciones precisas para lograr resultado en la vida. El primer caso nada significa contra nuestro parecer: la virtud favorece sin duda, pero no garantiza el triunfo en las contiendas sociales: el más valiente perece á veces en el primer combate, y hombres sabios han vivido siempre en la oscuridad. Por algo se ha pintado ciega á la Fortuna, No obstante, lo que por regla general suele acaecer es el segundo caso. Yo he conocido y conozco hombres de sentimientos nobilísimos, de un valor moral de primer orden; pero, por su desgracia, faltos de energía, indolentes, influídos quizás por añejas preocupaciones é incapaces de adaptarse á las necesidades inflexibles del medio.

En tales casos no es la moralidad el óbice de la fortuna; son marcadas deficiencias de inteligencia y de carácter. Pero siempre puede sostenerse que, en igualdad de circunstancias, las cualidades morales son un auxiliar poderosísimo para toda existencia humana.

La historia misma nos presenta ejemplos numerosos de la acción disolvente y perturbadora de la inmoralidad. Siempre las razas superiores en hábitos morales, susceptibles de abnegación, unidas y valerosas, han preponderado sobre la tierra. Por cualidades superiores de orden moral, dominaron Persia y Roma; por cualidades del mismo género, si bien bajo tosca superficie, vencieron á la Roma decadente los pueblos germánicos, y hoy mismo, la supremacía en la cultura, en la riqueza y en el poder se inclina hacia las razas anglo-sajonas, que han conservado mucho más vivo y eficaz el sentimiento moral que los demás pueblos.

Cuando Inglaterra nos ofrece el espectáculo de un hombre político de grandes condiciones inutilizado por la divulgación de un acto inmoral perteneciente á su vida privada; cuando en los Estados Unidos vemos señalar con el estigma de la reprobación social y hasta negar el saludo al acusado del delito de seducción, podremos sonreir burlonamente en París ó en Madrid y atribuir á *bigoterie* ó á hipocresía tales hechos, pero la verdad es que hablan muy alto en favor de

pueblos en que el sentimiento moral impone tal conducta.

Y es que entre nosotros no se percibe con suficiente claridad la superior importancia del elemento moral sobre los demás factores sociales. Lo que modifica nuestros conceptos, lo que trastorna nuestra mentalidad, nos alarma grandemente; pero lo que altera las condiciones esenciales de nuestra actividad nos deja indiferentes. Precisamente todo lo contrario debiera ser la regla. La variedad de ideas es condición precisa para el conocimiento completo de la realidad; donde no hay lucha de ideas no hay vida del pensamiento, no hay verdadera investigación de la verdad. La realidad ofrece aspectos variadísimos, y á estos varios aspectos corresponden naturalmente distintos puntos de vista. La homogeneidad de opiniones equivale á la ausencia de toda fecundidad intelectual. Cortar las alas al pensamiento, limitar su horizonte, cohibir su variedad fecunda, es atentar contra el progreso humano. El reino de la inteligencia debe ser el reino de la libertad.

No puede decirse lo mismo del orden moral. Éste expresa necesidades vitales de la organización social humana, que, una vez manifiestas, son por naturaleza inmutables. El robo, el homicidio, el adulterio, no pueden jamás dejar de ser inmorales, sin que peligre la vida misma de la sociedad. El ladrón, el homicida, el adúltero, serán siempre elementos de desorden y de corrupción, que debe rechazar toda sociedad honrada. Y cuantos defienden en cualquiera forma el robo, el homicidio y el adulterio son, por legítima extensión del anatema que merecen estos actos, dignos de igual reprobación.

Claro es que al hablar de leyes inmutables del orden moral, sólo nos referimos á aquellas formas generales de actividad que la experiencia de los siglos y la luz de la razón han fijado ya como piedras sillares de la conducta humana, y de ningún modo á prescripciones de otra índole, á preceptos secundarios y de derivación más ó menos legítima, sobre las que, en más ó en menos, cabe la transformación.

La Inglaterra del *Novum organum*, del «Ensayo sobre el entendimiento humano» y «Del origen de las especies»

es al propio tiempo el país de la austeridad puritana, el pueblo en que la religión desenvuelve con fuerza mayor sus elementos morales.

España nos ofrece un espectáculo bien distinto. Aquí reina durante siglos la unidad; la política cultiva los elementos más peligrosos del carácter de nuestra raza, la indolencia meridional, la aversión á lo nuevo, el misoneísmo, por una parte; por otra, la tendencia á limitar la actividad espiritual al imperio de las formas, á la vida imaginativa. Proscrita la fecundidad de la razón, eliminada la bienhechora *eugénesis* que constituye, por las leyes de selección y de herencia, la fuerza verdadera de las naciones, la decadencia intelectual y moral, la postergación de nuestra nacionalidad era inevitable. Todo régimen dirigido á establecer, por la opresión, la uniformidad de ideas ó de fortunas, va contra la naturaleza de las cosas, y sólo consigue como resultado la degeneración y la miseria.

Laxitud en lo que se refiere á la conducta moral, estrechez opresora en la esfera de la ciencia, hé ahí el más seguro procedimiento para llevar á un pueblo á su ruina.

Pudiera, quizá, pensarse que nunca como hoy ha sido difícil ejercer una influencia moral, eficaz y poderosa sobre la sociedad como condición fundamental de su reforma y mejoramiento. Quien tal piense está en un error. Por lo mismo que todas las creencias vacilan ó se desvanecen, por lo mismo que los hombres corren desbocados tras las imágenes brillantes de la vida y del goce material, por lo mismo que no hay autoridades que obtengan el asentimiento de todos, por lo mismo que la tristeza y el desaliento invaden á los mejores, es ésta la hora de mostrar lo único en que debe y puede haber concierto, lo único que es esencial á la sociedad y al hombre, lo único en que no discrepan los corazones nobles por todo el ámbito de la tierra: la acción moral. No en vano Desjardins lo ha llamado el *deber presente*: es, en efecto, el primero de los deberes sociales. No en vano se considera por muchos como el lazo de unión entre las diversas confesiones; como que contiene cuanto de positivo hay en ellas. No sin razón, Carlos Secretan soñaba con ver

unidos en superior etapa de armonía y de progreso sobre la montaña de Santa Genoveva á católicos, á protestantes y á hombres de opinión independiente, en un mismo sentimiento de humanidad y de amor.

Tal vez, con la mayor buena fe, se exagera un tanto la influencia actual de las creencias religiosas en la moralidad de los individuos. Pero no sería ni justo ni exacto negar la influencia moralizadora que, en mayor ó menor escala, han ejercido y aun hoy mismo ejercen, y desconocer que su desaparición es un factor importantísimo de perturbación moral.

La incredulidad moderna no se limita, en efecto, á lo que pudiera considerarse como poco relacionado con la conducta moral, á lo que es secundario en la institución religiosa, sino que alcanza también á las creencias más íntimamente enlazadas con la dirección de la conducta humana: divinidad personal, inmortalidad, sanción ulterior y definitiva de nuestros actos.

El progreso material, el desarrollo de la riqueza, la facilidad de la vida, el aumento de los medios de goce, el ideal exclusivamente sensual y grosero que se propone la mayoría de los hombres, la destrucción de las antiguas formas de actividad que limitaban los horizontes y los deseos, y la expansión desordenada y vigorosa de facultades y de aspiraciones, han contribuído también, por su parte, al olvido y al menosprecio de los preceptos de la moral, dique enojoso para las pasiones que constituyen el elemento inferior de nuestra naturaleza.

Al mismo estado de anarquía moral contribuye por su parte el espíritu de exagerado individualismo que la filosofía del siglo pasado y principio de éste, eficazmente ayudada por la acción centralizadora del Estado, ha entronizado en las sociedades contemporáneas. Ni autoridades sociales, ni autoridades doctrinales. Las almas se agitan sin norte, movidas por contrarios impulsos y sin más freno que contrarreste las tendencias inmorales y antisociales que el hábito hereditario, los respetos humanos, cada vez más débiles, y la percepción, oscura y débil casi siempre, de los resultados

dañosos, para la sociedad ó para el mismo, individuo de la conducta inmoral.

El desaliento y el pesimismo son consecuencia lógica de este estado de cosas. La alegría es resultado del equilibrio orgánico, que á su vez se funda en el desarrollo normal de la vida, en la ecuación de nuestras necesidades y de nuestros deseos. La ley moral supone adaptación y armonía; la inmoralidad, disolución y pugna. Las épocas de optimismo son épocas de satisfacción fácil y progresiva de nuestras necesidades, épocas de organización y, por tanto, épocas de moralidad. Los períodos de pesimismo corresponden á crisis profundas de la organización moral de las sociedades. Todo conspira hoy al resultado de ensanchar el imperio del pesimismo. Un ideal de justicia que muere, la fiebre pernicioso del deleite y de la ambición extenuando los organismos, una soledad moral completa y una desconsoladora ausencia de norte y de guía en todos los caminos de la vida: tal es el espectáculo que nos ofrece la sociedad europea en este triste declinar de nuestro siglo.

No es, pues, aventurado afirmar que nunca como hoy ha sido preciso proclamar bien alto que el ideal no ha muerto, que el bien no se halla sólo ni principalmente en los bienes exteriores, ni en placeres que se convierten en dolores cuando se pretende fundar en ellos la felicidad, y que existen normas supremas de nuestros actos, fundadas, como sobre roca granítica, en lo más noble y característico de nuestra naturaleza, y capaces de producir el orden, la paz y la serena é invariable alegría de la vida que cumple su fin y que obedece á sus propias y verdaderas leyes.

Cuando se observan los sufrimientos, los males, las fealdades de todo género que produce el espíritu de malevolencia allí donde se manifiesta; cuando vemos familias divididas por bajas envidias y odios mezquinos, grupos sociales en perpetua discordia, y pensamos cuán fácil sería producir el bien, la confianza, el afecto, con sólo seguir la máxima de no desear el mal á nuestros prójimos, con sólo saber apreciar en su valor el bien ajeno, que agigantan la envidia y la malignidad, y el mal propio, que nos parece siempre injusto,

con sólo inspirarse en el recto interés, que es siempre el interés de la fraternidad, de la justicia y de la unión, entonces comprendemos la fecundidad incomparable de eso que nos aparece vago y tenue entre la densa niebla de nuestras pasiones egoístas y perniciosas: la ley moral.

La consideración atenta de las causas de esas transgresiones morales que tantos males engendran nos lleva de nuevo á la antigua máxima de la sabiduría pagana, que en otros términos expresaba el apóstol cristiano, al proclamar que sólo la verdad nos hace libres. Los hombres se hallan divididos por pasiones tan mezquinas; su vanidad, su egoísmo, su interés exclusivo son tan absorbentes, tan preponderantes en su conducta, que se comprende que Buckle haya podido mantener su opinión de que la cultura moral de las sociedades es obra exclusiva de la inteligencia, que el progreso moral se funda más en el entendimiento que en el corazón, que son las ideas las que arrastran tras sí, como á remolque, la voluntad humana.

El mecanismo del progreso moral consiste, sin duda, en la percepción cada vez más clara de las verdaderas relaciones sociales, de la conducta que exige el bien común; esta idea se impone poco á poco, é inspira máximas de conducta; todo hombre procura que los demás las apliquen; pero cuando su interés, por pequeño que sea, se interpone, la nube del egoísmo primitivo cubre casi siempre sus ojos: sólo ve y oye lo que á su pasión conviene. El número de los que pueden hacerse superiores á estas pasiones egoístas y que lleguen á dominar todo impulso mezquino de su naturaleza es tan reducido, que en cada círculo social podría contarse con los dedos. Si hoy los resentimientos no se satisfacen con el puñal ó el veneno, si hoy no se despoja al débil por la violencia, si hoy el poderoso no ahorca al que ha merecido su aversión, no es principalmente porque los sentimientos malignos hayan perdido su fuerza, sino porque el progreso social, la superior organización de la sociedad, han hecho imposibles tales desmanes.

No obstante, aunque con lentitud, el progreso moral avanza. Cuando Beccaria, en el cap. XVI de su libro sobre

los delitos, las penas, en nombre de principios de humanidad, con honda penetración de las leyes morales y políticas, condenaba el tormento, preparaba para el porvenir un sentimiento más noble y vivo de piedad hacia el dolor humano; contribuía á disminuir la suma, por desgracia inagotable, de los sufrimientos inherentes á la condición mortal. ¿Podrían tolerar nuestros actuales magistrados con la fría impassibilidad de los de otras épocas las torturas inauditas que la barbarie y la ignorancia infligían á sus víctimas? La falta de cohesión de los hábitos morales impuso en otro tiempo la ingerencia del poder social en todos los detalles de la vida privada. Los Códigos religiosos de la antigüedad lo preveían todo: derecho, moralidad, higiene, conducta social, familiar é individual. Hoy, la mayor parte de la actividad moral humana se abandona á la acción espontánea del individuo. El bárbaro que inmolaba ó vendía á sus hijas, que miraba á su esposa como objeto de que podía disponer con libertad cediéndola temporalmente ó dándole muerte por la más leve causa, se ha convertido en el hombre de nuestros días, que sacrifica con frecuencia sus placeres, su salud y su vida, para asegurar el bienestar y el porvenir de su familia.

El egoísmo, que tiene por fundamento la limitación del horizonte intelectual y moral, y que, naturalmente, predomina en los organismos débiles, rudimentarios é inferiores, disminuye con el adelanto de la civilización. Para un espíritu inferior y mezquino, y por desgracia son muchos los que merecen este concepto, el bien de los demás es siempre contrario á su propio bien; aunque viva bajo el imperio de leyes y de máximas inspiradas en la cooperación social, sus pasiones, sus tendencias, pertenecen á épocas de lucha cruel, de predominio de la animalidad; su sueño sería reducir el género humano á su exclusivo servicio; la más leve apariencia de injuria hace hervir en odios malsanos su pecho; no hay concepto elevado que pueda penetrar en su mente, ni error nocivo que no tenga entrada franca. Por el contrario, el ánimo superior se siente florecer al contacto y á la vista de la dicha de cuantos le rodean; comprende que el mal sólo es fecundo en dolores, que la armonía no es el do-

minio, sino la adecuada combinación; su inteligencia y su corazón, como el imán hacia el polo, se sienten siempre atraídos por la verdad y el bien; la injuria y el menosprecio no suscitan en su pecho el rencor y la malignidad (1); el mal lo entristece, pero no le subyuga, y su corazón está siempre abierto á la amistad y al perdón.

Hay una razón poderosa que explica la influencia que una cultura intelectual bien dirigida ejerce sobre la moralidad. Los placeres intelectuales son los menos exclusivos, los que revisten más fácilmente un carácter social. El placer intelectual de leer un libro hermoso, de admirar la nobleza de sus pensamientos, la galanura de su forma literaria, es íntimo, es personal y social al propio tiempo. Nuestro deseo es que otros admiren lo que nosotros admiramos; que todos, conocidos y desconocidos, participen de nuestro propio goce. Los placeres inferiores son casi siempre antisociales y egoístas; la sensualidad es exclusiva por naturaleza y contraria al interés común; el orgullo es el gran generador de discordias. El que ostenta trenes soberbios, el que luce costosas joyas, perdería su vano goce si todos sus vecinos y conciudadanos pudieran ostentar los mismos trenes y las mismas alhajas.

¿Qué espíritu dotado de alguna elevación no preferirá mil veces, á placeres estériles y costosos, la convivencia intelectual con los genios que han honrado á la humanidad, la hermosura de los campos y los goces de la amistad y de la familia?

En medio de las bajezas que tantas veces oprimen nuestro corazón, es consolador el pensar que necesariamente el progreso, al extender cada día el beneficio de sus luces, producirá generaciones más cultas, dotadas de más nobles sentimientos y de más puros hábitos de moralidad.

A este resultado podemos también contribuir con nuestro ejemplo y nuestras obras. Es, por desgracia, cierto que el hombre impuro, desleal é inhumano siembra gérmenes de

(1) «En las sociedades humanas conoceréis al hombre de superior cultura en que es más difícil «ofenderle», en que ve menos ultrajes y motivos de cólera en los actos que resultan de las relaciones sociales.» —Guyau, *L'irreligion de l'avenir*, pág. 160.

impureza, insidia é inhumanidad. El vicio triunfante empaña la candidez de nuestras almas; la perfidia y la crueldad de los demás excitan á su vez nuestras violentas pasiones. El espectáculo de fortunas debidas al fraude ó al azar amortigua los estímulos que nos sostienen en el trabajo cotidiano. Hilos invisibles enlazan los espíritus de la humanidad entera. Toda obra inmoral, aunque sea secreta y oculta, confirma una inclinación funesta, destruye una armonía, aumenta la suma de mal sobre la tierra.

Pero, en cambio, ¡qué hermosa fecundidad la del bien! ¡Cómo se advierte que expresa nuestra naturaleza verdadera! Referid á un concurso de niños ó de hombres las obras del mal, sin caracteres accesorios que oculten su natural fealdad, y los más nobles sentimientos permanecerán silenciosos. La experiencia entera de la humanidad protesta en nosotros contra lo que tiende á destruir la obra positiva de los siglos. Relatad, en cambio, acciones nobles y heroicos ejemplos de bondad, de abnegación y heroísmo, y sentiréis latir los corazones, centellear con brillo hermoso las miradas.

El buen ejemplo es el tipo verdadero de la acción social; el bien que produce es incalculable. En el medio que parece menos accesible á la acción noble y desinteresada, iniciad una conducta de fraternidad y de desinterés, y veréis cómo, poco á poco, vuestro ejemplo se impone, y los más refractarios modifican su actitud. Que en una comarca industrial donde se explota sin piedad el desvalimiento del obrero, la debilidad de la mujer y del niño, haya un fabricante que proceda con arreglo á humanidad y á justicia, y se habrá iniciado ya una verdadera reforma. Que entre gentes frívolas que disipan sin fruto su vida y su tiempo surja una individualidad varonil y recta, inspirada en un concepto verdadero de los deberes de la vida, y la frivolidad y la disipación habrán recibido un rudo golpe. Que haya un hombre caritativo, y la obra de caridad está creada. Que haya un solo justo, y podemos esperar confiadamente el reinado de la justicia.

Las dificultades, no obstante, que se oponen á esta obra

de regeneración son verdaderamente formidables. El ideal de vida, si así merece llamarse, que domina en la mayoría de las clases acomodadas es de una mezquindad intelectual y moral inconcebible. Como la riqueza, sea cualquiera su procedencia, es para ellas el fin supremo, todos sus actos están inspirados por la idea de acrecentar su fortuna, de no parecer nunca inferiores á otros en este terreno, de ostentar las muestras exteriores de su próspera situación. El amor, la familia, los sentimientos más delicados, como los más viriles, se sacrifican á tales fines. La consecuencia de esto es el constante temor de decaer en la fortuna ó en la consideración á ella aneja, la envidia, la vanidad llevada al extremo, la murmuración, la ausencia, en fin, de los caracteres que hacen la vida digna y amable: la amistad franca, la benevolencia, la libertad y la fuerza. Cuando Michelet dice en una de sus obras, hablando de la «buena sociedad», que nunca se puso en contacto con ella sin sentir su corazón empequeñecido y helado, expresa el sentimiento de cuantos han podido observar la falta de nobleza y elevación de aspiraciones y de intereses de las clases que debieran ser modelo para las que penosamente ascienden al bienestar y á la cultura.

Los vicios y los errores de las clases inferiores son consecuencia natural de su ignorancia y del funesto ejemplo que las más altas les ofrecen. Si ven cómo los que les aventajan en posición y en inteligencia consagran su vida al placer grosero ó la vanidad pueril, á la ociosidad que embota las facultades ó á la vil maledicencia que las atrofia y envenena, ¿qué han de hacer los colocados en la escala inferior de la vida social sino seguir sus huellas, buscar ante todo satisfacciones groseras y materiales, desconocer todo noble ideal y alimentar todo género de malas pasiones?

Felizmente, los ánimos generosos luchan sin tregua para vencer los elementos de inmoralidad. Al lado de la constante acción religiosa del sacerdocio cristiano, en Europa y América surgen esfuerzos individuales y colectivos inspirados en el amor del bien y en el propósito de esparcir su fecunda simiente en el seno de las sociedades. Inglaterra marcha á la

cabeza de este movimiento de restauración. Sus poetas, sus estadistas, sus literatos, sus hombres de ciencia han esparcido con fruto gérmenes de bien obrar. Así, mientras nuestra juventud adquiere una cultura incompleta y exclusivamente intelectual, ó disipa su vida y sus recursos en vituperables objetos, en vanidades necias, la juventud inglesa alterna sus ejercicios de educación intelectual y física con verdaderos ejercicios de educación moral. La juventud universitaria funda instituciones de cultura, y por sí misma ilumina la mente y el corazón del proletario. Las jóvenes más distinguidas de Inglaterra ejercen de enfermeras en establecimientos por ellas creados y dirigidos. Ese tedio que siente nuestra juventud femenina, consagrada exclusivamente á estudiar las modas y las novelas francesas, no logra invadir las almas llenas de sentimientos reales de humanidad, y ocupadas en obras verdaderas de piedad y de amor.

La actividad moral sustituye por doquiera á la predicación abstracta del deber. Se comprende ya que desde la más tierna edad es preciso que el hombre aprenda á enjugar las lágrimas de sus hermanos, á sentir la hermosura del bien. Como dice admirablemente Payot, los maestros deben convertir la moral en una religión, esto es, en una pasión enérgica y una poesía animada y sentida que encienda las almas juveniles y les produzca el deseo vivísimo de una vida moral superior (1).

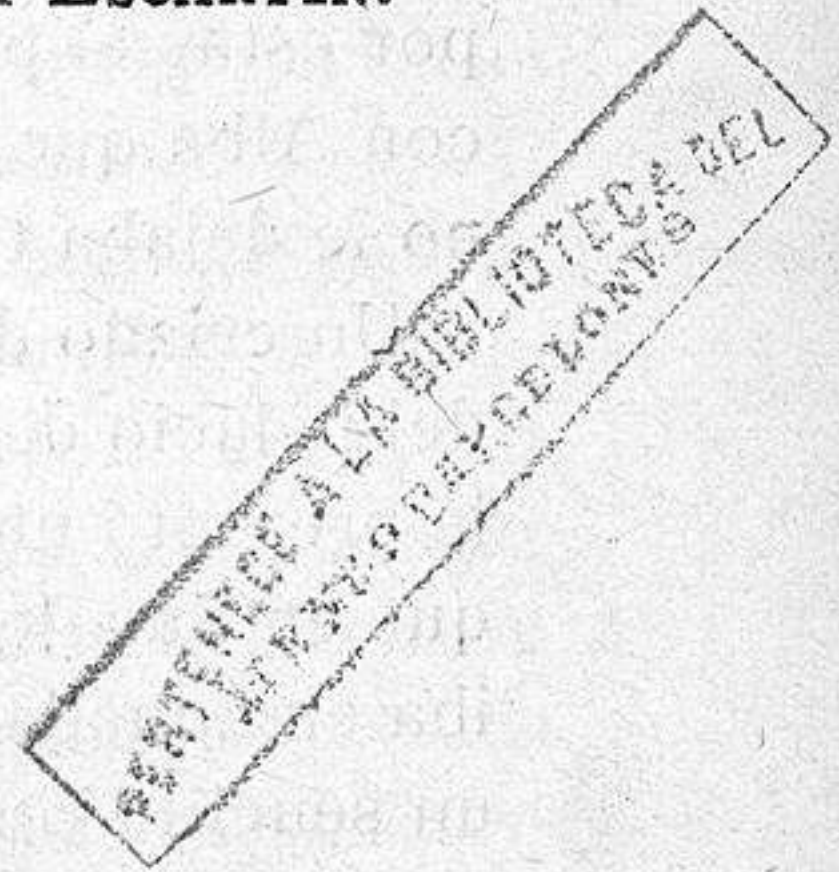
Más que con la enseñanza teórica de las verdades morales, el carácter moral se forma con el ejemplo y con los sentimientos sugeridos en la primera edad de nuestra vida. Las ideas no obran en nosotros con seguridad sino cuando encarnan en nuestro organismo y cuando su ejercicio no requiere el movimiento de la reflexión mental. Nada más estéril para la dirección de la vida que una enseñanza puramente especulativa. Cuando la Convención francesa, en sus reglamentos de instrucción primaria, ordenaba que los niños visitaran los hospitales, rendía tributo á la primera de las necesidades pedagógicas: la de acostumbrar al niño á sen-

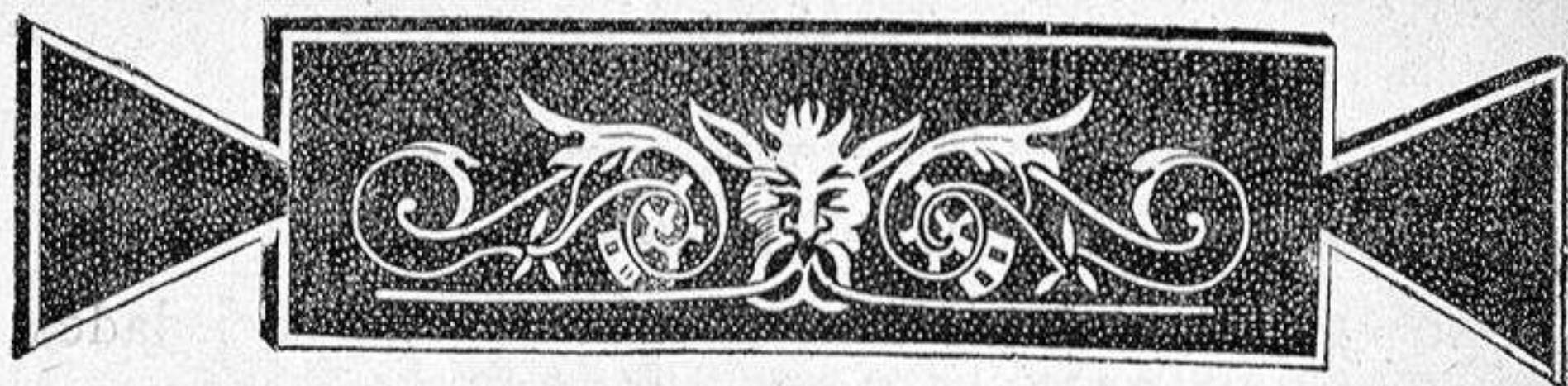
(1) *L'éducation dans la démocratie*, pág. 65. — París, 1895.

tir y aliviar los males de los demás, como condición precisa para la debida formación de su carácter.

Á estos principios responden asimismo las sociedades para la cultura moral, fundadas en América por el noble y ardiente celo de Félix Adler, y que con tan felices auspicios inauguran la obra necesaria de unir en lazos de verdadera fraternidad á los que hoy unen y dividen tan sólo intereses egoístas y materiales. No obstante, quizá no ha llegado todavía la hora de las grandes acciones colectivas encaminadas á la reforma moral en su conjunto; son muchas las diferencias en cosas secundarias que dividen á los hombres, aun sobre este verdadero terreno de concordia. Pero las obras parciales hallan preparado ya el camino y facilitan á su vez la organización definitiva de la actividad moral. Educar al ignorante, dirigir al extraviado, auxiliar al desvalido, dar ejemplo de recta y elevada conducta, no dar jamás oído á la obra de calumnia y á la mezquina maledicencia, no abusar de la superioridad y de la fuerza, respetar en los niños, en los inferiores, hasta en los más humildes, la dignidad del espíritu humano; dominar y dirigir, según la naturaleza racional, nuestras necesidades y deseos, unir, finalmente, nuestro esfuerzo á todo esfuerzo en favor de los intereses supremos de la solidaridad humana: hé aquí lo que nos corresponde á todos en esta esfera de la actividad moral, la más noble y fecunda de nuestra vida.

EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN.





OLIVIA CAMPANA ⁽¹⁾

V

Espléndido y radiante estaba el día,
lanzaba el puro sol sus rayos de oro
llenando de fulgores y alegría
el estudio de Moro,
y éste hablaba, cual era su recreo,
á aquel bello y magnífico retrato
de su Olivia Campana, goce grato
que, á pesar que era siempre su deseo,
realizar muchas veces fué imposible
por estar el pintor harto ocupado
con Alba que, llamándole á su lado,
no le dejaba tiempo disponible.

Un criado de Antonio, que volvía
del palacio del Duque, con misterio
le presentó una carta que decía
que en San José, pequeño beaterio,
iba en aquella noche á celebrarse
un sencillo concierto religioso

(1) Véase la pág. 156 de este tomo.

donde debía Moro presentarse, según se le rogaba, y presuroso Antonio preguntó:—¿Quién te ha entregado este billete? Y contestó el criado que una mujer de negro y encubierta que encontró al regresar junto á su puerta.

Entonces, recordando á la beata que en la iglesia de Amberes se apareció ante él con una grata misiva, que los mismos caracteres de letra presentaba que aquel pliego que tenía delante, no dudando que iban á hablar de Olivia, desde luego pensó acudir Antonio, órdenes dando á su fiel servidor que le trajera la ropa más lujosa que él tuviera.

Nunca con más placer ni más esmero se atavió Antonio Moro; ya tenía puestos la airosa capa y el sombrero y á salir con afán se disponía, cuando oyó pesaroso en la escalera cierto rumor que conocido era; á casa del pintor alguien subía.

Salió el criado á abrir, y á poco rato penetró en el estudio un encubierto; era el Duque de Alba; Moro, incierto sobre qué debía hacer, dejó que hablase su protector, por más que nada grato de tan rara visita se esperase.

—Recoge tu paleta y tus pinceles y sígueme, empezó; te necesito.

Sensaciones extrañas y crueles reflejaba aquel rostro algo marchito, y Moro, entre confuso y asustado,

—Yo me iba á una reunión, dijo...

—Ya veo, el Duque interrumpió, que estás de gala; esto no contraría mi deseo;

voy á llevarte á una elegante sala
á ver á unas señoras; tus avíos
de pintar coge, pues; mi pintor eres.

¿Por qué con ademanes duros, fríos
le llevaban á ver á unas mujeres?

¿Qué se exigía de él? ¿Qué falta hacía
su pincel en tal caso y á tal hora?

Antonio vagamente comprendía
que algo anormal pasaba,
que alguna escena horrible, aterradora,
al lado de su amigo le esperaba.

Llegaron al palacio del Gobierno,
cruzaron aposentos alfombrados,
todos escasamente iluminados,
sintiendo el Duque de Alba gozo interno
y sufriendo el artista cruelmente
al pensar cómo el tiempo transcurría
y que ir al beaterio no podría.

Pasó Moro á un salón, el del Consejo
de Sangre; vió en su frente,
sobre obscuro tapiz un tanto viejo,
un retrato del Rey, luego una espada
y el retrato del Duque; en los sitios
halló cinco mujeres, bien tapada
la faz con velo negro, silenciosas,
que no dieron indicios ni señales
de hallarse ante el de Alba temerosas.

Éste se sonrió, fijó un momento
sus miradas curiosas
en aquellas que estatuas parecían
porque no se movían,
ni dejaban oír su dulce acento,
y así dijo al pintor:—Estas mujeres
tienen que ser juzgadas sin demora,
pues al lucir la aurora
serán decapitadas en Amberes.

Aunque se rodeaban de misterio,
en San José, famoso beaterio,

se las pudo prender; de inteligencia están con los rebeldes, se ha cogido la secreta y fatal correspondencia que con esos malvados han tenido. Son señoras ilustres, principales, y así deben morir con los honores que se otorgaron siempre á sus iguales, sean damas gentiles ó señores.

Te encargo, pues, que, sin perder momento, teniendo en cuenta tu saber profundo, copies sus rostros, que mandar intento á Felipe segundo.

Protestó Antonio Moro, mas fué en vano; alzó el Duque de Alba el frágil velo que cubría un semblante como un cielo, y con trémula mano

el pincel reprodujo la belleza de la dama infeliz; le parecía á Moro que al copiar esa cabeza un vil asesinato cometía.

La fiebre á pintar presto le obligaba, y el Duque le mandaba

que, apenas el retrato terminase, el nombre de la dama le pusiera para que se enterase el Rey, cuando aquel lienzo recibiera.

Moro, si algo decía, era tan bajo que el protector acaso ni lo oía; continuaba de prisa su trabajo y ya el cuarto retrato concluía

é iba el quinto á empezar, cuando le dijo el Duque, antes de alzar el negro velo que sobre el rostro fijo

tenía aquella pobre criatura,

que había presenciado la tortura de las otras sin dar la menor muestra de impacencias, temor ó desconsuelo:

—Ésta tiene que ser tu obra maestra,

porque es la más hermosa, y se ha negado su nombre á pronunciar; no hay de ella cartas; mas su crimen bastante se ha probado, y antes de que aquí partas su nombre nos dirá para que escrito quede al pie de ese lienzo; me ha insultado, las frases más odiosas, que, aunque bien las recuerdo, no repito, más indignas, más bajas é injuriosas defendiendo á esas damas me ha lanzado; pero de esta corona ella es la perla, como puedes juzgar, pues vas á verla. Y el velo levantó. Moro al instante tiró al suelo el pincel; duda no había: era Olivia Campana, que vivía, la mujer que adorara delirante, la que en féretro vió desde su casa; fijaba su mirada suplicante en el pintor, que, ante ella de rodillas y no poniendo tasa á su entusiasmo, de amorosos besos cubría aquellas manos, maravillas de perfección. Los trágicos sucesos que allí le condujeron dió al olvido; Moro sólo pensaba vivía la mujer que idolatraba, mientras el Duque le observaba atento, no habiendo su transporte interrumpido tal vez con el intento de escuchar algún nombre; convencido de que no lo iba á oír:—Vas á explicarme quién es esta mujer, le dijo á Moro. —Es la mía, señor; podéis matarme, pero no diré más: es mi tesoro. ¿Su retrato he de hacer? No es necesario, en mi estudio lo guardo: ¿queréis verlo? Una orden dad, y al punto irá á traerlo, el que vos designéis, un emisario.

Su regreso á esta tierra yo ignoraba;
 es mi dicha, la luz de mi existencia
 y en vano noche y día la buscaba.
 Perdónela vucencia!

—No, Moro, no lo esperes; bien comprendo
 que te agrada por ser la más hermosa,
 mas tiene que morir.

—Yo la defiendo.

—¡La defiendes! ¿Por qué?

— Porque es mi esposa.

Grande fué el altercado
 entre el Duque y Antonio, que á su amada
 quería proteger; no logró nada
 ni aun mostrando en el lienzo retratado
 el rostro encantador de la Condesa,
 que por orden expresa
 de Alba llevó á palacio su criado.
 Ya iban á apoderarse
 los agentes de Olivia de Campana,
 siendo la intercesión de Moro vana,
 pues no quería el Duque retractarse,
 cuando el pintor, furioso,
 viendo que al suplicar nada lograba,
 con ademán soberbio, majestuoso,
 al protector, que atento le escuchaba,
 le dijo así:—No haré más sacrificios
 por conservar el puesto á que he llegado,
 no quiero obtener más los beneficios
 que á costa de mil penas me habéis dado.
 No soy ya pintor vuestro, que otro acabe
 el cuadro en que, Dios sabe,
 os pensaba poner como queríais,
 á caballo montado; la más bella
 de mis obras (1), aquella
 que vos al contemplar os complacíais.
 Me vuelvo á Roma, al Papa iré contando

(1) El cuadro de la Resurrección.

que á una hija de la Iglesia disteis muerte,
que esa es de los católicos la suerte,
aunque vayáis lo opuesto pregonando,
Diré que esta mujer buena y hermosa
no hizo daño jamás y fué piadosa.

—No, ¡vive Dios! le dijo de repente
el Duque, más calmado y más prudente;
tú no puedes partir, indispensable
me es tu pincel; haré lo que deseas
por que acabes tu cuadro inimitable.
Perdono á esa mujer, para que veas
adónde llega la clemencia mía;
pero á esa nada más, que, condenadas
las otras cuatro, al despuntar el día
serán sin compasión ejecutadas.
Toma un salvoconducto para ella
y también para ti; con él sin duda
te dejarán pasar por cualquier lado;
pero que sepa esta mujer tan bella
que, á no ser por tu ayuda,
mi rigor no la hubiera perdonado.

VI

Pocas horas después, en una pieza
de una obscura posada,
reclinada la pálida cabeza
sobre una fría almohada,
estaba Olivia, á quien llevara Moro
al salir de la sala del Consejo,
hallándose el pintor triste y perplejo
para ocultar mejor aquel tesoro.
Á sus pies, el artista la miraba;
era la vez primera
que la joven le hablaba
desde que Antonio le salvó la vida,
y lo hizo, al empezar, de esta manera,

con voz algo alterada y conmovida:

—Gracias por todo el bien que me habéis hecho; sabed, querido Moro, que os amaba desde que os conocí; dentro del pecho mi corazón tan sólo palpitaba por vuestro amor. ¿Por qué, decid, Antonio, con mi padre no hablasteis? Si él sabido hubiera vuestro amor, mi matrimonio con Aremberg jamás hubiera sido.

—¡Yo revelar mi amor! No me atrevía, pero no me reproches esa falta; era tu posición ilustre y alta, la de artista que empieza era la mía. Te hubiese hablado á ti; tu padre altivo me inspiraba temor grande y profundo; mas siempre te adoré; sabe que vivo porque hallarte esperaba en este mundo. Soñaba día y noche en ser tu esposo, por ti seguía con amor mi arte, ¡nunca pensé encontrarte nombre llevando de un rival odioso!

—Yo aborrezco á ese hombre á quien unida estoy por mi desgracia, inútilmente tu recuerdo bendito, que es mi vida, alejar procuraba de mi mente.

Ante mis tristes ojos, ausente tú de mí, se presentaba, y esta pasión jamás causó sonrojos á la mujer que ciega te adoraba.

Me hice pasar por muerta, así esperando engañar á Aremberg; al fin podría hallarme libre de él, imaginando que siempre mi pintor me buscaría.

En un claustro encontré seguro asilo, fui la beata aquella

que te entregó la carta con sigilo, pues al fin pude hallar tu amada huella.

Te convidé al concierto religioso,

y en él cantar pensaba
un himno que escucharme te agradaba
en el tiempo dichoso
que, rondando el palacio en que vivía,
tuve el placer de verte más de un día.
Nunca lejos de ti tuve reposo;
en la iglesia miraba las pinturas,
no cual santas imágenes, pensando
que quizás tan magníficas figuras,
que mis penas estaban escuchando,
obras de tu pincel tan hábil fueran,
y que no rezaría nunca en vano
mientras mis labios con fervor pidieran
ante esas bellas obras de tu mano.
Y han escuchado al fin mis tristes preces;
pedí volverte á ver, y estoy contigo.
Dí, Antonio, ¿no soñaste muchas veces
que vivías feliz, libre, conmigo?
¿No has soñado que huías
á remotos países, y á esta tierra
que asola destructora y cruel guerra,
y en la que esclavo eres, no volvías?
Partamos presto, sí, vamos á España,
viviremos ocultos; vamos, Moro:
allí la dicha está que nunca engaña,
que no puede comprarse con el oro.
Será nuestra ventura un paraíso.
—Sí, mi Olivia adorada, que partamos
sin tardanza de Amberes es preciso
y á abandonarlo para siempre vamos.
¿Ves ese barco? en él quiero llevarte
lejos de este país, donde hace poco
quiso el Duque la vida arrebatarte
y aun asociarme á su proyecto loco.
Ese hombre que tranquilo se pasea
¿no será el capitán? pienso ir á hablarle;
pero en tanto que voy á interrogarle,
procura, amada mía no te vea.

Olivia quedó sola; salió Moro,
dirigió una mirada distraída
al sol que daba al campo luz y vida,
mientras que en dulce y armonioso coro
los pájaros al día saludaban
y en el espacio círculos formaban;
y á un grupo, que creyó de marineros,
el pintor se acercó, preguntó á uno
si podía llevar dos pasajeros,
sin que en la petición fuese importuno,
y aquel que capitán Moro creía
le contestó que estaba equivocado,
que él no era lo que Antonio hubo pensado
y que pertenecía
á la clase de *bravos*; que al servicio
estaba de Aremberg, un caballero
que le hizo de ampararle el beneficio;
había regresado al fin á Amberes,
por someterse al Duque lo primero
y por cumplir después otros deberes.

Viendo ya Moro su desdicha cierta,
no escuchó más, volvióse á la posada,
mas sin poder hallar libre la puerta;
un hombre estaba ante ella con la espada
desnuda, y al cerrar á Antonio el paso
así le dijo:—Ya ha llegado el caso
de ver si aquí se esconde
la que mi nombre lleva con desdoro.
Sabe que soy el Conde
de Aremberg. Ponte en guardia, pintor Moro.

Éste, desesperado, y en su anhelo
de salvar á su Olivia amenazada,
derribó al Conde al suelo
de la primera y única estocada;
pero al querer entrar vió con espanto
que unos *bravos* le habían precedido,
quizá sembrando desconsuelo y llanto,
antes de haber huído.

La Condesa, su amor, la que fué hallada después de tantos años de tormento, acacaba de ser en su aposento con las ropas del lecho sofocada.

Aún estaba caliente aquel hermoso cuerpo, que sin embargo no sentía; y en la calle se oía

la voz del Conde murmurando ansioso, teniendo el estertor de la agonía:

—¡Cuán á tiempo he llegado!

Muero, pero al morir quedo vengado.

Salió Moro otra vez en el momento en que el Duque pasaba con su gente; se detuvo el de Alba y lentamente le dijo:—Me engañabas, pues tu intento era salir de Amberes con la hermosa Condesa de Aremberg; Dios te castiga, mas no te faltará mi mano amiga, ni protección constante y generosa.

Volviéndose después hacia un criado:

—Recoged ese cuerpo, es de un cobarde, y que á algún muladar sea arrojado antes de ser más tarde.

Era el Conde un traidor, un fementido, por quien el corazón no se interesa, no le hubiese aceptado en mi partido .

En cuanto á la Condesa, será esta misma noche sepultada.

Sígueme, Antonio, y de llorarla cesa: contra la muerte no podemos nada.

*
* *

Moro se dedicó, buscando ansioso el medio de calmar la pena aquélla, á terminar el cuadro tan famoso de La Resurrección, su obra más bella; y, apenas lo acabó, cual si su vida

no fuese necesaria, ni esperase
que por nadie pudiera ser sentida,
el pintor la dejó que se apagase.
Así, un año después de que muriera
la mujer que tan sólo le hubo amado
con fe creciente y con pasión no vana,
murió Antonio también. Dejó encargado
que en su féretro mismo se pusiera
el retrato de Olivia de Campana.

JULIA DE ASENSI.





PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO ARGENTINO

COTILLAS Y AHUECADORES

El pudor nació de una falta, y para que se manifestara fué preciso que ésta se cometiera por dos seres, hasta entonces incapaces de sentir en el alma la tristeza del delito y en el rostro el hervor de la vergüenza. En la mujer se desarrolló el sentimiento de lo honesto con mayor brío que en el hombre, y brotó con los primeros cuidados del rubor la idea de cubrir su ya impúdica desnudez. Logrado su deseo, creyó gozar de lo apetecido; pero á fuerza de ruegos de oculta tendencia, por lo femenino incansable y por lo incansable exigente, rindióse á la prueba, dando al desnudo cuerpo, cubierta; pero haciendo de ella, en el transcurso de los años, encubridora nada muda y envoltura nada indiferente. La desnudez perdió el encanto de la inocencia y ganó el vestido el *accésit* de la coquetería.

Á título de ser cosa necesaria, conveniente ó agradable, fué admitiendo la mujer cuantos medios le sugirió su imaginativa para adornar su cuerpo, en toda ocasión dispuesto para agradar al hombre, y al intentarlo, ni escaseó recursos para hacer resaltar su belleza, ni se arredró ante el sacrificio de su comodidad, y hallada la mayor hermosura con el artificio, y con ella la aprobación del hombre así atraído, la mujer dió por bien empleado su trabajo, y tal vez durmió

tranquila, creyendo haber cumplido su misión en este mundo. Lo que fué en sus comienzos necesidad requerida por el honesto deseo, se transformó con el incentivo amatorio en nueva gala, y la mujer buscó en el traje un medio adecuado para ocultar bellezas, sin querer negarlas, y un intérprete más que mediador entre la forma aparente y la real. Y por esa razón, la envoltura ciñó más ó menos el cuerpo y se dejaron resquicios por donde ojeara el hombre á su antojo, sin más peligros que el de engañarse si observaba á la ligera.

Ya en el camino de las concesiones, se modificaron los medios expositivos, según el parecer del que había de ser juez, y á cada variación en la vestidura correspondió variada conformación en el sujeto puesto á prueba de moda. Mientras el indumento se adaptó al cuerpo femenino, pudo ser portador de higiénico cuidado, acaso regulador del desarrollo corporal; pero al intentar someter aquel cuerpo al vestido, con fines poco laudables en la mujer sana y bien proporcionada, aunque tolerables en las imperfectas, resultó un cambio en el cual habían de salir mal librados algunos de los órganos del tronco de la mujer. Para comprender la razón del por qué de esta perniciosa idea, que daba al continente mayor importancia que al contenido, y á éste se le hacía transformarse en sus contornos sin más guía que el capricho, es menester recordar que hay dos tendencias en la mente de la humanidad que al parecer se rechazan, pero que como buenas amigas de diferente carácter van siempre juntas. Una de ellas es la tendencia de cada individuo á significarse á expensas de los demás, y la otra la tendencia imitativa que no admite esta significación ni tolera sea uno el que sobresalga, y á fuerza de empeño, ó anula al que lo intentó con el desprecio, ó mina el pedestal á que se elevara con picotadas de envidia, ó se iguala á él para que no sea unipersonal la distinción. La diosa moda explota esas dos tendencias de la humanidad, y por eso funda el comienzo de cada etapa de su reinado en el absolutismo de escogidos; luego concede libertad á los imitadores, y cuando la igualdad domina, torna al antiguo régimen para alentar á los absolutistas.

Hé aquí, pues, la razón de aquellos cambios en la indu-

mentaria de la mujer. Por distinguirse primero, por copiar á otra después, ni se detuvo jamás ante imposibles, ni creyó fuera de lugar el adobar su cuerpo á expensas de la salud. Si la imitación hubiera sido siempre guiada por el único deseo de apropiarse las cualidades de bondad, y hasta si se quiere de belleza, atribuídas á la iniciadora de la moda, quizá fuera disculpable aquélla, siempre y cuando la mujer que tuviera tal pretensión ni reformara la manera de ser de su cuerpo ni mucho menos hiciera del capricho un Procusto y del traje un lecho para atormentar. Esta tendencia imitativa no en todos los casos ha revestido su ideal con la virtud de la prudencia, sino que ha llevado por dueña zalamera á la ciega y terca envidia, y por eso la copia creyó aventajar al original, sin tener en cuenta condiciones especialísimas, jamás vencidas por quien dejó de ser razonable, y á la lucha fué sin más armas que su capricho.

Donde se ve más á las claras esta influencia, esta manía de copiar al modelo impuesto por la moda y la manifestación de las dos tendencias á las que anteriormente nos referimos, es en el uso de los ajustadores del talle de la mujer, y en la diversidad de ahuecadores colocados bajo su cintura, para gala del traje femenino. De estos dos adinículos del traje de las españolas pretendemos hacer una ligera historia de su uso, para deducir consecuencias utilitarias.



Ante todo hemos de decir que, en época lejana, tenemos el ejemplo de la influencia de la moda sobre la forma exterior de la mujer. El modelo fué la Venus de Médicis. Esta hermosa escultura, representación pudorosa de la diosa de la belleza, influyó grandemente en la indumentaria de las griegas que pretendieron imitar la conformación de un tronco para ellas tenido como dechado de perfección. Por lograrlo, las madres estrujaban á sus hijas, las jóvenes inclinaban hacia adelante los hombros, para hacer más redondeada su espalda, y con la ayuda de ceñidores alargaban el talle, empujando el seno y deslizándole de su verdadero si-

tio. Se comprende sin gran esfuerzo de imaginación que al someterse la mujer á este cambio de forma en el tronco, indicaba no estar su cuerpo constituido en la misma proporción estética que el modelo; y como la costumbre se vió generalizada y admitida, se desprende que la Venus de Médicis pudo ser excepcional en cuanto á ser copia de excepcional modelo. El hecho tiene una explicación: la Venus de Médicis, aparte de la inclinación de sus hombros, artificio del artista para dar á la estatua gracioso torso, tiene un tórax nada común, en cuanto á las dimensiones generales del tronco de la mayoría de las mujeres de la Europa meridional; pues el mayor diámetro de la caja torácica de dicha Venus corresponde al nivel de la tercera y cuarta costilla y parte media del esternón, con lo cual resulta más amplia la parte superior del tronco, más angostada la cintura, y por lo tanto más alargado el talle. Como la mujer, por regla general, tiene hacia la quinta y sexta costilla y punta esternal el diámetro horizontal mayor del tórax, y por lo tanto es rarísimo el caso comparable á la Venus citada, de ahí el tesón de aquellas esclavas del modelo, haciendo de sus propios cuerpos copias forzadas. El buen sentido les hubiera dictado como más razonable la imitación del tronco de la Venus de Milo, ó cualquier otra Venus más perfecta y en armonía con la conformación de la mujer de aquella época; pero precisamente por lo raro, por lo único, por la imitación á lo excepcional, dejaron lo perfecto y siguieron á la artificiosa exposición de un artista. Veamos ahora si en España la mujer ha sido guiada por ese afán imitativo y se ha dejado impresionar por la artificiosa conformación de un modelo.

Sin remontarnos á épocas muy lejanas, ni siquiera á las de aquella Reina de Castilla que necesitara corpiño especial para sostener un seno tan excesivamente dotado como bien lucido, puede servirnos de punto de partida la del Renacimiento, por ser desde esta época más conocida la indumentaria de las españolas, y sobre todo más generalizado el uso de cotillas y ahuecadores. Hasta ésta no tan remota fecha, las mujeres no usaron más ajustadores de su tronco que el corpiño de tela fuerte con hombreras y encintado por delante,

oculto por el jubón, pero con el escote suficiente para dejar visible el abrochado del cabezón, ó el seno descubierto.

Fuesen las mujeres de tierra de Argüellos, como dice Feijóo, ó las vasconas, como se deduce de la introducción de la moda en Francia, lo cierto es, que antes del siglo XVI empezaron á usar las españolas un corpiño de peto rígido al cual dieron el nombre de *cotilla*, como diminutivo de *cota*, á la que tenía no escaso parecido por su forma y manera de aplicarse. Esta cotilla era ajustada tan fuertemente al tronco, que quedaba el talle adelgazado y el pecho comprimido, bajo la tabla de un peto sin ondulación alguna y sin flexibilidad de ningún género.

En 1530 las francesas adoptaron esta cotilla como moda y por nombre la pusieron *vasquine*, creyendo eran las vasconas las únicas en usarla. En España continuó usándose el nombre primitivo y sólo la saya negra, prenda del traje vascón, conservó el nombre de *basquiña*; palabra que hace resaltar la verdadera ortografía ó el error de su origen eúskaro.

Sólo por el hecho de haber empezado las mujeres del Norte de España á usar estas cotillas que á su talle daban mayor delgadez y largura, cualidades nada ajenas al tipo, se comprende que lo que en ellas pudo ser ajustador acaso nada molesto, fuera en las mujeres del resto de la Península un verdadero compresor y modificador de sus formas naturales. Teniendo en cuenta la diversa complejión de las españolas, pues por condiciones de especialización regional, cabe en nuestra patria variedad de tipos en cuanto al desarrollo de formas mórbidas, hemos de suponer que mientras en determinadas localidades pudo ser llevadera la compresión ejercida en determinados sentidos por cotilla de talle largo, en otras, la imitación fué capaz de originar cambios sensibles en órganos y regiones del tronco de diferente manera desarrollados.

Y en el presente caso ya tenemos un ejemplo de imitación femenina; no ya por el deseo de copiar un modelo escultórico más ó menos bello, sino por el afán de conseguir un talle parecido al de una minoría.

Al mismo tiempo que la mujer de exuberantes formas

buscaba en la apretura de su cotilla esbeltez, acaso patrimonio exclusivo y natural de la no tan pródiga de encantos, ésta, por razones de reciprocidad, intentaba suplir con positivo artefacto la redondez de caderas, tan precisa para el sostenimiento de vestiduras, ya no pendientes en la mayoría de los casos, de jubones y corpiños. Por esta causa aparecieron los verdugados, con su armadura de cáñamo almidonado y cubierta de tafetán en los comienzos de su uso, y más adelante con el refuerzo de mimbres y aretes de acero.

Tanto las damas españolas como las de la corte de Francisco I, que importaron en Francia la moda de este ahuecador, consiguieron dar á las sayas una forma acampanada con ensanchamiento gradual de arriba abajo, es decir, en dirección contraria al otro cono formado por el ceñimiento de la cotilla. Esta y el verdugado constituyeron, por decirlo así, el andamiaje sobre el cual descansó el peso de una indumentaria tan recargada de oro y plata y tan abundante de adornos, que más parecía muestrario de alhameles que traje para sexo débil.

En el retrato de la Emperatriz Isabel de Portugal, pintado por el Ticiano y existente en el Museo de Pintura de Madrid, puede verse el efecto de una cotilla bien ajustada. También en el de las dos hijas de Felipe II, hecho por Coello, y en el de la Infanta Isabel, de Liaño, cuando en vísperas de su casamiento quiso ser retratada con una loca célebre de aquella época, se ve la forma adquirida por la saya gracias al ahuecador, y además la persistencia de la moda durante el siglo XVI, si nos guiamos por las fechas en las que tan célebres pintores copiaron á sus modelos.

El peto de la cotilla española no fué convertido en aditamento lujoso, como de él hicieron las mujeres extrañas á nuestro reino, pues ni se usaron en España petos de hierro finamente labrado con inscripciones muy galantes y poco honestas, á la moda italiana, ni se expuso á la vista de los curiosos aquella parte de la cotilla, por más bordados que tuviera, como por sobra de lucimiento lo practicaban las francesas. Y bueno es hacer constar también que los autores españoles que de la cotilla se ocuparon no inculpaban

al abuso de ésta las terribles consecuencias, por lo común, tan observadas en mujeres de otros países. En España, que nosotros sepamos, no hubo un Montaigne que achacara á la tenacidad de las mujeres y á su manía por el sacrificio inútil, pero cruento, la acción más sangrienta que pudo soñar la enfermiza moda de las cotillas sumamente apretadas; acción tan marcada en las carnes que, haciendo en ellas surcos, originaba ulceraciones de tal importancia y magnitud que llegaba antes la muerte de la desgraciada presumida que los remedios, acaso tardíamente solicitados (1). Tampoco fué en España donde un cirujano eminente, Pareo, dió una conferencia á sus discípulos ante el cadáver de una joven inmolada por su gusto ante el altar del capricho y de la moda.

Á fines del siglo XVI y comienzos del siguiente, aunque las damas de la corte pretendieron imitar á su Reina Margarita de Austria, con el alargamiento del talle y uso de jubones tan apuntados por abajo como engorguerados por arriba, no obstante, se inició un cambio en la forma de los ahuecadores y en el *degollado* de dichos jubones. Aunque el verdugado continuó usándose, la nueva forma dada á éste hizo cambiar el nombre á aquél, y con la denominación de *tontillo*, apareció en el indumento de las españolas un ahuecador de sus sayas, más exagerado en el abultamiento y más recargado de aceros y almohadillas que el antiguo ceñidor de caderas. Ya no fué la forma acampanada la que dominó en el vestido de las mujeres del siglo XVII; con los ahuecadores laterales, sobrepuestos á la cadera de las damas, y sobre ellos tendida la rica tela del brial, resultaba aplanada la figura y con algún parecido, no ya á campana, sino más bien á cencerro. Con este *tontillo de timbales*, como fué apellidado por un autor de la época, y con el jubón tan en punta acabado sobre el vientre, que hacía decir á Lope de Vega *que las mujeres se arrodillaban con las puntas de los jubones*, se comprende la magnitud y la gran superficie del traje femenino, en aquellos años de boato y condenable lujo.

(1) Montaigne, *Essais*, 1580, libro I, cap. XL.

Claro está que mientras las damas de la corte vestían con tales derroches de apretura en cotilla y amplitudes en tontillos, la aldeana, la hija del campo, no atormentaba su cuerpo ni con los ahogos de aquélla, ni con el peso de estos artefactos de la moda. Cristóbal de Castillejo, poeta del siglo XVI, hace la descripción del traje de una aldeana en los siguientes términos:

«...estaba vestida,
por ser fiesta señalada,
de saya verde fruncida
con un *tejillo* ceñida
y una albanega labrada.
Sus zapatas coloradas,
á media pierna arrugadas,
su cabezón y gorguera,
camisa blanca, grosera,
con las mangas apuntadas.»

De donde se deduce que el tejillo era su único ceñidor y el zagalejo su humilde brial.

De todos los ahuecadores que en el siglo XVII usaron las españolas, es indudable que el más antiartístico de ellos fué el guardainfante. Cuenta la tradición que una dama de la corte del Rey Felipe IV modificó las dimensiones del tontillo de timbal, haciendo desaparecer las prominencias laterales, y dando, ó mejor dicho añadiendo realce á la parte correspondiente á la región del abdomen. De esta manera, el guardainfante quedaba convertido en un anillo salvavidas, y la dama, al ponerlo de moda, realizó su idea, ocultando su interesante situación y enmascarando la realidad. Á los pocos meses de esta moda, dió á luz aquella dama una niña, á la que bautizaron y pusieron el nombre de *Serenidad*. Dama de alto guardainfante sería, cuando á la partera que la asistió, llamada la *Granadina*, diéronla como regalo casi regio los terrenos que hoy día ocupa el barrio del Amparo, en Madrid, y cuya calle más principal, hasta no hace muchos años, conservó el nombre de calle de la *Comadre*. Si la tradición fuese cierta, podríamos señalar los años en que pudo ser nacida; porque en 1621 fué proclamado Rey Felipe IV, y

en 1639, este mismo Rey, con su célebre pragmática, prohibió el uso del guardainfante; y en verdad que con ella dió pruebas de escasa galantería el tan famoso galán del Buen Retiro.

En la primera mitad del siglo XVII se generalizó de tal manera el uso de los ahuecadores, que llegó á dar de sí variadísimos modelos, aunque fundados todos en el mecanismo del antiguo verdugado. Entre la relativa ligereza de éste y la escandalosa magnitud del guardainfante, cupieron en la indumentaria de la mujer las enaguas muy almidonadas, las polleras de mimbres y los tontillos con aceros. Por eso Alonso Carranza (1) decía: «Todo esto es sombra ó remedo de la penalidad con que vienen nuestras españolas, con el nuevo traje pomposo y á como á porfía y emulación tan aumentado con nuevos y extraordinarios instrumentos de enaguas almidonadas, polleras, guardainfantes de fuertes y doblados arcos (hasta de hierro ó alambre de gruesos hilos), verdugados con verdugos desde su nacimiento, con que andan pesadas como hechas de tierra». Y á pesar de los buenos deseos de Arias Gonzalo (2), que pretendió hallar en los ahuecadores laudable uso, remontando la historia de ellos hasta la época de la guerra de Troya, hemos de convenir con Carranza que semejantes añadidos habían de sobrecargar el cuerpo de las damas.

Como por estos años la moda obligaba á la mujer á convertirse en *digitigrado*, por la altura inconmensurable de los tacones, que imposibilitaban una buena progresión cuando más necesitada estaba de asegurar en firme su pie, de ahí aquella monomanía por el coche, tan criticada por Quevedo como bien en ridículo puesta por Góngora. En una de las más célebres novelas del insigne Lope de Vega (3) cuenta el autor: «Puso Marcelo, que así se llamaba su marido, ilus-

(1) Alonso Carranza, en su libro *A Felipe IV, el mayor señor del Orbe, y á sus supremos Consejos de Justicia y Estado; Rogación en detestación de los grandes abusos en los trajes y adornos nuevamente introducidos en España*. Año 1636.

(2) Arias Gonzalo, *Memorial en defensa de las mujeres de España y de los adornos y vestidos de que usan*. Lisboa, 1636.

(3) Lope de Vega, *La más prudente venganza*.

tre casa, hizo un vistoso coche, el mayor deleite de las mujeres, y en esta parte soy de su parecer, por la dificultad del traje y la gravedad de las personas y más desde que se han subido en monte de corcho...»; con lo cual se disculpa el afán de ir cargadas. Además hemos de hacer memoria de la observación de Quevedo al hablar de la mujer de su época, pues cuando dijo: «si la besas te embarras los labios, si la abrazas aprietas tablillas y cartones» (1), quedan claramente manifestados los postizos á los cuales recurrieron las damas del siglo XVII. Razón tenía nuestro *aprendiz de río* cuando afirmaba:

«Hácenme de sus pecados
confesor, y en este sitio
las pantorrillas malparen,
cuerpos se acusan postizos.
Entre mentiras de corcho
y embelecocos de vestidos,
la mujer casi se queda
á las orillas del río» (2).

Á tal punto llegó el excesivo lujo desplegado por las damas, que el Rey Felipe III, en vista de las razones expuestas por el Consejo de Castilla, dictó una pragmática con el fin de encauzar el desbordamiento de oro y plata, pedrería y ricas telas, con el cual hacían su negocio los comerciantes y á su ruina caminaban los potentados. Felipe IV, acaso más inspirado por su mujer Isabel, dama de buen criterio, que por instancia de Olivares, mandó cerrar las mancebías y prohibió que los *picos pardos* fuesen llevados en coche, carroza, litera ó silla de manos.

Pero no sería muy rigurosa la aplicación de la pragmática del 10 de Febrero del año 1623, ni tan perseguidas las busconas, cuando en la del año 1639 aún se mencionan como mujeres toleradas las que en el destierro debían estar, á ser llevado en justicia el castigo ofrecido. En esta última pragmática, publicada al son de trompetas y atabales por prego-

(1) Quevedo, *El mundo por de dentro*.

(2) Quevedo, *El Manzanares*.

neros de la Villa, delante del palacio del Buen Retiro y en la puerta de Guadalajara (Platerías), donde estaba el trato y comercio de los mercaderes, el día 13 de Abril del año 1639, hacía saber el Rey que quedaban prohibidos los verdugados llamativos, los jubones escotados, los guardainfantes y las basquiñas de gran ruedo, bajo la multa de 20.000 maravedises por la primera vez, y por la segunda la pena doblada y destierro de la corte á cinco leguas. De estas penas quedaban libres las «mujeres que públicamente ganan con sus cuerpos», lo cual indica que llevaban jubones escotados y ahuecadores. Terminaba el pregón anunciando que «los sastres, jubeteros, roperos y otros cualesquiera oficiales que cortaren ó mandaren hacer ó hicieren guardainfantes, basquiñas, manteos, polleras y jubones y cualquier otra cosa contra lo de uso, contando desde el día de la publicación, caigan é incurran en pena del valor de la basquiña, jubón ó cosa susodichas y en 40.000 maravedises, que se aplican por tercias partes en la forma sabida; y además de lo susodicho, por la primera vez desterrado de la ciudad, villa y lugar por tiempo de dos años precisos, y por la segunda sea llevado á un presidio por cuatro años».

Es posible que hasta el año de la muerte de la Reina Isabel rigiera el mandato real. Acaso no suscitó protesta como la de las célebres *Gilimonas*, que fueron castigadas á llevar hábito por la calle por haber hecho mofa de la pragmática de Felipe III; pero es lo cierto que el retrato de Mariana de Austria, tal y como nos lo dejó Velázquez, indica que ni en el mismo Palacio Real se guardó el respeto debido á una orden tan severa al parecer, pero tan escasa en resultados. No había de tener mayor fortuna el distraído Rey Felipe IV que la alcanzada por Enrique IV y Luis XIII cuando dieron á las francesas leyes parecidas.

La «Reforma de trajes» propuesta por Baesa en 1628 no fué atendida. La «pragmática de las Tapadas» originó pendencias. El ejemplo dado por el Rey al suprimir el lujo en su propio traje, desterrando aquella lechuguilla que tan monumental hiciera el Marqués de Pescara para ocultar costurones del cuello, de nada sirvió. Damas y galanes continua-

ron con sus modas, haciendo ellas de *arrebozadas* y ellos de *lindos*.

En un cuadro de autor anónimo, que representa la degollación de San Juan Bautista y que existe en el Museo del Prado, puede verse la variedad de vestidos y tocados que usaron las mujeres en el siglo XVII; los retratos de Príncipes y personajes conocidos de la corte hicieron suponer á algunos críticos que el lienzo fué pintado para conseguir un fin político; pero lo que á nosotros nos interesa hacer constar es que Salomé fué adornada por el pintor con extraña vestimenta, pues el pomposo guardainfante y el escandaloso descote del jubón acusan haber tomado por modelo quizá á alguna dama de la segunda mitad del siglo al cual hacemos referencia. Y á ser cierta la suposición, que se vería confirmada por el tocado de alguna de las sentadas en la mesa, había que conceder tardía sátira del autor á la muerte del desgraciado hijo de Felipe II.

Este cuadro tiene importancia para nuestro estudio, porque los descotes de las damas son tan manifiestos, que á cualquiera haría creer que en los últimos años del siglo XVII tan á lo desnudo fué expuesto el busto de las españolas que, de ser así, dejaban por pudorosas á venecianas y francesas. Este degollado de jubones y acortamiento del peto de la cotilla, capaces de dar libertad al seno, sin el menor resto de hipócrita vestidura, no fueron tan exagerados como á primera vista parece. El pintor tal vez retratara á Salomé de aquel entonces, pues por las pragmáticas reales y por las damas que rodearon el trono de Mariana de Austria no pudo ser moda semejante desnudez.

Además, en el año 1673 apareció en Santiago un folleto anónimo (1) en el cual se hace referencia á otro que condenó el más pequeño asomo del cuello de la mujer. En aquel folleto dice el autor: «En estos Reinos no es la mayor parte de las mujeres la que anda indecentemente descubierta con los jubones degollados, sino la menor»; lo que prueba que la mayoría de las damas iban más ó menos *dego-*

(1) *Respuesta teológica sobre el abuso de los escotados*. Santiago, 1673.

lladas, aunque no indecentemente. En 1677, otro autor (1) se ocupó también del jubón abierto, criticando lo dicho por el P. Alberto de Aberti, el cual había asegurado que solamente es permitido, por parvidad de materia, el descote *que descubre desde la raíz del cuello á bajo el grueso de un dedo*. Con este motivo se entabló la discusión entre varios autores españoles, negando unos la concesión de la más insignificante abertura de los jubones en la mujer, condenando otros el descote excesivo, pero admitiendo una prudente *degolladura* y llegando á asegurar algún comentarista que sólo incurría en pecado mortal la dama que se presentase con todo el seno al descubierto—*ut videre est apud ipsos*;—siendo en todo caso más pecaminosa la mirada de los hombres, y no cayendo en falta la mujer que se presentara en público con la mitad del seno al aire, siempre y cuando *ésta no lo hiciera por dar ocasión para pecar*. Si en esta época hubiera vivido Alonso Salmerón, aquel jesuita que predicando en Venecia, obligó á las damas á ocultar desnudeces que tan bien copiara el Veronés, y que por cierto éstas pusieron en moda unos jubones que llamaron *Salmerones*, como testimonio de obediencia; si aquel jesuita, repetimos, hubiera asistido á la discusión de los doctos de fines del siglo XVII, ¿qué habría pensado de los moralistas á que hemos hecho referencia?

Si nos dejamos guiar por la observación de los retratos de damas de aquella época, hemos de convenir en que los *degollados* no fueron tantos en la corte de Mariana de Austria. Y si esto no fuera suficiente, recordaríamos que la imitación cortesana no pudo copiar el descote de la Reina, porque ésta, según á su muerte se supo, padeció de un tumor mamario; y la que ni á los médicos de su cámara quiso enseñar su dolencia, no había de exponer en público lo que tan oculto quiso guardar. Por esa razón la moda francesa llegó retrasada á España, en la persona de otra Reina más nutrida de carnes y de más vistosa enseñanza.

En los últimos años del siglo XVII desapareció el uso

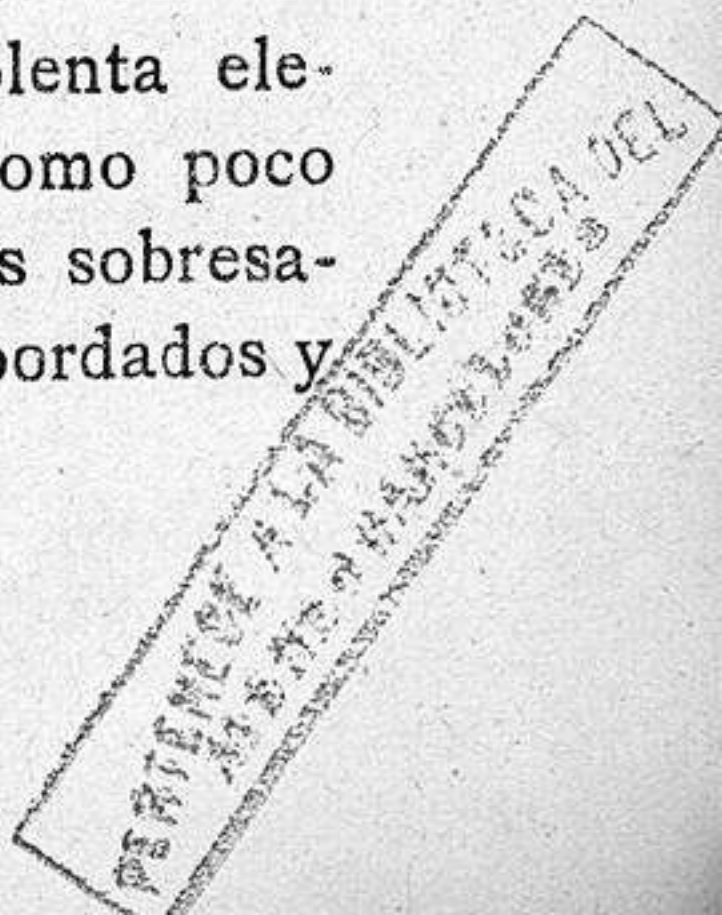
(1) Fr. Juan Bautista Sicardo, *Juicio crítico teológico moral que hace de las galas, escotados y afeites de las mujeres*, Madrid, 1677.

del guardainfante, más por motivos de cambio en la moda que por aquellas razones que diera en su pragmática el Rey Felipe: «por ser traje costoso y superfluo, penoso y pesado, feo y desproporcionado, lascivo, deshonesto y ocasionado á pecar». Dejaron las mujeres de echarse sobre él la pollera «con ríos de oro por guarniciones», y sobre ésta la basquiña, «con tanto ruedo, que colgada podía servir de pabellón» (1). Aunque los tontillos continuaron en uso, ni era tanta la ahuecadura, ni tan excesivo el vuelo de las faldas, sin que por eso quedara desterrado el ridículo ensanche de las caderas y la amplitud dada por el guardapiés.

Algunos autores han creído que en los comienzos del siglo pasado aún se usaban los guardainfantes, pero acaso confundieran la ahuecadura de éste con la moda introducida en Francia por Mad. Montespan. Es bien sabido que, hallándose esta cortesana en idénticas circunstancias á la de aquella dama de la corte del Rey Felipe, ideó con la combinación de cogidos y cintas hacer un *buche* en el traje, que disimulara ciertas gorduras pasajeras. Y por esa razón en el aspecto exterior del vestido una y otra presentaron igual conformación; pero la española hizo del tontillo armadura abdominal, y la francesa consiguió de los pliegues el ensanchamiento, sin recurrir á ballenas y aceros, que dieran por resultado el mismo efecto, pero con mayor molestia para la encintada.

Á partir de esta época, la influencia francesa dominó en las costumbres de los españoles. Con el advenimiento de Felipe V y su cortejo, cambió de rumbo la moda de los trajes en las españolas, que imitaron á fuerza de apreturas el talle de la Reina María Luisa y la elegancia de la Princesa de los Ursinos, perdiendo el carácter español su predominio y ajustándose en todo á la pauta que señalaran los extraños. El empolvado del pelo, los adornos y ahuecaduras del tocado femenino, los afeites y lunares *parlanchines*, la violenta elevación del seno con cotillas tan emballenadas como poco onduladas en el peto, el talle largo y apuntado, las sobresalientes faldas y sobrefaldas con cogidos y cintas, bordados y

(1) Zabaleta, *El día de fiesta*.



encajes, el zapato con tacón altísimo, la progresión á saltos, la tiesura en el cuerpo y la galantería rebuscada, con asomos de filosofía escéptica, tan pastoril en la forma como presuntuosa en el fondo, que hacían de la mujer imitadora de alguna cortesana célebre de la corte de Luis XIV, tal fué la moda al uso en los primeros años del siglo XVIII, en una nación apenas reposada de sus continuas luchas con Francia.

Los retratos de la familia de Felipe V, hechos por Van-Loo, representan fielmente la manera de vestir en esa época. La Reina Isabel de Farnesio, con descote cuadrado en el jubón y talle ajustadísimo, fué el modelo que copiaron las españolas de la corte. Á pesar de que el uso de la ballena en la cotilla ya fué conocido en el siglo XVII, como lo prueba, entre otros testimonios, el dicho de un personaje en una obra de Calderón:

«Aquesta sutil varilla
es barba de una ballena
sacada de una cotilla,»

es indudable que hasta el siglo pasado, por lo menos en España, no se generalizó su uso, ya fuera por la carestía del material, ya por las trabas que en la frontera se impusieron, para ruina del comercio y de la industria nacional.

Si en Francia, los consejos de Buffón y Rousseau no hicieron mella en la costumbre antihigiénica de estrechar forzosamente su talle las francesas, en España ni la crítica del P. Isla ni las advertencias de Feijoo consiguieron ser oídas por aquellas visionarias, hijas humildísimas del capricho.

En Francia apareció un folleto del Dr. Bonnaud (1), fundado en las observaciones de Huxmann, que atribuyó al *corsé* acción marcadísima en la función respiratoria de la mujer, y la creyó capaz de producir congestiones gravísimas. El autor, por cuenta propia, hizo constar la existencia de edema en las extremidades superiores de la mujer, ocasionado por la compresión de las hombreras y borde supe-

(1) Dr. Bonnaud. *Degradation de l'espece humaine par l'usage des corps à baleine*. París, 1770.

rior del *corsé*. Contra el uso de éste lanzó en su folleto Bonnaud cuantos argumentos pudo, para condenarle sin apelación por sus efectos dañinos, y sobre todo por su acción manifiesta en el desarrollo del cuerpo de la mujer, capaz de transmitir de generación en generación atrofias y torceduras de huesos.

Para defensa de las mujeres que quisieran usar el *corsé*, un alemán llamado Reisser publicó un librito (1) en el cual rechazaba los argumentos de Bonnaud, achacando á la mala confección del ajustador, y por lo tanto á la impericia del artífice, todos aquellos males atribuídos á prenda, según él, tan inofensiva. Debemos decir que Reisser podía ostentar el escudo de la *Corporación, tijera de plata en campo de gules*; es decir, que el autor del folleto tenía taller de *corsés* en Lyon, y de esta manera puede explicarse la defensa que de ellos hiciera. Donde menos se piensa salta un industrial.

En España también hubo quien protestara del abuso de las cotillas. En Octubre del año 1774, y en la oración inaugural de la Real Sociedad de Medicina de Sevilla, el doctor D. Pedro García Brioso se ocupó del tema: *Sobre cuánto contribuya á la salud pública la reglamentación física de los vestidos*; y con decir que el disertante llamó *abominable instrumento* á la cotilla, está dicho todo.

Diez años después, otro español publicó un notable folleto (2) en el cual se repitieron algunas ideas de Bonnaud. El caso de Pareo, las observaciones de Winslow—que por cierto el autor confunde con Wanswieten—y la tan repetida comparación de la cortesana con la mujer de la aldea, sirvieron de fundamento á Galinga para aconsejar la moderación en el uso de las cotillas. Dicho trabajo es demasiada *demostración mecánica* para tan pocas consecuencias deducidas por el autor.

JOSÉ DEL CARMENAL.

(Concluirá.)

(1) Reisser. *Avis important au sexe, ou essai sur les corps baleinés, pour former et conserver la taille aux' jenne personnes*. Año 1770.

(2) D. Mariano Martínez Galinga. *Demostración mecánica de las enfermedades que produce el uso de las cotillas*. Madrid, 1784.



LA CIUDAD DEL SACRAMENTO

Á la último del Noroeste de España, en la región donde terminan los montes Cántabros, hay un país á que con gusto llamaría yo la Bretaña española.

Galicia tiene, en efecto, dos puntos muy marcados de semejanza con nuestra antigua Armórica.

Ambas parecen hallarse igualmente dispuestas para huir del centro ruidoso de las grandes ciudades y colocarse á orillas del mar, con la misma orientación, semejantes en su configuración topográfica á una nave que lanza su proa á las aguas, deseosa de desplegar sus velas en el Océano.

Una misma es su fisonomía moral, en la que permanece su identidad histórica, sin que hayan variado ni sus usos, ni sus costumbres, ni su fe religiosa. Todo se conserva en estos pueblos, á la manera que en una familia fiel á sus tradiciones, que vive de sus recuerdos. Todo allí parece antiguo, y, en consecuencia, más que en otra parte alguna ostenta allí todo su juventud; la lengua, los cánticos, las costumbres, los dichos populares hacen recordar el tiempo viejo, pero el alma es siempre joven, porque es siempre la misma. Todo cambia y se altera alrededor de estos pueblos, y ellos solos quedan como testigos de otras edades, bien así como esos monumentos drúidicos que, viendo en derredor suyo

á la naturaleza tomar una forma distinta en cada nueva estación, continúan en pie, siempre inmóviles, para traer á la memoria de cada generación las remembranzas y los estilos de los antepasados.

La naturaleza misma se ha encargado de dar á cada una de estas dos regiones la imagen de la inmortalidad, y por eso el viajero encuentra dolmens en los valles de Galicia y menhirs en el país de Arvor; pueblos ambos que parecen lanzar un cartel de desafío á los demás de quienes se separan, como al Océano que quiere desgastar con su oleaje el granito de los peñascos de sus costas; cartel que pudiera servirles de común divisa, y se encierra en estas palabras: *Prius mori quam mutari.*

En una de estas provincias, en la provincia privilegiada de Galicia, existe una pequeña población llamada la ciudad *del Santísimo Sacramento*. Es la antigua Lugo. Con razón se le ha dado aquel nombre, título glorioso que ningún otro pueblo le puede disputar; porque hace más de trece siglos que el Santísimo Sacramento se puso manifiesto en su iglesia, la cual, fiel á la tradición, le ha conservado perpetuamente expuesto.

Está probado que la exposición continua del Santísimo Sacramento, en Lugo, se remonta á una muy grande antigüedad, aunque no se puede fijar la fecha de su comienzo de una manera absolutamente precisa.

Lo que se halla fuera de duda es que hacia el año de 569 se celebró en Lugo un famoso Concilio: estaba entonces la ciudad bajo la dominación católica de los suevos, y era su Rey Teodomir (1). En el Concilio se condenó una herejía que impugnaba la presencia sustancial del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo en la Eucaristía, y la cual, teniendo por fautor á Prisciliano, hombre hijo del país, había hecho terribles estragos en España y principalmente en Galicia.

(1) Un escritor del siglo XIII, Lucas de Tuy, habla de un Concilio de Lugo, celebrado en tiempo de Theodomir, al que llama Theodemon. Dice así en su *Cronicón*: *Rex iste Catholicus fucit, et fecit celebrare Concilium apud Lucensem urbem...* Citado por el Sr. López Peláez en su *Exposición continua*, p. 34.

Para protestar contra esta negación de la presencia real y confirmar en la fe al pueblo amenazado por la más terrible secta, los Obispos del Concilio decretaron que el Sacramento estuviese día y noche expuesto á la veneración de los fieles.

Tal es el sentir de un gran número de autores. El canónico Sr. López Peláez, en su docta monografía acerca de la Exposición de Lugo (1), cita una docena de textos de historiadores ya antiguos, todos los cuales están de acuerdo en hacer subir el establecimiento de esta exposición hasta el Concilio de Lugo, ó sea hasta el fin del siglo VI.

Además, una tradición constante ha señalado siempre al origen de este privilegio la misma época y el mismo Concilio. Nos contentaremos con aducir una prueba, tomada del acta del cabildo celebrado en 24 de Abril de 1619 (2), donde se dice que «se habían celebrado en Lugo muchos Concilios, en especial uno en tiempo de Teodomiro, Rey de los suevos, en que se había extirpado la herejía contra los priscilianistas, que negaban la presencia de Nuestro Señor Jesucristo debajo de las especies consagradas, y que era tradición antiquísima de que en memoria de la dicha extirpación quedó desde entonces descubierto en el altar mayor el Santísimo Sacramento». Á lo cual se añade que los documentos del siglo XVI en que se menciona este privilegio le llaman siempre inmemorial.

Mas ¿por qué fué Lugo la ciudad escogida para lugar de la exposición del Santísimo Sacramento? Entre todas las de Galicia ninguna tan digna de ello. Era la capital del reino. Á su nombre primitivo había añadido bajo la dominación romana el nombre de Augusto, para mostrarse reconocida á

(1) Originario de la diócesis de Lugo y antiguo Magistral de su catedral, el Sr. López Peláez ha estudiado á fondo y expuesto con mucha erudición histórica el culto eucarístico de aquella Iglesia. Nosotros nos hemos aprovechado, en este estudio, de muchas noticias que nos ha enviado directamente y de los documentos que se contienen en sus dos notables obras, *La Exposición continua* y la *Historia del culto eucarístico en Lugo*. Tenemos á dicha hacerle aquí público nuestro agradecimiento, á la vez que le felicitamos por haber sido elegido Doctoral de Burgos.

(2) Volumen 3.º, folio 740.

los favores recibidos del César. El *Luco* de los celtas había venido á ser *Lugo* (*Lucus Augusti*) (1) bajo los romanos. Más tarde, por el tiempo del Concilio, se encontraba á la cabeza del reino católico de los suevos. En esta misma época, la Iglesia de Lugo había sido erigida en metropolitana, y gloriábase de haber sido fundada por el primer apóstol de España, por Santiago mismo (2).

Á todos estos títulos de honor añadía Lugo una ventaja extremadamente apreciable en una ciudad donde se había de exponer el Sacramento, la de ser una plaza fuerte capaz de resistir las amenazas de los godos arrianos y el peligro de sus profanaciones sacrílegas. Era, pues, natural que Lugo fuera el pueblo escogido.

El Concilio del 569 dió el más bello florón á la corona de aquel pueblo, haciendo de él el viril permanente del Dios de la Eucaristía, y añadiendo á su nombre un título más glorioso aún que el de Augusto, el de ciudad del Santísimo Sacramento.

Una de las primeras cuestiones que se presentan al que estudia la exposición del Santísimo Sacramento en Lugo es el saber qué se entiende por el nombre *exposición*. ¿Es la manifestación de un vaso sagrado que, conteniendo el Sacramento, le guarda y oculta á la vista? ¿Ó es la manifestación de la Hostia misma?

Sabemos por los archivos de la catedral de Lugo, que desde el año de 1636 hasta nuestros días, el Santísimo Sacramento ha estado expuesto en *custodias*. Por consiguiente, desde antes de la mitad del siglo XVII nos encontramos con la existencia de un verdadero *viril*. En cuanto á su forma, la palabra *araceli* nos inclina á creer que se trata de un viril en forma de sol, semejante á los que ordinariamente se usan en el día, y que estaban en uso desde el siglo XV; es, pues, muy probable que la custodia enviada á Lugo en 1636, y que era *muy rica y vistosa*, había sido hecha sobre el modelo más nuevo y brillante, en figura de sol.

(1) Barros Silvelo, *Antigüedades de Galicia*, p. 102.

(2) Flórez, tomo I, p. 182.—Risco, tomo IV, p. 43.

Los archivos de la catedral lucense no nos dan luz alguna acerca de la clase de viriles empleados antes de 1636. Puede aún preguntarse si lo que las actas capitulares y otros documentos designan con el nombre de *exposición* sería una exposición velada, una especie de media exposición, en que apareciese el vaso sagrado, quedando, á causa de sus paredes opacas, invisible la santa Hostia.

Para esclarecer esta duda, podría proponerse la cuestión siguiente: ¿Han sido conocidos en todo tiempo en la Iglesia los vasos litúrgicos que permitían á los fieles contemplar la Hostia santa? Subamos la corriente de los siglos. Á partir del XII, el Sacramento fué expuesto generalmente en una especie de viril llamado *monstrances*, nombre con que se designaba á ciertos vasos de formas distintas, en que al principio se mostraban reliquias y que más tarde se utilizaron para la exposición de la Eucaristía.

Los más antiguos viriles que se conocen datan no más que del siglo XIII, y Mr. Barbier de Montault sólo admite de esta época tres ejemplares auténticos: el del Museo Vaticano, de cobre dorado; el que figuró en la Exposición arqueológica de Malinas de 1864, que lleva la fecha de 1276, y el de San Nicolás de Bari, que, según la tradición, fué regalo de Carlos II de Anjou (1). Sin embargo, ya del duodécimo siglo se ven algunas representaciones de viriles, como, por ejemplo, en un mosaico de San Ambrosio de Milán, dedicado á la historia de San Sátiro (2).

Subamos más alto, hasta el siglo X, y veamos si ya en esta época existía algún vaso litúrgico que hiciese el oficio de viril. Hé aquí lo que leemos en el abad Corblet:

«M. Douet d'Arcq croit que le mot ciborium a pu aussi désigner l'ostensoir. Il se fonde sur un passage d'un inventaire du trésor de la Cathedrale de Clermont-Ferrand; ce texte du X siècle est ainsi conçu: *Majestatem sanctæ Mariæ vestitæ, cum ciborio et cum cristallo*. M. Douet d'Arcq entend par là un vase sacré muni d'un cristal...»

(1) *Revue de l'Art Chrétien*, tomo 27, p. 34; Abbé Corblet, *Histoire de l'Euchaistie*, tomo 2, p. 315.

(2) Abbé Corblet, *id id*.

Así, pues, Mr. Douet d'Arcq deduce de este texto que el copón estaba rodeado de un cristal, y el abad Corblet, rechazando esta forma, admite un copón enteramente de cristal. La interpretación de Mr. Douet d'Arcq puede muy bien sostenerse, porque hay, en efecto, vasos que servían á la vez de copón y de viril, uno de los cuales describe el abate Pascal en su Diccionario de liturgia.

Aun rechazando la interpretación de Mr. Douet d'Arcq, bástanos la del abad Corblet. Deseábamos saber si en el siglo X existían vasos sagrados que permitieran contemplar á través de sus paredes el Santísimo Sacramento; y sobre este punto se hallan de acuerdo Mr. d'Arcq y Mr. Corblet, quienes afirman que por aquella época había vasos eucarísticos con paredes de cristal.

Réstanos, por último, averiguar si había en la iglesia, con anterioridad al siglo X, vasos que pudieran servir para la exposición del Señor. En toda la Edad Media hubo copones en forma de paloma ó de torre: se hace mención de ellos hasta en documentos del siglo V y aun del IV. De diversas materias se hacían estos vasos; mas ¿serían transparentes, de modo que quedara á la vista la sagrada Hostia?

Sabemos que en la iglesia de la Santa Cruz, en Roma, el Santísimo Sacramento se guardaba en un vaso de cristal (1). En la crónica de los Obispos de Minden léese que se conservaba la Eucaristía en vasos de vidrio: en una torre de vidrio se encerraba en San Rambert, en Ain. Todavía existe en el Museo vaticano una paloma de vidrio sacada de las catacumbas.

Al lado de las palomas y de las torres había otros vasos eucarísticos más en uso: los cálices. El cáliz es el primero de todos los vasos sagrados; de él se servían los apóstoles á ejemplo de nuestro Señor. Todos los padres, dice Martigny, atestiguan que esta práctica existió siempre en la Iglesia (2).

Pero el cáliz, que por su naturaleza sirve para contener la

(1) Thiers, *Dissert. sur les auteles*, p. 206.

(2) Cor., X, 16.

preciosa Sangre, ¿habrá sido destinado á recibir la Hostia? De ello encontramos ejemplo en el siglo XVII, en la Edad Media y aun en los comienzos del quinto siglo. El Concilio de Narbona, reunido en 1609, ordena que luego que los sacerdotes administren la comunión lleven la Hostia en un copón ó en un cáliz (1). Asimismo, en un cáliz llevaban á los enfermos el Viático los monjes de Cluni (2), y en un cáliz también llevó el abad Zózimo la Eucaristía bajo las dos especies á Santa María Egipciaca (3).

Pero ¿de qué materia eran aquellos cálices? «Al principio, escribe Martigny, eran de madera, pero más frecuentemente de vidrio...» De todo lo cual se deduce que siempre hubo en la Iglesia vasos litúrgicos de materia trasparente que pudieran servir para la exposición del Santísimo Sacramento.

Otra cuestión interesante es averiguar en qué lugar se colocaban los mencionados vasos eucarísticos. Generalmente no estaban en las mismas iglesias, sino en lugares especiales parecidos á nuestras sacristías, y en un nicho ó armario detrás del altar.

En lo que atañe á la iglesia de Lugo, ¿podremos saber en qué lugar se colocaba el Santísimo? La Eucaristía, nos contesta un acta capitular de 1636, estaba en el altar mayor, en una caja del antiguo retablo (4). Pero ¿esta caja tenía, como en las otras iglesias, una puerta que encerrara al Santísimo Sacramento? Las mismas actas nos dan testimonio de que allí estuvo la Eucaristía *descubierta y patente*, por lo cual es preciso concluir que se guardaba en vasos transparentes. Desde el año 1636, como atrás queda dicho, su forma era la que á lo presente se estila. Antes, por los siglos XIII y XII, se usarían allí viriles, como en otras partes, y desde el si-

(1) Corblet, tomo 2, p. 304.

(2) D'Achery, *Spicil.*, tomo 4.

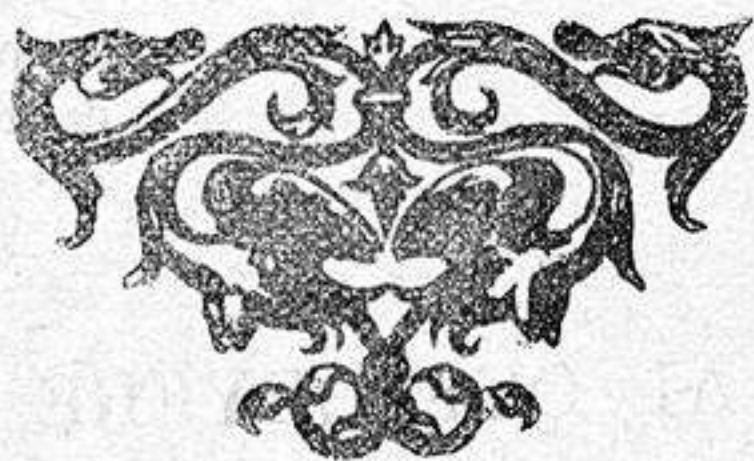
(3) Corblet, tomo 2, p. 303.

(4) La palabra *caja* puede equivaler á *arca* y designar al viril mismo; pero el destino ordinario del arca es guardar un objeto sustrayéndole á la vista; y de este género eran muchos vasos sagrados, que habían servido de relicarios; pero puesto que en Lugo la Eucaristía estaba visible, sería porque eran transparentes la paredes de la caja.

glo VI, en que se celebró el Concilio, se haría uso de copones de cristal en figura de paloma y de torre, ó sencillamente de cálices de vidrio. Esta última forma creemos que fué la primera adoptada, y dada la pobreza de la catedral de Lugo durante la Edad Media, no es improbable que fuese la que más tiempo se conservó.

P. JULIO BONNECAZE.

París Julio del 96.





ALBUM DEL PRESO

FORMADO POR

C. Bernaldo de Quirós y G. M. Vergara ⁽¹⁾

Amar la lectura es canjear
las horas de tedio por horas
de delicia.

Montesquieu.

AL QUE LEYERE

Una mujer insigne, cuyo recuerdo vivirá eternamente en la memoria de los buenos, dedicó su vida toda al socorro de los desgraciados, especialmente de los *pobres presos*, como ella decía, por lo mismo que son los que se encuentran más abandonados. Sus obras están encaminadas á aliviar la situación de aquéllos, olvidados de otros muchos que se dedi-

(1) La mayor parte de los trabajos que figuran en este *Album* han sido escritos expresamente para él, y en él aparecen reunidas firmas de insignes tradistas que, siguiendo distintas opiniones, no han vacilado en contribuir á la formación de un libro que había de servir para la enseñanza y distracción del preso; pero el pensamiento de los iniciadores del presente *Album* no ha hallado la protección que requieren obras de esta clase, y nosotros, deseando que no se pierda tan interesante trabajo, le insertamos en la REVISTA, y esperamos será del agrado de nuestros lectores.—(N. de la R.)

can á practicar el bien, pero con cierta exterioridad y aparato, no por el bien mismo, sino por la fama que pueda proporcionar al que le dispensa, sin fijarse en la situación de quien le recibe.

D.^a Concepción Arenal, con su delicado sentimiento, no procuró otra cosa que aliviar la condición de todos los que padecen, sin averiguar el origen de sus padecimientos ni ver en ellos otra cosa que un semejante que sufre, cuyas penas hay que templar por cuantos medios sean posibles. Sus obras así lo revelan, y el *Manual del visitador del pobre* y el *del preso* son buena prueba de ello, aparte de otras muchas que son tan conocidas como estimadas.

Fija en la mente de D.^a Concepción Arenal la constante idea de mejorar la situación del que en una cárcel cumple la pena que la ley le impuso, no sólo tomó parte en sociedades caritativas ya fundadas, sino que también organizó otras nuevas y procuró por varios medios, que al delincuente se le hiciera más llevadera la vida de reclusión á que le habían conducido sus extravíos. Á este fin se dirigía una obra que aquella mujer excepcional meditó durante mucho tiempo, y que no puso en práctica porque otros cuidados recababan su actividad: nos referimos al *Album del preso*, libro cuya idea concibió D.^a Concepción Arenal como una obra que viniera á servir de sana doctrina en las cárceles, instruyendo á los presos agradablemente, al propio tiempo que les inculcase la noción del bien y la virtud, despertando en su corazón nuevos afectos producidos por la lectura de un volumen en el que se reunieran materias diversas que tuvieran de común el hacer renacer, en el que las percibiese, la afición al trabajo, el amor á todo lo honrado y el odio á todo aquello que pudiera apartarle de la senda de su regeneración moral, de tal manera, que al salir del lugar donde la justicia le retuvo por sus anteriores acciones, pueda considerarse como otro hombre cuyo espíritu se ha purificado con ideas inspiradas en la rectitud y equidad. Con este propósito hemos reunido cuantos elementos hemos creído necesarios para formar el *Album del preso*, recogiendo materiales de autores insignes y aprovechando los que nos han facilitado escritores respec-

bles que, identificados con el ideal de aquella pensadora ilustre, no han vacilado en contribuir con muestras de su ingenio para que compongamos un libro cuya lectura esté en armonía con el carácter de los establecimientos penitenciarios, donde, dicho sea de paso, los libros que andan en manos de los que en ellos cumplen el fallo de la ley, no son lo más á propósito. Hace tiempo que nos contaron que en una visita á la Cárcel Modelo de Madrid encontraron á uno de los presos completamente abstraído en la lectura de un libro que no era precisamente *El camino de perfección* de Santa Teresa de Jesús, ni la *Imitación de Cristo* por el venerable Kempis, sino una novela titulada *El rey de Sierra Morena*, donde, como es sabido, se cuenta la historia del célebre bandido José María, tan famoso en los principios de este siglo.

No pretendemos reemplazar con el presente *Album del preso* el que hubiera salido de la pluma de D.^a Concepción Arenal, pero nos daríamos por satisfechos si hubiéramos acertado á suplir, siquiera sea en una pequeña parte, la deficiencia que notaba aquella escritora de libros que, como el actual, puedan ser leídos en los establecimientos penitenciarios, donde tan necesarios son si se ha de alcanzar, por diversos medios, el fin moral y altamente humanitario que se desea.

Mayo 1896.

UN CUENTO INÉDITO

DE

D.^a CONCEPCIÓN ARENAL (1)

Los dos primos.

En una aldea de Asturias vivía años ha un joven con sus padres. Dócil, aplicado, franco, lleno de buenas prendas, fuera mozo cabal, si no afeara tan bellas dotes un vicio grave, á saber; que si alguno le ofendía no era fácil que en él hallase perdón.

León, que éste era su nombre, tenía en Madrid unos tíos, y con esto y el natural deseo de ver tierras, tuvo la idea de ir á la corte, y con la venia de sus padres tomó el camino. Éste tenía de tal poco más que el nombre, así que, en el largo viaje era preciso mucho tiempo y calma no poca, para recibir sobre un mulo, el sol, el agua, la nieve, el viento y cuanto Dios quería mandar. Todo lo llevó León con alegría, por oponer á estos males su poca edad y mucho deseo de ver la corte. Vióla por fin y con gusto y asombro. Nunca había ido á Oviedo, y era Madrid el primer pueblo grande que veía. No menos pasmo que la gran villa le causó la casa de su tío. Al ver tanto lujo quedó como ciego y tuvo pena al pensar que por su traje más parecía el último criado que un pariente del señor. Un sastre puso remedio á este mal, pero había otros que no le tenían tan fácil. Las maneras y hábitos de León no eran los de la corte, y su primo César, niño mimado que se creía sabio porque su padre era

(1) D. Fernando García Arenal, hijo de la insigne escritora, que fué la primera que pensó formar un libro de la índole del presente *Album*, nos ha autorizado para publicar este cuento inédito, que data de hace cuarenta años y fué encontrado entre los papeles que dejó al fallecer aquella mujer ilustre que «para ser inmortal sólo necesitaba la muerte».

rico, ponía cuanto estaba de su parte para hacer notar las faltas de su pariente. En la mesa sobre todo sufría el pobre mozo grandes penas, por no saber ó no serle fácil el uso de muchas cosas. Como hubiese mucha gente era seguro que su primo le haría caer en faltas de más bulto, para gozar como alma ruin en humillar al que valía más que él.

Esta era la verdad: León valía más que su primo por las dotes del cuerpo y del alma, y sólo una turba de necios, que dan más valor á las cosas cuánto ellas tienen menos, podía pensar de otro modo. Pero León era muy joven para volver desdén por burla, sufría mucho, y en la mesa, en paseo, en el teatro, en el baile, llegó á ser un medio de diversión para César.

No lo fué mucho tiempo: se volvió á su pueblo sin dar quejas á sus tíos ni á su primo, pero jurando vengarse de éste.

Pasaron años y los muchachos no lo eran ya. León fué á estudiar á Oviedo; no era un sabio, pero tampoco era un zote, y sobre todo, no era vano.

César sabía tirar á la pistola, montar á caballo á la inglesa, jugar al monte, italiano para cantar el aria del tenor en boga, francés para leer malos libros, inglés para no llamar á su lacayo en español. Supo también gastar toda su salud y una gran parte de los bienes de su padre. Éste, al verle tan malo, se acordó de que Asturias era país sano, que tenía allí unos primos buena gente, y pensó en mandar allí á su hijo. César estaba débil, y como el dinero de su padre no le traía la salud, obedeció. Con muchos días, gran gasto y romper el coche tres veces, llegó al fin de su viaje.

El tío había muerto; la tía le acogió con amor, ignorando el poco con que había tratado á su hijo; éste pareció frío, pero nada más.

César había dado al olvido las ofensas hechas á León, que la gente ruin olvida tan pronto la falta propia como la virtud ajena, y no pensó más que en tomar leche y vegetar, como él decía en tono grave.

El aire blando, el clima suave, el agua pura, los alimentos sanos y pocos, el paseo, la calma, la vida sin ruido y sin

desorden, dieron á César fuerza y salud casi cabal. Quiso ir á caza; como era vanidoso, quiso hacer alarde de su valor delante de un oso y ser tan diestro en el monte como en el Salón del Prado.

Salió, pues, ufano un día de Agosto con su primo, que tuvo al verle gran pena para contener la risa, y era de reir. César iba hecho un figurín; por el último de París le hizo la ropa el sastre. Era buena para el papel, un baile de máscaras ó cuando más para cazar en la pradera del Canal de Madrid. Airoso corte, ni una arruga, bello, en fin, para no moverse, y bellos también los zapatos para no andar.

Con este atavío salió nuestro hombre, miró con desdén la ropa de su primo, y deseó en el fondo de su alma, hallar mucha gente que viera su talle. Á poco de salir de casa empezó á subir una cuesta áspera y echó de ver que los zapatos le hacían daño, que el morral era pesado, muy justo el pantalón, muy estrechos los botines. Nada dijo, y aunque á duras penas, seguía á su primo. Éste se reía para sí, y sin tener cuenta con la fatiga del otro, iba por malas sendas y aun por donde no las había. Pasó ríos, cruzó valles, dobló crestas y trepó al fin sobre una peña muy alta. César, ya casi sin aliento, dudó si podía y debía seguir á León; pero, fatuo en alto grado, más quiso correr un riesgo grave, que pasar por menos fuerte que otro. Despacio y con el auxilio de las manos subió adonde su primo estaba, respiró, más á poco rato su miedo y ansia fué mayor. Había creído que aquella peña tocaba con otra por el lado opuesto á la subida, más no era así. Arriba se veía el cielo, abajo el abismo, y en caso de caer, la muerte. La temió César, pero calló su miedo, y él y su primo se pusieron á esperar la caza, que no venía. Vino en su lugar la niebla y tan espesa que aun á León le dió cuidado. Esperó dos horas, y como no fuese á menos, y sí la luz del día, quiso bajar antes que se hiciese de noche, y así lo hizo poco á poco, con tino, con cuidado, sin miedo y sin daño. Cuando César se vió solo tembló y pudo ya más en él el temor de la muerte que la vanidad de la vida.

—León—dijo,—si no me das auxilio estoy perdido; no

me fuera fácil bajar con buen sol y piso seco: ¿qué será cuando está húmedo, los pies se van y la niebla no deja ver dónde se ponen?

León se alejó como si nada hubiera oído, diciendo para sí:

—Pase una noche sin cenar porque no tiene qué, sin dormir porque tendrá miedo y ansia grande. Mañana vendré, le daré la mano, y cuando esté abajo le diré: «Amigo, esta lección tal vez te sirva para recordar ciertas ofensas; cuando el que las hace las olvida, autoriza al que las recibe á fijarlas en la memoria: no está bien sin valer mucho tenerse en más que otro, y menos darlo á entender de un modo grosero. Lo que tú sabías lo sabe todo el que es rico al cabo de dos años, y lo que saben todos no debe envanecer á nadie».

Con estas ideas iba camino de casa y ya estaba cerca de ella cuando se paró. En su pecho luchaba el deseo de venganza y su natural bondad. Pudo más ésta, y volvió pie atrás y tan aprisa que parecía tener alas, como si nada fueran las breñas, rocas y cerros para detener la marcha del que había sido bastante fuerte para vencer su rencor.

Al llegar á la peña donde había quedado su primo, oyó ayes dolientes; era César, que al querer bajar había rodado gran trecho y rótose una pierna. Fué gran suerte para él quedar entre unas matas cerca de la cima, de otro modo la caída fuera mortal. Á pesar de esta dicha su estado era triste, porque no se podía mover sin ir á muerte segura, ni con el gran dolor que sentía en la pierna podía estar allí mucho tiempo.

Cuando á su voz respondió la de León, grande fué su alegría, y grande la pena de su primo al ver el daño de que era causa; conoció que era muy amarga la venganza que le parecía tan dulce. No fué capaz en largo rato de auxiliar á César.

Pasando luego de la apatía á un ardor febril, cogió á su primo en brazos, y con fuerza más que humana le llevó hasta su casa.

Cuando estuvo allí parecía más enfermo que César. El

mal que éste tenía en la pierna, para él estaba en el corazón, donde los dolores hacen más daño.

Todos los cuidados de su tía y de los médicos no fueron parte á evitar que César quedara cojo, y León triste. El uno con su defecto físico, el otro con su pena, eran una lección viva que decía: *No abuses de tu buena suerte para humillar á nadie, no abuses de tu fuerza para vengarte.—El insulto y la venganza son dos chispas, que, según donde caen, se apagan, ó causan un gran incendio.*

REFLEXIONES

Suele el preso lamentarse de su situación en la cárcel, y suelen las gentes humanitarias compadecerle por la desgracia de haber ingresado en ella; pero es muy raro que el uno se apene ni las otras lo compadezcan, pensando en las *causas* que lo han traído al lugar de reclusión y lo han convertido en delincuente, en las cadenas efectivas, aunque menos visibles, que sujetan y tienen aherrojada su voluntad.

¿Quién se preocupa, cuando de la criminalidad y de los criminales se trata, de las verdaderas raíces de la una y de los otros, de los gérmenes de la delictuosidad, de las condiciones que favorecen é impulsan su desarrollo, de la podredumbre que existe en el ambiente social y que no puede por menos de ser un semillero de crímenes y de criminales? ¿Quién se devana los sesos por averiguar los factores del carácter del sujeto que delinque, la triste herencia orgánica y psicológica que su familia le legara, la desdichada educación que ha recibido, los malos ejemplos que le dieran sus padres y sus convecinos, el completo abandono en que aquéllos le dejaron cuando niño y adolescente, los malos tratamientos de que ha sido objeto, la miseria física y moral en que se ha visto forzado á vivir y que tanto ha contribuído á su de-

generación? ¿Quién piensa en aquella *compilicidad social* de que hablaba en uno de sus luminosísimos escritos, llenos de unción caritativa, la insigne autora del *Manual del visitador del preso*, en aquella complicidad social que van poniendo tan en claro los modernos estudios, en las iniquidades legales y consuetudinarias, en las seculares arbitrarias instituciones, creadas y mantenidas por la prepotencia, y sin otro fundamento que el egoísmo insano y equivocado de unos pocos?

Hoy en día, lo que se llama *administración de justicia penal* no hace más que empeorar las cosas, relegando á los delincuentes en la cárcel, para que allí, echando leña al fuego, acaben de remacharse las cadenas del infeliz cuyas condiciones de cuerpo y de espíritu le impiden obrar como un hombre digno, como un hombre «libre y racional»; por eso, con los actuales sistemas, es casi siempre cierto que «el que una vez entre en la cárcel, es hombre perdido para siempre».

Parece, por el contrario, que la misión de una justicia penal que se haga merecedora de su nombre, debe ser la de buscar y discernir las causas de la delincuencia, al propósito de removerlas, atajarlas ó atenuar su eficacia; y por lo que al delincuente en especial se refiere, librarlo, en cuanto sea posible, de las cadenas que comprimen los movimientos libres de su espíritu y persuadirle, con *hechos*, de que *no se le castiga* por su anterior conducta, sino que se procura *arrancarlo de su presente degradación* y elevarlo en todos sentidos, para que su futuro comportamiento se produzca en armonía, no en disonancia, con el de los otros individuos que conviven con él y que se consideran honrados.

Á medida que en la conciencia de las gentes vaya penetrando la convicción de que el delincuente es, como muchas veces se dice, un *desgraciado*, en el que han venido obrando una multitud de elementos que su voluntad no ha creado, sino cuyo influjo sufre ésta, en vez de *odiarlo*, como hoy es frecuente, se *lamentará y procurará remediar la desgracia ocurrida* y se *tratará de evitar la repetición de la misma para lo futuro*.

Los resortes para conseguir este fin son muchos, pero uno de los más eficaces es sin duda, el de hacer que NINGÚN PE-

NADO SALGA DE LA CÁRCEL SIN QUE SE LE HAYA ANTES PROPORCIONADO UN MEDIO SEGURO DE GANARSE SU SUBSISTENCIA CON EL PROPIO TRABAJO.

PEDRO DORADO,

Catedrático de Derecho penal en la Universidad de Salamanca

EL ÚLTIMO BESO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BRACERONENSE

Respondiendo á un benévolo sentimiento de amistad, escribo estas líneas, con la intención de llevar un momento de distracción y de calma al conturbado espíritu del pobre recluso, describiendo una escena, única de esta índole que presencié en mi vida y que dejó honda huella en mi memoria.

Corrían los días últimos de 1893 y la ciudad de Segovia realizaba toda clase de esfuerzos, acudiendo á la iniciativa de sus hijos ilustres y haciéndose oír en las altas esferas oficiales, para evitar á este pueblo, hidalgo y generoso como pocos, la tristísima impresión de ver levantar el horrible patíbulo en donde habían de expiar de tremendo modo su delito, los autores de un crimen de recordación siniestra y fatídica.

Habíase anticipado la caridad oficial al desenlace sangriento que se avecinaba, recogiendo en el departamento de locos del Asilo provincial á la infeliz mujer de uno de los reos, á la que Dios, por un acto de terrible misericordia, quiso privar de la razón, impidiéndola de este modo oír el espantoso rumor que llegaba desde todos los puntos de la ciudad á la puerta misma de la celda en donde estaba recluida.

Arriba, en las espaciosas salas en donde la orfandad desvalida de un momento recibe á un tiempo mismo el beso del

rayo de sol que entra por la ventana y de la caridad que entra por la puerta, habían encontrado pan y blando abrigo los hijos de aquella mujer desventurada: un niño rubio como las candelas y una graciosa muchacha con todos los encantos de la pubertad y toda la poesía del infortunio.

El padre de estos infelices, quiso, dentro ya de la capilla, darles un último beso despidiéndose de ellos para siempre. No hubo modo de disuadirle de su empeño, pretextando la honda y triste impresión que en el ánimo de sus hijos había de producir una escena de aquella índole, y allá fueron á la cárcel los pobres niños, acompañados del director del Hospicio y de mí, que hube de asistir á la escena como médico del benéfico establecimiento, por si la brusca impresión que habían de recibir aquellos inocentes corazones, hacía necesaria mi intervención.

No es empresa fácil la de describir aquella escena, pintándola con los fieles colores de la realidad.

Aquilino, el hombre de corazón de hierro, que había realizado á sangre fría un espantoso crimen, que había escuchado sin parpadear la voz severa del fiscal que leyó su sentencia de muerte, que se despidió de sus compañeros de cárcel con la voz reposada y serena del que se despide para uno de esos viajes de los que se ha de volver muy pronto, no pudo articular una sola frase, y, abalanzándose á sus hijos y estrechándolos entre sus brazos, parecía redimido y transfigurado por el dolor.

—¡Déjenme ustedes!—nos decía.—¡Déjenme ustedes dar el último beso á estos pobres hijos, que ninguna culpa tienen de lo malo que hizo su padre!

*
* *

Hace muy pocos días que, al recorrer las salas de la enfermería del Hospicio, pasando mi visita médica, encontré en una de las camas de la sala primera de niños, al hijo de Aquilino.

En sus mejillas, encendidas por la fiebre, se dibujaban dos pequeñas rosetas.

Recordé en aquel momento la triste escena del calabozo de la cárcel, y casi maquinalmente dije á la angelical sor Manuela, que me acompañaba como hermana de la Caridad de guardia:

—Mire usted, sor, las mejillas de este niño. Parece que aún conservan la impresión del último beso de su padre...

RAFAEL OCHOA.

Segovia, Enero de 1895.





COMELLA ⁽¹⁾

El dichoso arrepentimiento, drama en dos actos. Después de haber tenido Milord Thalay en el abandono, sin causa justificada, á su mujer y á su hija, vuelve en sí, arrepentido de su conducta, y va á buscarlas con un amigo al interior de un fragoso monte, donde las encuentra, y canta la palinodia; pero el hermano de la abandonada esposa, deseando vengarse, hiere mortalmente al amigo de Thalay, tomándole por su cuñado, incidente que complica de una manera pasmosa el desarrollo de la comedia. Gracias que al final aparece Thalay sano y bueno, y el autor promete formalmente que se curará el herido.

Comella intercala unas escenas pastoriles de un gusto dudoso y de un sentimentalismo fiambre, contribuyendo notablemente al demérito del drama.

D. Santos estaba de mal humor el día en que censuró la obra, 1.º de Agosto de 1790, y lo desahogó poniendo al ejemplar algunas acotaciones marginales de su puño y letra. Ejemplo: ridiculiza el amigo de Thalay la pretensión que éste tiene de volver al lado de su mujer y dice:

(1) Véase la pág. 187 de este tomo.

Y por ver el fin que tiene
un suceso tan extraño
para una égloga escribir
imitando las del Tasso.

El Tasso no escribió églogas, añadió D. Santos, frunciendo el entrecejo, no me cabe duda.

Música de Moral.

El error y el honor, drama en tres actos. Es una comedia muy razonable, aunque sin animación ni gran interés. Se reduce su asunto á que una muchacha tiene un desliz, y el padre, inexorable con las leyes del honor, no la quiere perdonar; pero conoce al autor de su deshonra, simpatiza con él y se arregla todo en el último acto.

Fué censurada en 1803; se halla escrita en prosa; huele á traducción.

En *La esclava del Negro Ponto* (1), una de sus producciones más celebradas y uno de los triunfos escénicos de la incomparable Rita Luna, que se hizo retratar vestida del correspondiente traje, hay cierta sultana que en todas partes se halla, excepto en el serrallo, que acompaña á su esposo al asalto de ciudades, que anda en rondas y galanteos, que colma de desvergüenzas delante de toda la corte al sultán, que tiene ayudantes de órdenes á quienes manda

que pongas sobre las armas
al ejército, que cerques
el serrallo y que las guardias
dobles en mi cuarto,

y hace tales extremos de envidia y celos, que el bravo general Solimán no puede menos de exclamar que aquello es una fiera y no una mujer,

supuesto
que, siéndolo, era preciso
obrase lo racional.

Todo el drama es por el estilo; el parlamentario anuncia al sitiado Peleálogo, príncipe del Negro Ponto, que

(1) Esta crítica es de D. Manuel Silvela.

cien mil infantes y veinte
mil de á caballo le cercan,

anunciando, además, que es mensajero de

Mahomet segundo, invicto
emperador de la excelsa
Constantinopla, y del mundo
Hijo del Sol y de Marte.

Este sultán mitológico no invoca una vez siquiera el Corán; pero, en cambio, al requebrar á la esclava que tiene en el serrallo, falto, por supuesto, de cerrojos y aldabas, puesto que en él no permanece nadie, dice:

Amor, si logro ver fácil
este divino imposible
á mi ruego, en tus altares
sacrificaré holocausto.

Más todavía: superior el sultán de Comella á toda preocupación musulmana, al volver el general Solimán, vencedor del Negro Ponto, le llama el *atlante de su corona*; le ofrece sucesivamente en recompensa su hermana, su real sello, facultad ilimitada de dar empleos, y viendo que nada le basta, agrega:

Puerta franca en el serrallo,
que de todas sus grandezas
es el don más soberano.

¿Cabe más soberano desatinar?

Por supuesto que el buen D. Luciano Francisco, en quien no hizo jamás mella la funesta escuela clásica, causa de la decadencia de nuestro teatro, se permite en esta misma pieza todas las libertades de lugar y tiempo que son imaginables y lleva á los espectadores á salones con dosel, galerías de palacio, jardines cortos con verjas, escalinatas, miradores de cristales, murallas con torrecitas y almenas, y hasta exige, en una de las decoraciones (ó mutaciones, como él las llama), que por encima del muro se vea parte de la ciudad, que *empezará á arder con la mayor propiedad que se pueda*.

Hay en el mismo drama verdadera prodigalidad de combates al arma blanca, y entre cuchillada y cuchillada mucho de aquello de *villano, venenoso áspid, traidor cocodrilo* y finales de acto como el siguiente, inspirados, sin duda, por el funesto clasicismo:

<i>Eurinome.</i>	En tanto desconsuelo...
<i>Zaira.</i>	En tan confusa duda...
<i>Solimán.</i>	En lance tan funesto...
<i>Mahomet.</i>	En tan aleve insulto...
<i>Los cuatro.</i>	Pues no hay otro remedio.
<i>Zaira.</i>	El cielo abra caminos.
<i>Mahomet.</i>	Venganza, amor supremo.
<i>Solimán.</i>	Para morir callando...
<i>Eurinome.</i>	Para vivir muriendo...
<i>Los dos.</i>	Cielos, dadnos paciencia, constancia y sufrimiento (1).

Á esta invocación me asocio de todas veras para rogar á mis ilustrados oyentes que me permitan terminar la reseña de *La esclava del Negro Ponto*, la cual, después de salir incólume del asalto é incendio de la ciudad, de los arrebatos amorosos de Mahomet, de los celos de la sultana y de las sublevaciones de los genízaros, concluye por casarse con Solimán invicto, y éste, para tranquilidad del patio, declara que sigue la ley cristiana, sin que el hecho de haber sido

(1) Esta manera de dialogar estaba de moda en aquellos días. Valladares, en *Las vivanderas ilustres*, termina un acto con estos versos puestos en boca de tres interlocutores animados de distintos sentimientos:

—Y en suerte tan infeliz...
 —En tan tirano momento...
 —En injuria tan atroz...
 —Juro...
 —Aseguro...
 —Prometo...
 —Que sea eterna mi fe.
 —Que sea mi amor eterno.
 —Y mi venganza horrorosa.
 —Porque fiel...
 —Fina...
 —Y sangriento...

(*Los tres á un tiempo.*)

—No pueda la misma suerte
 olvidar lo que deseo.

treinta años, terror y azote de sus hermanos en Cristo signifique otra cosa más que un profundo disimulo.

La obra tiene música.

El estatuario griego, drama en dos actos; tiene música.

Argumento de esta obra. Estamos en Mileto; parece ser que han robado del templo de Venus la estatua de la diosa, y como, entonces cual hoy, los ladrones no han podido ser habidos, hállese el sacerdote Aristes en el grave compromiso de reponer la estatua en término breve. Á primera vista, la cosa parece fácil; pero no lo es si se considera que la diosa, desechando recomendaciones y compromisos de sociedad, ha dado en la flor de deshacer, como por milagro y sin que las toquen manos, cuantas efigies se colocan en el templo en sustitución de la robada, con motivo, según dicen los que se precian de estar en el secreto, de que no le han petado á la deidad las representaciones marmóreas que de ella han sacado los artistas.

Para orillar el conflicto llámase á Sofronimo, distinguido escultor tebano que se compromete á labrar la estatua, eligiendo por modelo á Mirtila, la hija de Aristes. Creo de mi deber advertir al lector, si es malicioso, que la representación de Venus, encomendada á Sofronimo, no aparece con el traje que distingue á esta diosa, sino que la actriz encargada del papel de Mirtila ha de salir vestida con su túnica, su *disploydyon* y hasta quizá con su *trimachion*, manto que, según creo, cubría la cabeza.

Sofronimo se enamora de Mirtila, ella le corresponde, el padre se entera, ármase la de San Quintín, ofrece Aristes dar la mano de su hija al que le presente la mejor estatua de Venus, preséntala Sofronimo, perdón general y cae el telón.

Don Santos, en su censura de 3 de Febrero de 1800, dijo que en este drama no hallaba mérito ninguno en cuanto á la regularidad del arte. Lo extraño es que la obra se presentó á la revisión de los censores en Noviembre de 1798 y no la dieron despachada, como vemos, hasta 1800. Primeramente se tituló *La Eudoxia*, por ser éste el nombre con que bautizó Comella á la que después se llamó Mirtíla, y constaba el drama de un solo acto.

Los falsos hombres de bien, drama en cinco actos, traducido del italiano al español.

Esta obra se tituló en un principio *El Duque de Borgoña*.

El *Correo de Madrid* de 4 de Septiembre de 1790 publicó una letrilla que comienza:

*La del Duque de Borgoña
y Falsos hombres de bien,
sea comedia ó zampoña
¿quién dirá que es buena, quién?*

La familia indigente, drama en un acto. Carlos, hijo de un noble, se casa con Matilde, plebeya, y abandonado de su padre se ve reducido á la mayor indigencia: luego el autor de sus días le perdona mandándole socorros pecuniarios por conducto de un tal Manuel Bluk, que se guarda el dinero y corteja á Matilde. Llega cargado de dinero un hermano de Carlos, y descubre la infamia de Bluk, quien sufre el castigo correspondiente. El drama alardea de una sensiblería, valga la frase, fiambre y trasnochada, pero de efecto seguro en el anfiteatro.

La censura es de Octubre de 1798.

Federico II, Rey de Prusia, drama en tres actos.

Mucho enredo, mucho cambio de decoración, mucha gente, muchos soldados, mucho ruido de tambor y poco sentido literario. Enemistado Manfeld, consejero del Rey, con el teniente coronel Treslow, falsifica unas cartas que comprometen la reputación de éste, quien dominado por el deseo de venganza, intenta dar muerte al inicuo falsificador: el hijo de Manfeld impide que el crimen se realice, y conociendo lo de la falsificación de las cartas, se obstina en ocultar el nombre del que ha intentado contra la vida de su padre, cosa que sólo él sabía. Después de innumerables peripecias se aclara quién es el traidor y quién el inocente.

La obra es disparatada, sí, pero interesante como pocas. Á D. Santos no le disgustó, según manifiesta en su censura de 30 de Diciembre de 1788, y tomó por su cuenta hacer algunas correcciones en los dos primeros actos, abandonando su laudable y caritativo propósito al llegar al tercero,

bien porque se cansase, bien porque encontrara imposible corregirlo sin hacerlo de nuevo.

Hay otro Federico entre los dramas heroicos y otro entre las comedias, formando tres partes que son: *Federico II, Rey de Prusia*, se estrenó en 1788; *Federico II en el campo de Torgan*, en 1789, y *Federico II en Glatz*, en 1792. Las tres partes tienen música, que según mi cuenta corresponde respectivamente á los autores siguientes: Esteve, Busto y Acero.

El Correo de Madrid, en unas décimas bastante flojas por cierto, censura el Federico y el Colón, de Comella: 5 de Junio de 1790.

El hombre singular ó Isabel I de Rusia, drama en dos actos, representado en 4 de Noviembre de 1795.

Tiene un argumento muy interesante, pero descabellado y absurdo. El hombre singular es el capitán Lievens, que emplea sus riquezas en amparar á los pobres y socorrer á los desvalidos. Recoge en su casa á un proscrito, Basilio Morosow, á quien un falso amigo delata; pero Isabel, que ocultando su categoría anda por el domicilio de Lievens como Pedro por su casa, se entera de la mala acción del denunciador y de la inocencia del denunciado, acabando la comedia con perdón y castigo para que el público aplauda.

Esta comedia es de las que garantizan la mala fama de D. Luciano.

Música de D. Blas Laserna.

La Isabela, drama joco-serio en dos actos, representado por la compañía de Manuel Martínez en Febrero de 1794.

Es una comedia de buen corte, y que podríamos llamar de costumbres.

Mariano, joven noble, se ha casado con Isabel, plebeya, por lo que el padre de aquél, D. Simón, le arroja de su casa. Isabel, para conquistar las simpatías del viejo, entra á servir en casa de éste bajo el nombre de Cecilia, y de tal manera se porta, que consigue encender el amor de D. Simón. Descubierta el enredo, y averiguado que Isabel es noble, D. Simón los perdona, con lo que acaba el drama joco-serio.

Esta idea, desfigurada en la forma, sirvió á Comella para escribir, cuatro años más tarde, *El ayo de su hijo*. Yo conozco cuatro ó cinco comedias modernas con este mismo asunto.

La Isabela se representa con una sola decoración, y la acción se desarrolla con naturalidad. Es una comedia *posible*.

Pedro el Grande, Czar de Moscovia, drama en tres actos.

Ya se sabe: un traidor que acusa á un inocente, á quien rehabilita un Rey que desciende hasta ejecutar funciones de alguacilillo de juzgado.

Á esta comedia le puso en la portada D. Luciano de su puño y letra la siguiente cita de La Rochefoucauld: *Los espíritus medianos condenan ordinariamente todo lo que excede á sus alcances*. La máxima se está pegando de cachetes con la idea del drama. Era muy oportuno nuestro Comella.

La licencia de representación es de 6 de Junio de 1796.

Música de Quijano.

Sedecías ó la destrucción de Jerusalem, drama sacro en dos actos.

La acción del drama está tomada del libro IV de los Reyes, cap. XXV.

Nabucodonosor el joven, Rey de Asiria, llega con su ejército ante los muros de Jerusalem. Sedecías se niega á entregar la ciudad, resistiéndose á los ruegos de su esposa Nabala, quien le dice para animarle á una capitulación:

«Considera, infeliz, no puede el pueblo
hacer más resistencia, que en sus males
el menor mal que sufre es el asedio.
Los soldados expiran apoyados
en sus escudos, á los mismos pechos
de la madre fallece el tierno niño,
la horrible peste cual verdugo horrendo
asola la ciudad; mira sus calles
y en ella los cadáveres, objetos
de horror y compasión; mira á los padres
abandonar los hijos; mira á éstos
huir de aquéllos; oye los gemidos
del triste contagiado, que pidiendo

está la muerte al verse sin socorro
y de la muerte el bárbaro consuelo
no tiene quien le dé. ¿Á este de males
horroroso espectáculo funesto
no cedes? Duélete de tus vasallos,
de ti mismo y de mí; pide á los cielos
las paces; capitula.»

Sedecías no transige; Nabuco da el asalto y hace prisioneros de guerra al Rey, á su esposa Nabala y á sus hijos. Parece que el vencedor había *in illo tempore* requebrado de amores á la mujer del vencido, y al hallarla tan hermosa como la dejó, vuelve á nacer su no extinguida pasión, poniendo á los pies de su adorado tormento su cetro y su albedrío: ella le desprecia, el marido le dice las cuatro verdades y él se venga prendiendo fuego á la ciudad.

El final se desarrolla en la «gran plaza de Jerusalén, con vista del pórtico del templo, que después se incendia y se desploma y se descubre el interior de él abrasándose».

La obra tiene varios números de música, y á mi juicio debe considerarse como zarzuela. La censura es de D. Casiano Pellicer y lleva la fecha de 16 de Marzo de 1805: dícese en ella que el drama no contiene *cosa alguna absurda*. Era muy benévolo nuestro buen D. Casiano.

Á lo que parece, se estrenó en el Teatro de los Caños del Peral.

El tirano Gesler, comedia ó drama de D. Luciano, según Moratín: no he visto el ejemplar.

DRAMAS TRÁGICOS

Asdrúbal, drama trágico en un acto y en verso.

El drama está basado en la toma de Cartago por las huestes de Roma: éstas entran en la ciudad y prenden fuego al templo de Esculapio, donde se habían refugiado la esposa y los hijos de Asdrúbal, valeroso general cartaginés. Aquella heroica dama prefiere morir antes que aceptar el auxilio que los soldados de Scipión Emiliano le ofrecen, y perece entre las ruinas del templo, que se desploma al finalizar el acto.

La acción es de gran aparato; véase una de las acotaciones:

«Trábase batalla, y retiran los romanos á los cartagineses. Múdase el teatro. Gran templo de Esculapio en el foro con pórtico delante: todo lo alto de él debe ser transitable. Delante del pórtico estacada, y delante de ésta, muro que á su tiempo se derriba con los arietes, y el templo se incendia también á su tiempo.»

No he visto ejemplar impreso: el manuscrito que se conserva en el Archivo del Ayuntamiento contiene la censura del docto D. Santos, que dice así:

«De orden del Sr. Teniente Corregidor, etc., he examinado el adjunto diálogo, intitulado el *Asdrúbal*; y prescindiendo del suicidio que aquí se pinta como acción heroica, siendo, en realidad, una bajeza de ánimo; dejando (digo) aparte este hecho, de que se hallan muchos exemplares en varios dramas, aunque sin razón, hallo otras cosas que notar; pues el carácter de Asdrúbal no es el de héroe, sino el de un otentón, caribe ó salvaje, además de ser poco consiguiente. Es tan ingrato y bárbaro, que trata con increíble descompostura al generoso Scipión cuando le ofrece la vida; y atribuye á miedo del Romano lo que es un efecto de su evidente elemencia. Los vocablos *ludibrio*, *penurias*, *densitud*, *arredramiento*, *demora de las llamas*, y otros á este tenor, no son en mi dictamen muy á propósito para enriquecer nuestra lengua, ni conservar su pureza y propiedad. ¿Y qué diremos de aquellas expresiones de *cien veces huye*, y *ciento retrocede*, *La frente resignar al cautiverio*, y otras semejantes?

No es menos notable poner en Cartago un templo de Esculapio, numen tutelar, cuando los cartagineses, como Poenos ó Phenicios que eran de origen, veneraban por su tutelar á Astarot ó (como otros dicen) Astarto. También se sabe vulgarmente que el desgraciado Aníbal murió desterrado de su patria y aborrecido ingratamente por los carthagineses; y así es mucha impropiedad el estimular á aquellos ciudadanos con el exemplo y estatua de uno á quien persiguieron de muerte. Pero lo que no cabe en boca de ningún héroe es lo que aquí el poeta hace que quepa en la boca de su As-

drúbal; y es aquella horrenda blasfemia contra la Divinidad. *Con justicia la piedad de los númenes detesto; su clemencia abomino.* No va malo esto; y más si se agrega al suicidio el que pudiera ser tratado con indulgencia, á vista de que ya los Espectadores se rien, en lugar de llorar estos suicidios, á que están acostumbrados sus ojos en el teatro.

Esto es lo que así por encima me ocurre decir sobre el presente diálogo. El caso es que pudiera representarse sin que se siguiese inconveniente, á vista de la necesidad que tienen las compañías de funciones y poetas, con tal que se corrigiera lo más de bulto. Pero como he visto que en el *Memorial literario* se dan al público los defectos de las comedias, omitiendo las prudentes razones que suelen mediar para permitir las el Sr. Juez Protector, es preciso hacer presente esta reflexión, para que en vista de ella, ó permita el Sr. Juez que se represente corrigiendo lo más enorme, ó niegue la licencia de darse al teatro para evitar que se dé al público una censura de lo mismo que ya está censurado. Éste es mi parecer, salva la superior resolución. Madrid y Noviembre 13 de 1793.»

Á continuación aparece la siguiente aprobación:

«Esta pieza se me ha devuelto para que examine si está corregida de modo que pueda representarse; y hallo que efectivamente se ha corregido lo más notable, sin que ahora contenga cosa opuesta á las buenas costumbres, regalías de S. M. autos y providencias del Juzgado de Protección; y aunque con todo eso queda materia que critique para con el público el *Memorial literario*, en atención á la escasez que hay de funciones nuevas y autores que las escriban, y no contener ya cosa opuesta á lo que queda dicho, me parece que puede permitirse su representación. Madrid y Noviembre 17 de 1793.—Santos Díez González.»

Al *Memorial literario* no le disgustó el drama, pues dice de él en Enero de 1794:

«Está bien conducida la acción, y bien seguidos los caracteres según las varias costumbres de ambas naciones romana y cartaginesa.»

La obra tiene música.

Cadma y Sinnoris, drama trágico en un acto.

Idaspes, enamorado de Cadma, da muerte al marido de ésta, llamado Sinnato: se aparece la sombra del difunto á su viuda y le dice que

entre los muchos que tu amor codician
se encuentra confundido mi asesino;

pero callando el nombre de éste, porque si lo hubiera dicho... ¡adiós drama!... Cadma se figura que el asesino es Sinnoris, uno de sus pretendientes; Idaspes, incitado por los celos, confirma á la viuda en esta sospecha, y la viuda, creyendo satisfacer su venganza, finge unirse por amor en matrimonio con el supuesto asesino, bebiendo á la par con él de la copa nupcial, que contiene un licor envenenado. Se descubre la verdad cuando la catástrofe no tiene remedio, y el público aplaude cuando Cadma y Sinnoris se dejan caer al suelo, sufriendo su correspondiente batacazo. Moratín incluye esta obra en el catálogo de las de Comella: el ejemplar impreso que he podido ver no señala nombre de autor.

CARLOS CAMBRONERO.

(Continuará.)





EL DOCTOR WOLSKI (1)

—Estoy enferma. ¿Sí? Pues bien, por eso quiero que vuelva Enrique y que nos casemos cuando se ha dicho, ó antes, antes mejor. ¿Están contados mis días? ¡Quién sabe! La ciencia cura las enfermedades más terribles. Enrique es médico y puede curarme ó prolongar por lo menos mi existencia. ¿Estarán contados mis días? Si es así, no quiero que pase uno más sin mi Enrique, ya que sé que me quedan pocos que vivir. ¡Y yo que esperaba gozosa envejecer á su lado! ¡Yo que juzgaba corta una vida de sesenta, ochenta años, y creía que era breve ese espacio de tiempo para llegar á cierta perfección! ¿Qué haré ahora? ¿En qué emplearé estos miserables días que me quedan? ¿Cuándo moriré? ¿Dentro de dos meses, dentro de dos años? Pero ¿qué mal es éste, Dios mío, que no se manifiesta de una vez y no me postra en cama? ¿Por qué, si estoy enferma y voy á morir, no siento dolores, ni tengo fiebre, puedo pasear, comer y divertirme? ¿Dónde he cogido esta enfermedad? Viví siempre entre mis libros, no he bailado, no he ido á diversiones... ni he tenido, creo, desde que nací libre la espalda

(1) Véase la página 200 de este tomo.

de este antipático chal con que usted me cubre y me sofoca.

Y así gritando arrancó de sus hombros la toquilla que, con violencia, arrojó al suelo...

—¿Cuándo moriré?—siguió encarándose con D.^a María, que la contemplaba muda de terror.—¿Dentro de un mes, dentro de dos años? Bien, pero quiero morir junto á Enrique, adorándole, mirándole en mi agonía para que se graben en su corazón mis últimas miradas y no las olvide nunca. Sólo la muerte nos separará en la tierra, pero antes, ¡oh! antes iremos á Polonia y seremos felices. Quizás tengo dos años de vida, y... ¿por qué solamente dos y no diez... treinta? Soy joven y la tisis no mata tan pronto. Hay tiempo, tengo aún tiempo para hacerte tan feliz como sueñas, pero ven, ven pronto, no estés triste, no temas por mí. ¿No ves que puedo vivir mucho todavía? ¡Enrique, Enrique!

Y llamándolo se dirigió á las puertas de la sala, retrocediendo luego hasta el centro del cuarto, por el cual paseaba hablando á gritos como una loca.

—Y dicen que el mal está aquí en el pecho; pero si no se ve nada, si no me duele nada, si no hay nada que indique el mal.

Con tanta fuerza intentó desabrocharse la chaquetilla, que se desgarraron los ojales, saltaron algunos botones, y entre los encajillos del cubrecorsé asomó, pendiente de su cadenita, un medallón de oro.

Doña María, que desde un ángulo de la habitación, inmóvil como la estatua del espanto, miraba á la joven sin atreverse á interrumpirla, al verla tan exaltada, con la vaguedad de la demencia en los ojos, acercóse á ella y, llorando, dijo:

—¡Mara, Mara mía, cálmate, por Dios!

—¡Que me calme!—respondió ella rechazando con brusquedad las caricias de la institutriz —¿Pues no he de calmarme, si sé que puedo vivir mucho todavía? Tres años, diez... mucho... mucho...

Y reíase á carcajadas diciendo esto.

—Pero si me engaño, si ni siquiera ese tiempo me queda

de vida, entonces, ¿por qué he nacido? ¿Por qué Dios me trajo al mundo para arrancarme de él y tener que dejar todo cuanto amo! ¿Por qué no he muerto en la infancia? Y si la tisis nació conmigo, si nací condenada á perecer cuando mi alma está más apegada á la tierra, cuando siento con mayor intensidad el ansia de existir, entonces, ¿por qué mi madre me dió el ser, ó por qué no me ahogó en la cuna?

Como si aquellas frases hubiesen agotado la fuerza de rebeldía que trastornaba á la joven, calló al pronunciarlas y miró á la institutriz, que al oirlas no pudo contener un grito doloroso.

Mara dió un paso hacia ella; sintió en sus manos el frío contacto del medallón de oro, que salía por el corpiño entreabierto, lo tomó y palideció intensamente.

Por la borrasca de sus ojos pasó un rayo de luz suavísima que extinguió lo siniestro de la mirada y, besando con ternura el medallón, cayó de rodillas, exclamando:

—¡Perdón, perdón, madre mía!

Y rompió á llorar amargamente.

Abrazóla la anciana y la besó muchas veces sin poder hablar.

La joven, entre sollozos, repitió aquellas frases mirando el retrato oculto en el medallón, y volviéndose á la señora con las manos cruzadas en ademán de súplica, gimió:

—Y usted, que ha sido mi segunda madre, perdóneme también.

Luego, levantando los ojos al cielo, repitió:

—¡Perdóname, perdóname, Dios mío! Soy débil; ampárame, tuya es mi vida; ayúdame; ¡perdón!

Doña María, arrodillada junto á ella, la oía y lloraba silenciosamente.

IX

Dos días más tarde se paseaba por su despacho, como león preso, el doctor Wolski. Su amigo Iwan, con sonrisa burlona y más que burlona indescifrable, miraba al médico

que, lívido y convulso, oprimía entre sus manos una carta.

El estudiante dijo:

—No doy un cuarto por tu cabeza, querido doctor Wolski. Anteayer, desalentado, furioso, te encaminas á casa de tus padres huyendo de Mara; á mitad de camino, no sé qué ráfaga de huracán te hace volver al puerto, y héte aquí llegado en este instante, después de haber recorrido en treinta horas, sin comer ni descansar y maltrecho, más de cincuenta leguas en coche.

El médico, como si no oyera lo que le decía su amigo, empezó á hablar solo, y sus frases rotas, ahogadas, doloridas como lamentos, tornábanse en gritos de protesta y de rebelión.

Su patriotismo, su ideal de crearse una familia, sus ilusiones, sus hermosas esperanzas de hombre innovador que tiene en la vida un noble fin que realizar, todos los sentimientos que en aquel horrible instante se entrechocaban en el ser del polaco, inspirábanle frases absurdas, períodos incoherentes; los delirios conmovedores y amargos del hombre que no acierta á darse razón de su desventura. Como si la desgracia, en la que el médico no quería creer, hubiese tomado forma tangible, y allí junto á sí la tuviera, con ella hablaba, la interrogaba impaciente; y amenazas y quejas y gritos vencedores salían atropelladamente de sus labios.

Con la imaginaria encarnación de la tisis contendía Wolski. Dirigíase con decidido ademán hacia la puerta, cual si quisiera cerrarle el paso, y como guerrero ante cruel enemigo, alucinado y delirante defendía uno á uno con valor y fiereza todos aquellos bienes que la tisis quería arrebatarse.

Imaginábase estar en su hogar. Mara junto á él, hermosa y apasionadísima, le había salido al encuentro á la puerta de la calle; allí estaba tras la penosa jornada del día, fatigado y entristecido por los males de los demás, pero con la satisfacción de haber aliviado muchos dolores y consolado muchas miserias. En la barriada tártara pedían sus auxilios los fanáticos musulmanes y lo llevaban hasta el harem donde las mujeres sufrían. Cuando buscaba á los chirimises

en lo intrincado de las selvas, ya esos salvajes no huían al verle, y aunque sin hablarle, descubrían sus miembros ulcerados y aceptaban las medicinas que con un pedazo de pan dejaba en sus chozas.

La concesión para fundar un hospital modelo, donde sin distinción de razas ni de religiones fueran recogidos los centenares de enfermos contagiosos que pululan por la ciudad, estaba en vías de otorgarse; y sus hijos, los hijos de él y de Mara, nacidos de una unión dichosa, jugaban allí cerca, en su espacioso cuarto del Mediodía, y eran sanos é inteligentes.

La manera higiénica de criarlos tenía ya imitadores y el prestigio de su hogar y de su vida penetraba poco á poco en otros hogares, desterrando preocupaciones y rutinas perjudiciales á la crianza y al desarrollo intelectual de los niños.

¡Y la tisis, la traidora enemiga, trataba de penetrar en aquella casa donde el amor y la ciencia, unidos, habían creado seres continuadores de una obra de regeneración para el hombre, y de libertad para la nunca bastante adorada Polonia! ¡La tisis, la implacable tisis, quería arrebatarse á su Mara, á su compañera, á la madre de sus hijos, que le seguía en sus investigaciones científicas ayudándole con sus observaciones! ¡Á la dulce y apasionada esposa que con rubor desfallece cuando su amado la acaricia y que tiembla medrosa á la idea de disgustar á su amado! ¡Á su mujer, en cuyo seno con la emoción del creyente que se prosterna ante los altares adorando la Divinidad, él, Wolski sintió latir el corazón de sus hijos!

¿Por qué no huía aquel espectro horrible de allí, de allí y del mundo?

El doctor, divagando, fija la mirada en un punto de la habitación, como si allí estuviera realmente hecha carne la dolencia que consumía á su novia, dió un paso y gritó ronco:

—¡No huyas, que voy á despedazarte!

Extendió la mano hasta tocar el muro, y en él clavó sus uñas con tal fuerza que la sangre brotó de sus dedos.

Iwan Iwanowich, que durante aquel largo delirio del médico escuchaba mirándole atentamente, al ver que, dominado por una alucinación gritaba forcejeando, próximo á un paroxismo nervioso, acercóse á él y, asiéndole fuertemente de un brazo, le dijo:

—¡Ea, colega, déjate de perseguir fantasmas! Recoge del suelo esa carta caída, y hablemos.

Miró el doctor al ruso con ojos dilatados é inexpressivos y pasándose las manos por ellos con fatiga,

—¡Ah! ¿Eres tú, Iwan Iwanowich?

—Claro que soy yo; aquí no hay fantasmas. Ven al balcón; el fresco de la noche es favorable á los que, como tú, patean la felicidad, lloran pateándola, y en fuerza de pensar y hacer disparates, se les pone la cabeza hecha un horno. Ven, y charlaremos.

Impulsado por el ruso, que tenía á Wolski sujeto por el brazo, adelantó Enrique hacia el ancho balcón de caladas maderas, que estaba abierto de par en par, y que daba al jardín; pero se detuvo mirando á Iwan con jovial expresión, diciéndole:

—¡Qué tonterías se nos ocurren á veces á los hombres! Figúrate que he creído ó he soñado que Mara estaba enferma, que yo no tenía valor para abandonarla, que ella se despedía de mí... ¡Qué se yo cuántas cosas! Soñar esto poco antes de lograr la mayor dicha, es divertido. ¿Qué te parece?

El doctor echóse á reír como si sus frases ó sus pensamientos tuvieran algo de cómico que le incitara al regocijo de la risa. Aquel reír inmotivado llevaba sus ecos hasta las umbrías del jardín, y cuando una de sus notas, por lo débil, parecía la última de aquella carcajada, con mayor fuerza volvía á resonar y Enrique se retorció como niño á quien hacen despiadadamente cosquillas.

Iwan Iwanowich frunció el ceño, pasó por sus hundidos ojos el relampagueo de una inquietud, y cogiendo del suelo la carta que dejara caer su amigo, le gritó enseñándosela:

—Mara, enferma de muerte, te escribe; ¿tú no tienes nada que contestar á estas líneas?

Pronunció lentamente estas palabras el ruso para que con más facilidad pudieran llegar al trastornado cerebro del doctor, y con tal fuerza sugestiva clavó sus ojos luminosísimos en los ojos de Wolski, que éste no apartaba los suyos, esclavizados por el magnetismo de aquella mirada.

El médico cesó de reirse, en sus facciones descompuestas se acentuaban poco á poco la apatía, el cansancio, el abatimiento que se apoderan de todo el ser cuando pasan las crisis nerviosas.

Entonces el ruso, aprovechando aquel momento favorable para remover y despertar las ideas dolorosas del médico, le gritó:

—Tu novia no te ama ya, tu novia te aborrece y te desprecia porque aceptas su sacrificio.

—¿Qué?—dijo con emoción Wolski.

—Mara te aborrecerá si aceptas su sacrificio.

—¡Ah, no!—exclamó el médico con súbita angustia, reveladora de que volvía á darse cuenta de su situación.

Y añadiendo algunas frases más quejumbrosas é ininteligibles, sentóse junto á su mesa y quedó silencioso é inmóvil.

Entonces Iwan, de pie, enfrente á él, de espaldas al abierto balcón, por el que se veía, pasada la valla de madera que aislaba el jardín, la casa de Margarita en la penumbra de la desierta calle, desdobló la carta recogida y comenzó á leer pausada é intencionadamente:

«Enrique: Esperaba el momento de tu vuelta para enviarte cuanto te escribí al saber tu marcha; pero ahora, al verte entrar en tu casa, rompo lo escrito, intentando decirte de otra manera, de otra forma, cuanto decirte quiero.

»Te escribo llorando al imaginarme todo lo que has sufrido al conocer mi dolencia, y sé, sin poderme callar, que mis palabras van á agrandar tus sufrimientos. Si jurándote que no te amo supiera que habías de olvidarme y ser feliz, no vacilaría en ser perjura; pero tú no creerías esa falsedad, y yo no tendría valor para engañarte. ¡Enrique, mi Enrique adorado, mi vida acaba y me separo de tí! ¡Dios mío! Casi tranquila, puedo ya escribir estas terribles palabras.

»He llorado, he desgarrado mis ropas y mis carnes en la fiebre de una furiosa insensatez; he maldecido mi existencia; he blasfemado, sin poder comprender la evidencia de mi desventura, rechazándola desesperadamente.

»Supe por mi tutor que estoy tísica, y entonces me expliqué tu cambio y tu marcha; yo estuve ciega hasta ese momento, y no se me ocurrió que mis frecuentes aunque pasajeras dolencias fuesen los indicios de mi mal.

»Doña María, á la que he injuriado en mi desesperación, más ciega que yo misma, no ha creído ni cree que soy una moribunda.

»Ella vió expirar á mi madre, y aunque constantemente hemos hablado de ésta, ni á D.^a María se le ocurrió pensar que su muerte era el desenlace de una enfermedad del pecho, ni yo, por causa del alejamiento en que vivo de la única pariente que me queda, sospeché nunca que el mismo mal me devoraba lentamente.

»¡Oh, Enrique! ¿Por qué no he sabido esto antes? De conocer la verdad, yo no te hubiera hecho desgraciado, yo no hubiera compartido contigo mis esperanzas. Mi amor hubiera rechazado al tuyo, y moriría adorándote, pero sin la pena que por ti siento ahora.

»¡Morir y abandonarte! ¡Bien, sí, Dios lo quiere! Pero ¿cómo dejarte en estos últimos días de mi vida, que pensamos serían los primeros de nuestra felicidad?

»¿Te acuerdas con cuánto esmero ordenaste los arreglos de la casa que debíamos habitar á nuestro regreso de Polonia?

»Yo no veré nunca mi patria... sí... la veré, porque en ella quiero morir. ¡Morir! ¿Sabes tú que hay momentos en los que mi situación me parece una pesadilla y siento impulsos de correr á tu casa, que veo al escribirte, y el ansia de verte y oírte me vuelve loca?

»¡Verte y oírte! ¡Oh! Nunca. Escuchar tus promesas, repasar uno á uno nuestros sueños, ambicionar la vida que tú me enseñaste á querer, exenta de vanidades, modesta, llena de trabajo y de amor... No, no, ¿para qué, Dios mío!

»El amor, la familia, esas felicidades del cielo á las que

he aspirado en la tierra, están vedadas para mí. ¡Ya no quiero ser tu mujer! ¡Ya no puedo serlo!

»Me doy cuenta de tu terrible situación. Como luchas, luché. ¿Vacilas aún? Pues yo no vacilo.

»En el período de lucidez que ha seguido á mi desesperación, pensé salvarme; la fiebre de mis esperanzas me hacía delirar; pensé que mi mal podría ser pasajero: ¿verdad que la tisis también puede curarse si no es hereditaria?

»Y así razonando, dominada por mil ideas, impulsada por una inquietud, mezcla de curiosidad y de miedo, escribí á mi tía preguntándole ignoro cuántas cosas acerca de mis antepasados, que mi temprana orfandad me hizo desconocer. Yo no trato á mi tía y sólo sé de ella que aborreció á mi santa madre; ¡si habré estado loca para decidirme á escribirla!

»Aquí está su carta, extensa, minuciosa, llena no más que de rencorosas palabras. Para mí, en ella sólo hay de comprensible esto: mis padres, que eran primos carnales, han muerto tísicos, y en la familia de ambos esa enfermedad arrebatada tarde ó temprano á cuantos nacen. Ya ves que no hay esperanza para mí en la tierra, ni para ti tampoco, porque me pierdes.

»Nací destinada á vivir poco y mal; á los seres que me rodean no podré evitarles la pena de verme sufrir; dentro de poco, cuando el paseo me fatigue, la conversación me moleste y la tos empiece á ahogarme, como un niño, más aún que un niño necesitaré ser cuidada. Con el egoísmo del dolor pensaré que todos me desatienden; seré caprichosa, me quejaré de los que me rodean, porque no me alivian, y en mi casa, sin orden, sin sosiego, hasta los criados desearán mi muerte para librarse del fastidio de cuidarme...

»Mis amigos se apartarán de mí, porque la tisis es contagiosa, y porque nada hay tan triste como ver sufrir á un pobre ser sin poder aliviarle.

»Dar medicinas á un enfermo, sabiendo que de nada le sirven, es un martirio que puede convertir el amor más acendrado en tedio...

»La pena de D.^a María se transformará quizás de ese

modo, y tu afecto acaso también... ¡Ah! perdona si este torbellino de mis ideas me hace hasta dudar de ti... Pero rechazo esta duda, porque sé, Enrique mío, que tú me hubieras amado siempre; unidos, la paz faltaría á tu corazón, y sin paz en la vida, todos tus trabajos resultarían estériles. Yo no podría dirigir nuestra casa; yo no podría instruir á los niños pobres. ¡Los niños! Nuestro hogar sería un hogar desierto, aterrador; desierto, si á la cuna preparada no descendía un ángel; aterrador, si de la cuna veíamos desaparecer el ser adorado que la herencia condenaba á morir pronto ó á vivir miserablemente.

»Separémonos, Enrique, porque una vez que el ideal de nuestra vida es imposible, casarnos, lejos de calmar nuestro mutuo dolor, lo enconaría. Separémonos, pero no con la desesperación de no hallarnos nuevamente.

»Ten valor, y piensa que esta unión de nuestras almas es inmortal, y que, ausente de ti ó muerta, Dios permitirá que ellas se comuniquen y sientan la divina felicidad de ir unidas en el bien y en el amor de nuestra patria. ¡Enrique, mi amor, mi primero y último amor!... ¡Adiós para siempre en la tierra!»

Á medida que el ruso iba leyendo, en el rostro de Wolski se pintaban todas las dolorosas emociones que aquella lectura le causaba. Con mano febril cogió de su mesa un retrato de su novia, que besó mirándolo amorosamente, y cuando el ruso pronunció las últimas frases, el adiós lastimero, irguióse Wolski, y estrechando contra su pecho el retrato, exclamó mirando por el abierto balcón la casa de su novia, como queriendo que ésta le oyera:

—¡No, no, Mara! ¡Yo te amo, tú eres mía!

Oyóse el eco de un sollozo como si no lejos de allí una persona llorase. Volvió el ruso rápidamente la cabeza, precipitóse al balcón Enrique, y siguió con ímpetu:

—¡Mara, Mara mía! Tú estás cerca. ¡Oh! Ven; te amo y te pido perdón porque he sido un cobarde. No supe lo que hacía, estaba loco por el dolor; pero ya ves que he vuelto sin llegar á casa de mis padres, porque no puedo vivir sin ti.

En el silencio de la noche advertíase mejor la respiración angustiosa de aquel hombre, inclinado sobre la barandilla y con los brazos extendidos como para recibir en ellos á su amada.

Iwan tocó en el hombro á su amigo y con el índice le señaló la obscura alameda del jardín, por la que corría, escondiéndose entre los árboles, una mujer.

—¡Mara!—gimió con acento de sobrehumano pesar el polaco.—¡Detente, espérame, por favor!—é hizo ademán de saltar al jardín.

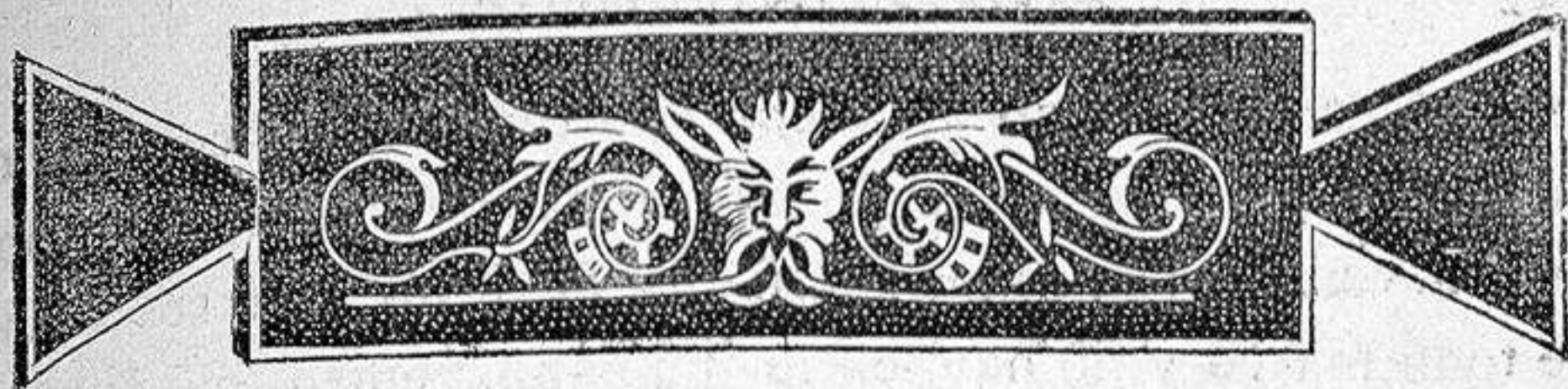
En aquel instante, y en la apacible calma de la noche, se oyó distintamente el ruido seco de una puerta al ser cerrada de golpe, y la figura de mujer atravesó la calle.

Wolski dió un paso hacia la habitación, y llevándose las manos á la cabeza, cayó al suelo sin sentido.

SOFÍA CASANOVA.

(Continuará.)





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Philosophie de l'impersonnalisme méthodique. Evolution pacífica de las sociedades de fe en sociedades de ciencias, 2.^a parte. Jesus y la era de la ciencia. La verdadera historia de Jesus. Francia, madre del entendimiento y de la libertad del mundo por la religión de la ciencia, por J. STRADA. —París, Félix Alcan, editor, 1896.—En 4.^o, XVI-323 páginas: 5 francos.

Después de un desbordamiento de materialismo, sigue un desbordamiento de espiritualismo. Ante el progreso de los ensueños sin alcance determinado, el autor se propone pesar á fondo la cuestión de las fes y de las negaciones de fes, y cree llegar á establecer la ley del verdadero equilibrio del espíritu, del corazón humano y de las sociedades.

En un volumen anterior, *La ley de la Historia*, aseguró el Sr. Strada que las bases en que se apoya el entendimiento humano son los métodos y los criterios que le hacen distinguir lo verdadero de lo falso, y asentó su ley científica.

Claro está que no estamos conformes con el autor, que

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares.

es un fecundo publicista, ni con el estudio que hace y en el cual cree que presenta al Jesús histórico y que abre horizontes nuevos. Es tan grande la figura de Jesús que se escapa de todo marco y no hay, en lo humano, quien pueda describirla.

*
* *

Histoire de la troisième République. La présidence de Mr. Thiers, par EDGARDO ZEVORT, rector de la Universidad de Caen.—Paris, 1896.—En 4.º, XII 411 páginas: 7 francos.

Pertenece la obra á la importante «Biblioteca de Historia contemporánea» del editor de París Sr. Alcan. El autor trata de referir, fundándose en documentos oficiales y en numerosos escritos dedicados á aquel período de la historia contemporánea, los acontecimientos á que asistió y cuyas consecuencias aun se tocan, de juzgarlos imparcialmente y hablar de ellos sin odio y también sin temer á los hombres y cosas de hoy.

Si la historia del segundo Imperio prueba cómo un gran pueblo pudo abandonarse y estuvo á punto de sucumbir, la del primer período de la *tercera República*, *El gobierno de 4 de Septiembre* y *La presidencia de Thiers*, demuestra cómo ha sabido reponerse y levantarse. Ese período, que nos condujo del 4 de Septiembre de 1870 al 24 de Mayo de 1872, de la proclamación de la república á la caída de su primer presidente, nos pone en presencia de graves y dramáticos sucesos, de grandes é interesantes individualidades, entre las que se destacan las figuras de Thiers, Trochu y Gambetta.

Los tomos segundos y tercero los consagrará el docto catedrático Sr. Zevort á las presidencias de Julio Grévy y Carnot, los cuales tomos saldrán á luz en el año corriente.

*
* *

Otras publicaciones.

El bólido de Madrid, por José de Castro Pulido, catedrático de la Universidad Central. Rectificaciones de D. José Echegaray y réplicas del autor. Madrid, 1896. En 8.º, 76 páginas.—Folleto muy interesante.

Sociedad Colombina Onubense. Memoria correspondiente al año de 1893. Huelva, 1894. En 4.º, XXIII-116 páginas.

La práctica del Código civil, por Everardo Jiménez Gavarré, abogado y director de *La Tribuna Forense*. Tomo I. Madrid, 1896. En 4.º, 509 páginas. Diez pesetas.—Obra de gran utilidad que comprende el texto del Código, la legislación civil que el mismo declara subsistente, la jurisprudencia civil, hipotecaria y contencioso-administrativa sobre cada uno de sus artículos publicada en la *Gaceta* hasta 31 de Marzo de 1896, y multitud de notas é indicaciones.

Tratado de cultivos tropicales, por Fernando López Tuero, ingeniero agrónomo, etc. Segunda edición. Puerto Rico, 1896. En 4.º, 272 páginas.—Estudia el autor detenidamente el cultivo del algodón, añil, arroz, alcanfor, abacá, cacao, café, canela, caña de azúcar, maíz, piña, plátano, tabaco, vainilla, etc.

Instituto de la Coruña. Memoria del curso de 1894 á 95, escrita por D. Ramón Casal y Amonedo, doctor en Filosofía y Letras, catedrático y secretario de dicho establecimiento. La Coruña, 1896. En 8.º, 71 páginas.—Basta hojear las páginas de esta bien escrita memoria para convenirse de que aquel centro de enseñanza, instalado en el magnífico edificio que costeó el banquero Sr. da Guarda, es uno de los mejor organizados de nuestro país. Ciertamente cuenta con celosos é inteligentes profesores y con un director de actividad y talento grandes, el Sr. D. José Pérez Ballesteros, literato de fama. Interesa mucho el relato de las dos excursiones, artística una y científica la otra, que los alumnos efectuaron durante el curso, trasladándose á Betanzos y al pueblo de Cambre respectivamente. Tales expe-

diciones son muy provechosas para la enseñanza de los niños. Entusiastas plácemes merece por haber ordenado que se realizaran el Sr. Pérez Ballesteros, y á no menos aplauso son acreedores los dignos catedráticos Sres. Rico, López de Vicuña, Casal y otros que acompañaron á sus discípulos.

Historia y Arte, revista mensual ilustrada. Directores: Adolfo Herrera y José Ortega Munilla.—El número del mes pasado contiene notables artículos de los Sres. Danvila Jaldero, Catalina García, Jiménez de la Espada, Balaguer, Leguina y Sentenach. Realzan el texto hermosas láminas en fototipia, sueltas unas é intercaladas en el texto otras.

Discours prononcé à l'Assemblée générale de la Société de l'Histoire de France le 5 Mai 1896, por el Marqués de Nadaillac, correspondiente del Instituto y presidente la Sociedad. Nogent-le-Rotrou, 1896. En 4.º, 15 páginas.—El ilustre sabio de cuyas notables producciones hemos hablado tantas veces con elogio, después de dedicar oportunas y elocuentes frases en memoria de los socios fallecidos, se consagra al examen de un asunto en el que es maestro peritísimo: el origen y desarrollo de la vida, y particularmente del hombre, en nuestro globo. Á grandes rasgos traza la figura interesante del hombre primitivo, sus luchas con los animales, los comienzos de su cultura; las emigraciones de los pueblos, el alborear de la civilización cuando el hombre se vale del hierro y del bronce para construir sus instrumentos. Encomia después la valía de los trabajos para formar la historia, depurándola de leyendas y exageraciones de todo linaje, y exclama: «¿Qué estudios habría más fértiles que los que perseguimos, si logran que el hombre se eleve por cima de sus pasiones, reconociese las faltas cometidas y evitase otras nuevas? ¡Qué atractivo también para el entendimiento humano seguir á través de largas y dolorosas etapas el gran movimiento de la humanidad, meditar sobre el punto de partida y sobre las cúspides á que hemos llegado gracias á la penosa labor de sucesivas generaciones que tan incomparables riquezas han traído al patrimonio común!

»¿Significa esto que aquel movimiento se halle en su apogeo? Ante los maravillosos progresos científicos é industriales que nuestros padres ni aun soñar pudieron en sus más ambiciosas esperanzas; ante las grandes cosas realizadas á nuestra vista y por nuestro esfuerzo, ¿quién ha de hacer tal afirmación? La historia de la humanidad atestigua el progreso lento y gradual del hombre sobre las fuerzas inanimadas de la naturaleza. Ese progreso no se puede detener; continuará sin duda á costa de muchos dolores y sufrimientos, á costa de muchos desengaños y tristezas. Los imperios caen, los pueblos se hunden, hasta las razas antiguas desaparecen dejando su sitio á otras más jóvenes y enérgicas. En medio de tamañas vicisitudes, la humanidad prosigue triunfante su camino, bajo otros ciclos y con ayuda de otras generaciones. Es la historia de ayer, es la historia de que somos por un día actores, será la historia de mañana.»

L'évolution et le dogme.— Así se denomina otro nuevo é importante trabajo del Sr. Marqués de Nadaillac. No decimos nada de su mérito porque muy pronto lo daremos á conocer íntegramente á nuestros lectores.

Le piante legnose italiane, por Luis Piccioli, Subinspector de Montes. Cuaderno IV. Florencia, 1896. En 4.º, páginas 435 á 690, con las figuras 80 á 132 intercaladas en el texto. Sigue completando el sabio botánico su magnífica obra, que tantos aplausos ha obtenido de las personas entendidas. Á la manera que nuestro insigne D. Máximo Laguna en España, el Sr. Piccioli en Italia hace una descripción cabal de las plantas leñosas de su país; se ve con solo hojearla que el autor conoce á fondo las teorías modernas de la fitología, y que las aplica acertadamente. Su padre, el afamado Director de la Escuela de Montes de Italia, debe estar satisfecho al ver que su hijo continúa sus tradiciones y sigue enalteciendo el apellido á que aquél ha dado tanta autoridad entre los hombres de ciencia.

Sentimos que la índole de la REVISTA CONTEMPORÁNEA nos vede tratar con detenimiento de producción tan concien-

zuda. Á bien que llenará cumplidamente este grato cometido en la *Revista de Montes* el doctísimo profesor de la Escuela especial de Ingenieros de aquel ramo Sr. D. José Secall, para quien es motivo de júbilo el hacer justicia elogiando á quienes lo merecen.

R. A.

